

Roy Jacobsen

---

EL MAR BLANCO



Roy Jacobsen

**EL MAR BLANCO**

Traducido del noruego por  
Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano

# Índice

## Primera parte

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12

## Segunda parte

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10

## Tercera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

## Créditos

# PRIMERA PARTE

El pescado llegó primero. El ser humano no es más que un infatigable huésped junto al mar. El capataz entró y preguntó si alguna de las muchachas sabía despiezar; había llegado una partida inesperada de bacalao. Ingrid alzó la vista del barril de arenque y dirigió su mirada hacia el muelle, donde los copos de nieve danzaban antes de desaparecer sobre la madera oscura, se secó las manos en el mandil y lo siguió al interior del saladero, donde se colocó junto al banco de despiezar y una cubeta de pescado eviscerado. Se miraron. Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza hacia el cuchillo sobre la mesa; parecía una pequeña hacha.

Ingrid extrajo un bacalao de un codo de largo de la cubeta de enjuague y lo colocó sobre el banco, realizó un corte en la garganta, le retorció la cabeza a la altura de las branquias y seccionó las costillas desde el cogote hasta la tripa para luego llevar el corte hasta la cola; partió la espina dorsal por el orificio anal, cortó las costillas del lateral derecho también y arrancó la espina como si desgarrase una cremallera oxidada, y permaneció con el bacalao en la mano izquierda; el pescado parecía un ala blanca sobre el sangriento banco de trabajo, preparado para el enjuague y para ser apilado, preparado para salar, ser volteado, secado y lavado y apilado de nuevo, y para venderlo como el oro de color marfil que ha mantenido a esta consumida costa con vida los ochocientos años que han pasado desde que apareció, por primera vez, en un manuscrito.

—Déjame ver la espina.

Ingrid se la pasó a la mano derecha para ocultar el corte que se había hecho entre el pulgar y el índice.

—Completamente limpia.

Añadió que podía quedarse mientras esto durase, pues con el otoño nunca se sabe...

—Pero ponte unas manoplas.

Ingrid contempló la sangre que se mezclaba con la del pescado formando una gota, que cayó justo en el instante en que él le dio la espalda y volvió al

despacho sobre las gorgoteantes suelas de goma.

Ingrid añoraba estar en otra parte; quería volver a Barrøy, pero nadie puede estar solo en una isla, y este otoño no la habitaban ni animales ni personas; Barrøy se hallaba vacía y desértica. Desde el mes de octubre ni siquiera había sido visible y ella tampoco podía quedarse aquí, en la isla principal.

Despiezaba bacalao diez horas al día, mantenía en faena a dos saladores y, al cabo de una semana, no era capaz de dormir en el gélido desván de tonelero que compartía con Nelly y dos jovenzuelas del interior del país que habían llegado hasta aquí por la guerra. Estas fingían no llorar hasta quedarse dormidas; limpiaban arenques, los cortaban y los ponían en salazón en barriles, que rellenaban con salmuera, y bebían sucedáneo de café, salaban y dormían, y cada dos noches se lavaban en agua fría, el cabello una vez por semana, en agua igual de fría y aherrumbrada, bajo el cielo estrellado de resplandecientes escamas de arenque, e Ingrid despiezaba bacalao como un hombre.

A mitad de la segunda semana, uno de los saladores desapareció y mandaron a Nelly a trabajar con ella. Al siguiente día les sobrevino un temporal y los palangreros se refugiaron en las islas. Tampoco pudieron atracar el día posterior, y cuando por fin pudieron barloventear a través de la nieve, no llevaron ni un mísero pescado a bordo.

Pero muchos los estaban esperando; un pueblo entero aguardaba para recibir a los hombres que, una vez más, regresaban del mar con vida. Después vino otra tempestad, la obligación de permanecer varados y en tierra, artes que llevaban demasiado tiempo en el mar, capturas que no servían, salvo para guano quizá; dependía de muchas circunstancias, ante todo de los precios establecidos en otro mundo que no era este. El pescado de descarte se ató y se colgó, y la extraña aventura de aquel otoño llegó a su fin.

Ingrid y Nelly volteaban el pescado salado, seleccionaban el de descarte y se aseguraban de colocar encima el que había estado al fondo en la hacina anterior. Entonces también se acabó el arenque y se despidió a las muchachas desconocidas, que recibieron la mísera paga que les correspondía; se quitaron las escamas del rostro la una a la otra, se lavaron el pelo en agua fría y se lo secaron y peinaron mutuamente, y procuraron que las diademas les quedasen bien colocadas antes de marcharse entre risas en el vapor, ataviadas con ropas

que nadie jamás había visto antes.

Con el mismo vapor llegó una carta de la tía de Ingrid, Barbro, que se hallaba ingresada en el hospital, escrita, no obstante, por una enfermera que tenía letra de médico y que Ingrid consiguió leer, aunque fue incapaz de comprender su alcance. Su tía no podía viajar hacia el norte porque la fractura del cuello del fémur no se curaba, porque no había transporte..., pero regresaría con tiempo antes de Navidad, recalaba dos veces. Barbro tenía cincuenta y nueve años e Ingrid, treinta y cinco; aquella noche se quedó dormida temprano y no soñó.

También se despertó pronto y permaneció escuchando el viento que arañaba el tejado de pizarra y el mar que gorgoteaba y gemía entre los postes del muelle, por debajo de la respiración de Nelly. Nelly dormía como un ser humano; era lo único que era como Dios manda en este lugar, el sonido del sueño de Nelly, una noche tras otra; ya no lo podía soportar.

Ingrid se levantó, se lavó en el cubo de cinc e hizo su equipaje; no desayunó ni tomó café, bajó con su apestosa ropa de trabajo hasta la parte trasera de la fábrica de conservas, donde los alemanes quemaban sus desechos, y la echó al barril; permaneció contemplando fijamente las llamas hasta que aparecieron algunas personas en el muelle; la nieve caía ligera.

Subió de nuevo y preparó una especie de café, llenó una taza y la colocó sobre la silla junto al cabecero de Nelly, que seguía pareciendo un cadáver feliz, y esperó a que la luz del sol sobre la pared del muelle le indicara que ya había llegado el capataz, que de la oscuridad surgía un nuevo día, antes de levantarse y bajar con la maleta para pedir su finiquito.

Él dejó un lápiz desgastado sobre la mesa y expresó su sorpresa, dijo tanto que ella se le había adelantado como que no podía prescindir de ella; esa noche llegaría una captura, ella era imprescindible y superflua a la vez, el enrevesado fraude habitual del asalariado; pero Ingrid era de una isla, con el cielo como techo y paredes, por lo que repitió que quería su dinero «ahora mismo» y esperó pacientemente a todos los cajones que había que abrir y cerrar, el crujido de los papeles, los ambiguos suspiros sobre la ficha de las horas y el igual de prolijo recuento de los billetes arrugados, como si pedir el sueldo fuera una ofensa, como si el día de la paga la pena recayera sobre el patrón y no sobre el esclavo.

Ingrid subió por el camino helado hacia la tienda y esperó hasta que Margot

abriera, seleccionó los productos que necesitaba, consiguió asimismo café y margarina a cambio de cupones y dinero, pidió prestado el carrito de Margot y llevó la compra a la gabarra que llevaba todo el invierno resguardada bajo el muelle.

Retiró la nieve con el achicador, cargó las mercancías y la maleta, llevó el carrito de vuelta y, cuando bajó de nuevo, pasó por delante de dos soldados alemanes que se hallaban fumando al socaire del saladero; debían haber permanecido allí todo el rato, mirándola.

Bajó la escalera y subió a bordo, soltó la amarra y se dispuso a remar. Uno de los soldados se acercó al muelle y le gritó algo, gesticulando con la mano y el cigarrillo, un ojo escarlata en el invierno. Ella descansó sobre los remos y lo miró interrogante. El soldado repitió algo que ella no escuchó, la nevasca espesaba, la gabarra avanzó deslizándose sobre la superficie del agua y el soldado desapareció.

Ingrid remó hacia el extenso Gråholmen, el islote Gris, siguió los montes pelados a distancia de remo hasta dejarlos atrás; apenas había visibilidad, el mar aparecía denso y en calma.

Desde la señal del último escollo estableció el rumbo y mantuvo el ángulo entre su estela y el oleaje hasta alcanzar Oterholmen, el islote de la Nutria, al cabo de algo más de una hora. Se le apareció a babor, cuando debería estar a estribor. Ajustó el rumbo, continuó con un nuevo ángulo entre el oleaje y la serpenteante estela que iba dejando y alcanzó Barrøy media hora después de dejar atrás Oterholmen.

Descargó las mercancías, abrió las puertas de la caseta del embarcadero y arrastró la embarcación al interior con el cabrestante que su padre había instalado en algún momento de su infancia, se enderezó y miró a su alrededor, las casas allí arriba entre la masa gris de la espalda encorvada de la isla, visibles desde una distancia de ciento cincuenta, doscientos kilómetros en un día despejado, ahora unas simples cajas negras bajo una fina capa de leche, sin luz y sin huellas en la nieve.

Consiguió colocarse el yugo sobre los hombros, enganchó las mercancías y empezó a caminar cuesta arriba. Las cajas se transformaron en casas, en su hogar, rodeado de árboles que parecían dedos carbonizados. Entró a la vivienda y fue de habitación en habitación encendiendo las lámparas, prendió la estufa de leña tanto en la cocina como en el salón. Tampoco podía quedarse aquí. Salió de nuevo y bajó a la caseta del embarcadero, comprobó que estaba cerrada y recolocó los caballetes al socaire, como si no lo hubiese

hecho al llegar. La escollera de cantos rodados y los gruesos troncos de madera que formaban una parrilla bajo el mar verde, el islote Oterholmen, aparecían y desaparecían de la vista. Ninguna embarcación. Ningún ave. Se giró y echó un vistazo a las casas —ahora una de ellas tenía dos ojos amarillos—, luego subió por segunda vez; así al menos había tres pares de huellas.

La cocina ya estaba templada. Ingrid se quitó la mitad de la ropa de abrigo, molió café y puso la cafetera, colocó las mercancías en la despensa, fue a por más leña y cuando volvió, el café ya estaba listo. Se quitó el resto de la ropa de exterior y se lo tomó sentada en su propia silla junto a la ventana, que se abría hacia fuera, contemplando las sombras al oeste, los islotes Moltholmen, Skogsholmen, los escollos de Lundeskjærene y la adormilada orilla en una parte de ese día que jamás llegaría a ser nada. Seguía sin comer. Buscó algún lugar por donde empezar, debajo de la estufa o de la mesa, en el rincón de la despensa.

Se levantó, sacó la cesta con turba y empezó a rasgar las hojas de los periódicos, estrujando las láminas para formar pelotitas que fue apilando en el suelo, como una linterna de nieve. La pequeña construcción se vino abajo. Volvió a apilarlas, un periódico al que se había suscrito en aquella época en la que Barrøy era una sociedad, con seres humanos y animales y un faro, con tempestades y perseverancia, con trabajo, verano e invierno y prosperidad; sujetó las pelotitas con unos palitos y unos trozos de turba para formar una hoguera, un pensamiento que no se le había ocurrido a nadie antes, quemar una casa en una isla; al este de Barrøy había algunas ruinas, pero ningún solar reducido a cenizas y, de pronto, no le quedó duda alguna de que los que habían abandonado Karvika lo habían hecho por voluntad propia, no a causa de una catástrofe; simplemente se habían cansado, se habían mirado al espejo, recogido sus cosas y marchado; era un pensamiento insoportable.

Cogió un quinqué y subió a la Sala Norte, después a la Sala Sur, se pasó por la alcoba de Barbro en el este, por su propio cuarto de niña, con su cama de madera, su orinal y su mesilla de noche y los descoloridos dibujos de los días del colegio, que no había visto desde que vino a cosechar patatas en septiembre; la casa se había hecho más pequeña, las puertas más bajas, las ventanas más angostas; el olor a seres humanos había impregnado estas paredes como pintura; ahora solo quedaba el olor a tierra pesada, húmeda; deslizó las yemas de los dedos por las gotas de humedad y se sentó sobre la

cama de sus padres, donde su madre había fallecido.

—Deja que Lars se haga cargo de Barrøy —fueron las últimas palabras que pronunció—. Y márchate, eres joven e inteligente; dale la espalda al mar, aprende de mí...

Ingrid dijo que no.

—No eres lo suficientemente fuerte.

—Sí lo soy —dijo Ingrid a su madre agonizante.

La siguiente primavera Lars no regresó de Lofoten; había encontrado el amor, escribió, y se quedó con el pesquero, las artes y la tripulación, un año tras otro, también cuando estalló la guerra. E Ingrid y Barbro se fueron volviendo más solitarias por cada sol que se alzaba y cada temporal que arreciaba, por cada animal que sacrificaban y cada saco de plumón que recolectaban y no vendían, una mujer joven y otra de mediana edad en una isla, esperando una carta de Lars, con sus garabatos pulcros y regulares, que incluso un día contenía unos verdes garabatos, la firma de Hans, el hijo de tres años de Lars, los tres años más largos de la vida de Ingrid. Ahora habían transcurrido cuatro años de guerra y Hans había tenido un hermano, Martin; con él llegaron más garabatos para una tía y una abuela paterna que no respondían a las cartas, porque una era demasiado orgullosa y la otra no podía.

Ingrid fue a la Sala Norte y decidió dormir allí, donde había una trampilla en el suelo que daba a la cocina para que subiera el calor. Sacudió y zarandeó los edredones e hizo la cama, y volvió a bajar a beber café tibio mientras leía de nuevo la carta de Barbro, la estrujó entre las manos y la echó al montón del suelo.

Pero no le prendió fuego.

Entró al salón para añadir más leña a la estufa y descubrió que la puerta de la alcoba del abuelo estaba entreabierta. Puso la mano sobre el pomo para cerrarla, pero ya lo había hecho hacía un rato; ella había cerrado la puerta y ahora estaba abierta de nuevo, había silencio, ninguna corriente en la casa.

Oyó un chasquido, tan lejano, la tormenta persistente en las entrañas del mundo, y retrocedió hasta la cocina, donde se quedó desconcertada durante demasiado tiempo, antes de entrar otra vez y abrir bruscamente la puerta de la alcoba, enfurecida consigo misma por no haberlo hecho de inmediato, pues ahora la persona en cuestión podría haberse marchado.

Pero no había ningún olor, ni pasos arrastrándose ni el murmullo de voces o el sonido de un gato; tan solo el débil zumbido de siempre, tanto dentro como fuera. Descolgó el quinqué de la pared del salón, entró completamente y constató con un martillo que no había nadie, ni en la cama ni debajo de ella, ni en la rinconera ni en el arcón, que abrió y cerró antes de quedarse sentada sobre la tapa con el persistente silencio chisporroteando de tal manera en sus oídos que el grito tenía que salir.

Luego el silencio fue absoluto.

Se vistió y salió bajo la nieve que caía lentamente; permaneció de pie, contemplando las casas, el henal y los muelles y la caseta del embarcadero junto al mar, en un repentino asombro sobre todo lo que la había anclado a la isla que, en realidad, no era absolutamente nada. Pronto la nieve se convertiría en lluvia, la isla se volvería marrón como la sarna y el mar, gris, si el viento no cambiaba de dirección.

Ingrid se dirigió hacia el sur atravesando los jardines, evitó las cancelas y saltó por encima de las cercas como cuando era niña. Pero ya no era una niña. Continuó hacia la punta más al sur y permaneció mirando fijamente los restos del faro que ella y Barbro habían volado con lo que quedaba de la dinamita del padre cuando estalló la guerra, los cristales rotos de colores claros y estridentes, los harapos de algas pardas y laminarias como cabellos negros alrededor de las vigas de hierro oxidadas; el depósito de parafina parecía una rosa carbonizada. Se sentó sobre el tronco que habían encontrado flotando a la deriva en una ocasión y que habían sujetado con pernos y estayes para que el mar no se lo arrebatara de nuevo; aquel inmenso coloso de color blanco hueso que habían pensado que algún día podría llegar a tener valor, quizá valía una fortuna, llevaba tres décadas sirviendo como banco para unas personas que jamás se sentaban.

Y ella ya no era una niña.

Esperó a tener frío, caminó hacia el norte a lo largo de los peñascos del oeste, sin ver huella alguna ni oír nada más que el lamento desértico del mar, pasó por el peñón del muelle nuevo y los tres alpendres; sobraba al menos un edificio. Se dio cuenta de que si hubiese despertado a Nelly aquella mañana y se hubiera permitido oír su voz y ver su sonrisa, todavía estaría en la Factoría, arrancando las espinas a los bacalaos muertos mientras sus pensamientos ascendían y descendían.

Ingrid estaba en el cobertizo nuevo, enrollando su cabello mojado en rodetes que luego dejaba caer; repitió los movimientos y se preguntó por qué seguía sin tener hambre. Descubrió un agujero en la manga del jersey de lana y no consiguió recordar de dónde procedía. En una caja alargada sobre el banco de trabajo se guardaban los rodillos para atar redes, organizados según su tamaño. Cogió el más grande y se quedó jugueteando con él; descubrió las marcas de los dientes de Lars, que solía morderlo todo cuando era niño. Todavía tenía sangre seca debajo de las uñas. El agujero del jersey procedía de un encontronazo con un clavo en la escalera, cuando había bajado con la maleta aquella mañana. En el estante sobre el banco había bobinas con sedales de todas las dimensiones, cuchillos, piedras de afilar, anzuelos, corcho... y agujas, las agujas de Barbro.

Ingrid sacó el taburete y se sentó delante del gancho de hierro bajo la ventana, enhebró una aguja con hilo y empezó a tejer una red. Una hora más tarde tenía tres brazas de quince puntos. Sus manos se notaban suaves al aire fresco. Tenía un hambre feroz, salió a la noche y regresó a la casa; se había equivocado en cuanto al tiempo, la humedad se había convertido en nieve, ligera y seca como hollín, y ya no tenía miedo.

Ingrid comió y durmió, se despertó y seguía sin tener miedo. Masticó lentamente, se vistió también de forma pausada y salió a la frágil luz de noviembre; echó la gabarra al mar. El viento había cambiado de dirección de nuevo, esta vez soplando con más fuerza desde el suroeste. Remó alrededor de la punta y se adentró en olas de más de un metro hacia el sur, atravesando el estrecho hasta llegar al perno que Lars había incrustado, sujetó el extremo de un cabo sin salir del bote —evitando que este se golpeará contra las rocas— y siguió remando con la corriente para atravesar el estrecho hacia Moltholmen, donde su primo también había instalado un perno y desde donde colgaba una polea. Introdujo la cuerda en el ojo del perno, sin salir de la gabarra —y sin golpearla— y remó de vuelta a Barrøy; había pensado que podían ser ochenta, noventa brazas, pero eran más bien ciento cincuenta; la cuerda era demasiado corta.

Rompió a llorar; ató una boya de cristal al extremo de la cuerda y la soltó, remó con la corriente hacia el norte para llegar al muelle nuevo y fue a por más cuerda. El mar se había ido embraveciendo. Salió nuevamente con gran esfuerzo y encontró la boya, empalmó las cuerdas y remó de vuelta hasta el punto de amarre en Barrøy con un cabo, calada hasta los huesos, acalorada, extenuada por el esfuerzo y furiosa, pero ahora tenía una cuerda tendida sobre el estrecho y podía extender una o dos redes, pescar sin tener que navegar, en cualquier condición climatológica, hasta que llegasen las heladas más extremas, quizá incluso durante más tiempo.

Se dejó llevar a la deriva hacia el norte y arrastró la embarcación a tierra; notó que la marea bajaba y se quedó extrañada, había pensado que subiría, pero todavía seguía sin tener miedo.

Subió a la casa y se quedó dormida en el banco junto a la estufa, y no volvió a despertarse hasta que hubo caído la noche. Tenía frío y el cuerpo dolorido. Se levantó a prender la lumbre, preparó la cena y se preguntó si debería calar una red a oscuras; lo descartó y abrió uno de los libros que había traído. No ponía nada.

Se vistió, bajó al muelle nuevo y recogió dos redes, caminó hacia el sur hasta el punto de amarre junto al estrecho y caló la primera como una telaraña silenciosa en las negras olas, unió la segunda y la extendió a continuación, una cadena de dos redes —no es un gran cadena—, las desplazó unas quince brazas hacia fuera, las amarró y regresó a casa.

Durmió desnuda hasta tarde en la cama de los padres en la Sala Norte, volvió a levantarse una mañana más, haló las redes y pudo cocinar bacalao fresco, luego salió a calar otra red más. Tres. Podía aumentar hasta cuatro o cinco. Había bacalao seco del invierno pasado, tenía la bodega llena de patatas, carbonero fermentado y medio barril de arenque. Tenía mermelada, harina, café, sirope, garbanzos deshidratados, mantequilla de tienda y azúcar. Y ahora también tenía pescado fresco. El montón de papel de periódico ya no estaba en el suelo de la cocina, sino junto a la leña de fácil encendido, en la caja de madera debajo de la estufa. Aparecieron dos aviones en una abertura entre la capa de nubes, oyó disparos contra el fuerte de la isla principal y el resquicio volvió a cerrarse.

La siguiente mañana capturó ocho bacalaos y un carbonero de gran tamaño. Volvió a comer pescado fresco e hígado y saló el resto; permaneció al calor de la lumbre de la cocina, mirando a su alrededor, hasta que un impulso la hizo levantarse e ir al henal sobre el establo donde conservaban los sacos de plumón. En el primero colgaba una etiqueta con el nombre «BARRØY». Un kilo. 1939. Lo abrió e introdujo la mano en un verano. Lo cerró y abrió el siguiente. En este ponía «1937». Otro verano más. Pensó que remaría hasta el pueblo para adquirir un gato.

Volvió a la casa y puso a hervir agua, se lavó y se frotó las cutículas hasta despellejárselas, se lavó el cabello y enrolló algunos mechones que después dejó caer para que el agua cálida corriera por su vientre y sus caderas y muslos antes de perderse en la tina. Se vistió y se sentó junto a la mesa de la cocina, y abrió el mismo libro. Seguía sin poner nada. Pero ahora podría dormir como Nelly.

Se acostó y pensó en el gato. Pronto llegaría Barbro. Pensó en Barbro. Y en Suzanne.

Suzanne había sido como una hija para Ingrid. Sin embargo, los había abandonado tanto a ella como a Barrøy cuando no tenía más de catorce años; ella también lo había hecho voluntariamente.

Ingrid se levantó de nuevo y bajó al salón, sacó las cartas de la cómoda que su padre había comprado en un arrebató de locura, la torneada escritura

de Suzanne desde la capital, donde primero había trabajado sirviendo a una familia acomodada, luego como telefonista en una central de considerable tamaño y con un nombre impresionante. Ingrid leía lentamente, se mecía al ritmo de las palabras, asentía, negaba con la cabeza, y las volvió a guardar y recordó la imagen de Suzanne el día que se marchó de la isla, vestida con las mejores galas que habían sido capaces de conseguir, excitada y rebosante de alegría, y frágil como el cristal. No solo se marchaba con su valiosa naturaleza, sino con todos los ahorros de la isla; no fue un espectáculo hermoso.

Ingrid apagó la lámpara de un soplido y subió al desván, y durmió como Nelly después de pensar una vez más en Barbro, y en que quería recuperar el reloj que había empeñado a Margot, el reloj de pesas con números romanos y agujas ornamentadas; incluso un isleño necesita una silenciosa división entre los dos días que transcurren entre cada vez que es preciso darle cuerda al reloj.

Cuando Ingrid llevaba tanto tiempo en Barrøy que incluso el pensamiento en el mecanismo de reloj había desaparecido, una foca quedó atrapada en la última red.

La arrastró hasta la orilla y descubrió que estaba muerta. Era una foca pequeña, quizá una cría. La dejó allí para el águila. No obstante, había destrozado gran parte de los enmalles, por lo que se puso a arrastrar la cadena hacia el norte para remendarla cuando avistó otra foca que descansaba sobre la nieve, moviendo a duras penas las aletas. Se acercó a ella. La miró con un ojo negro y otro blanco. En la isla habían visto focas antes, pero eran huidizas y, cuando aparecían seres humanos, se zambullían en el mar. Esta parecía lánguida y enferma, y no era de un tamaño mayor que la foca muerta.

Ingrid puso a un lado las artes, excavó para buscar una piedra y la golpeó con ella hasta matarla. Dos águilas alzaron el vuelo desde Moltholmen y se dirigieron hacia ella con un gran ajetreo. Ingrid alzó un brazo a toda prisa, las águilas se encolerizaron, bogaron sobre unas inmensas alas y se refugiaron nuevamente en el islote, donde permanecieron picoteando y contemplándola. Una de ellas tenía la cabeza casi blanca, la otra era de color marrón y de un tamaño algo menor.

Ingrid se preguntó si debía desollar la foca, pero no sabía cómo hacerlo, y su padre le había dicho que uno debía tener cuidado con la carne de foca, ya que podía contener triquinas.

Ingrid quería continuar caminando, pero, en el momento de halar las artes, avistó un tejido marrón bajo la nieve; parecía estameña. Alzó una andrajosa camisa y cayeron algunos restos de lana de madera. Sujeto a ella por un cordón de cáñamo colgaba un pantalón con media pernera y más lana de madera. Jamás había visto unas prendas semejantes. Se las llevó al secadero y las colgó como si fueran la colada, se fue al muelle nuevo y extendió las redes entre los ganchos, retiró las algas y la zosteria marina y llegó a la conclusión de que tenía artes suficientes como para dejar estas secando, algo que le facilitaría la labor de remendarlas.

Se preguntó si debía calar más redes, pero decidió que podía comer pescado salado unos días y regresó a casa atravesando una nieve ligera. Ahora había un hombre contemplándola desde el secadero, un hombre con una sola pierna. Tras él, las dos águilas se habían puesto a despedazar una de las focas. Parecía que el hombre también las observase, pero no era posible ver en qué dirección miraba; no tenía cabeza.

Ingrid entró en casa, preparó la comida y comió, fregó el suelo de la cocina, del zaguán y del pasillo, pasó un trapo húmedo por la escalera que subía al desván y sacó hilo de lana para remendar el agujero del jersey; se dio cuenta de que no provenía de un gancho de la Factoría, sino del cuchillo de despiezar. Al día siguiente prepararía pan, *lefse* normal y de patatas, dedicaría el día a hornear; la casa se llenaría del olor a hogar vivo... y de duras labores sedantes.

Se fue al henal en busca de un saco de lana y se puso a limpiarla y a cardarla. Fue a la cocina a por la rueca y dedicó el resto de la jornada a hilar. El ritmo. Ya no quedaban gotas de humedad en las paredes del interior. No olía a tierra húmeda. Había dejado de prender la estufa del salón. El almanaque colgaba de un clavo en la despensa, pronto adquiriría un gato, el reloj de pared que ya no necesitaba, el hilo que corría entre los dedos resbaladizos por la lanolina y, cada vez que dirigía la mirada hacia la ventana, veía al forastero que la contemplaba desde el secadero.

Se preguntó si se acostumbraría a tenerlo allí como un espantapájaros, o si acabaría por arrancar aquellos harapos para tirarlos al mar, enterrarlos, quemarlos...

Antes de que cayera la noche se vistió y se acercó para comprobar que permanecían fijos bajo la helada. Dos manchas oscuras en la nieve de la orilla, donde había dejado las focas. No se veía a las águilas por ninguna parte. Oía, sin embargo, sus chillidos, también los de otras aves, nubes palpitantes de bullicio cósmico que la seguían hasta el muelle nuevo, donde constató que las redes estaban secas y podía empezar a remendarlas. El sonido de los pájaros la acompañó también al regresar a casa, pero entonces era de noche y el hombre del secadero resultaba invisible.

Vivir en una isla es buscar. Ingrid había estado buscando desde el momento en que nació; bayas, huevos, plumón, pescado, conchas, plomos de pesca, pizarra, ovejas, flores, cajones que servían de mesa, varillas...; la mirada de un isleño siempre busca, independientemente de las labores que desempeñen su mente y sus manos, miradas desasosegadas sobre las islas y el mar que captan cualquier mínimo cambio, registran la señal más insignificante, avistan la primavera antes de que llegue y la nieve antes de que aplique sus pinceladas blancas sobre las cunetas y las depresiones del terreno, hallan a los animales antes de que mueran y a los niños antes de que se caigan y a los peces invisibles del mar bajo las bandadas de alas blancas; la mirada es el corazón latiente del isleño.

Pero cuando Ingrid salió por la mañana y vio, por el tiempo que hacía, que ese día tampoco sería capaz de desplazarse hasta el pueblo, le sobrevino la sensación de estar buscando algo que no se dejaba encontrar, independientemente del esfuerzo que hiciese para mirar; fue como la sensación de estar cometiendo un error antes de cometerlo; tan solo los mismos mantos ajados de nubes que se desplazaban por el cielo, soltando de vez en cuando chaparrones oblicuos sobre el mar desasosegado; no se veían señales de vida.

Caminó hacia el sur por las playas del este y no encontró ni focas ni prendas de vestir, y le fue llenando una inquietud creciente que la obligaba a hablar en voz alta, pues, antes o después, el ser humano necesita oír una voz, aunque sea la suya propia; cualquier isleño lo sabe. Entonces dijo que ya era hora de tener un gato y se asustó del extraño sonido, y repitió la frase hasta que se volvió trivial y familiar, pero entonces una nueva inquietud se instaló en ella, la sensación de haberse perdido en su propia isla, o de encontrarse en otra isla, o incluso peor: la sensación de no estar sola en la isla en la que se encontraba.

Se había percatado de la rapidez con la que las águilas habían despedazado la

foca, había visto la sangre sobre la nieve, que a su vez fue cubierta por nieve nueva, y volvió a aparecer como un pálido recuerdo. Aceleró el ritmo, pisó un racimo de algas y se encontró con más prendas de vestir, andrajosas, marrones y húmedas, con virutas de lana de madera cual relleno de una muñeca de trapo, pero desgastadas de otra manera, como si hubiesen pertenecido a otras personas, con otras costumbres y vidas. Las extendió sobre la nieve —eran tres prendas enteras y una chaqueta de punto y un abrigo— e intentó componer cómo deberían haberse conjuntado; conformó un individuo grande y dos algo más pequeños; luego le sobró una prenda, de media persona. Y todos eran hombres.

Metió las prendas en la bolsa que siempre llevaba con la intención de quemarlas al norte de la isla. Pero estaban mojadas y bajo la tierra helada no se podían enterrar, por lo que las tendió junto al hombre que ya colgaba en el secadero y decidió recorrer toda la isla nuevamente.

En la bahía donde había encontrado las primeras prendas volvió a avistar las águilas: una gigante de cabeza blanca y otra más pequeña, de color marrón, sentadas sobre un escollo en el mar, aleteando, picoteando y arañando como si se disputasen una presa.

Sin embargo, en aquel lugar no había ningún escollo; era una zona de aguas calmas, de cien brazas de profundidad, y el escollo se movía bajo el oleaje.

Ingrid salió corriendo hacia la punta; quiso dar media vuelta y volver a por el catalejo, pero se resbaló sobre una piedra y descubrió otro escollo más en un lugar donde no debería haber uno. No obstante, este también se desplazaba, desaparecía y volvía a aparecer como un tronco de madera a la deriva, el lomo de una ballena. Y sobre ambos se congregaban nubes de pájaros furiosos que graznaban y se contraían y expandían, descendiendo en picado, picoteándose entre ellos y disputándose la presa en un torbellino de plumas y sonidos, antes de que todo se desvaneciese ante una violenta nevada.

Ingrid se colocó las manos sobre los ojos y gritó en voz alta. La invadió una sensación de náuseas y el corazón empezó a palpitarle con fuerza; tuvo que agacharse y notó que tenía dificultades para respirar, pues acababa de entender lo que había visto.

Se aplicó nieve húmeda sobre la cara y fue corriendo hacia la casa; se topó con más ropa, dos vestidos completos y un pantalón sin parte de arriba, una harapienta capa gris..., la fue recogiendo conforme iba atravesando los

jardines, la colgó en el secadero y consiguió entrar en la casa, donde encendió todas las lámparas, también en el salón.

Prendió las dos estufas y permaneció con la ropa exterior empapada, contemplando el ejército sin cabezas del secadero que ondeaba al viento silencioso, uno con una sola pierna, otro con un solo brazo, un torso, dos risueñas capas agitándose al viento, una de ellas sin un brazo... Entonces se dio cuenta de que, en realidad, había conservado las prendas porque se trataba de objetos personales, por muy andrajosas que estuviesen y que carecieran de valor, y ¿la lana de madera?

Ingrid bajó al alpendre de los suecos y encontró el catalejo, un pesado cilindro extensible hecho de algo que parecía cuero negro rígido, con anillas de cobre y dos diminutos tornillos; recordó vagamente que su padre nunca lo había usado porque distorsionaba la visión, y ahora ella cayó en la cuenta de que tampoco lo necesitaba, pues sabía lo que había visto.

Apartó el catalejo como si le quemase los dedos, preparó dos redes secas hasta que se le enfriaron las manos y las arrastró a través de la nieve, sujetó el orinque en la primera y contempló cómo las boyas de corcho se deslizaban entre las olas, sujetó las piezas redondas de pizarra cuidadosamente para que no se rompieran contra las rocas peladas, aseguró la siguiente red y a continuación la lanzó, dos redes, las quince brazas habituales desde la orilla; cuando alzó la mirada de la soga y el mar y se desplazó hacia Moltholmen, vio el primer cadáver.

La soga se le escapó de las manos y tuvo que arrojarla al agua para agarrarla, vadeó hasta la orilla y la ató, se colocó las palmas de las manos sobre las rodillas y enderezó la espalda, miró fijamente al otro lado del estrecho y continuó viendo lo que había visto, lo que ya había visto el día anterior y, a pesar de todo, había dormido como Nelly.

Golpeó las manoplas la una contra la otra y vio a un hombre que yacía con medio cuerpo sobre la roca pelada y con las piernas sumergidas en el mar, como si alguien lo hubiera amarrado al perno.

La marea estaba bajando y pronto quedaría todo el cuerpo en tierra, hasta que la próxima subida de marea se apoderase de él de nuevo y se lo llevase a la deriva, con aquellas hordas de estruendosas arpías descendiendo en picado para arrancar y despedazar aquella parda figura.

Ingrid se dirigió hacia el norte, a la caseta del embarcadero, y recordó que había entrado dos veces en el henal, una vez para buscar plumón y otra para recoger lana; también había visto algo en el interior del henal, cuyo

significado no había llegado a comprender, y había salido de la casa infinidad de veces, pero no se había pasado por los frutales de la parte de atrás, jamás iban allí en invierno; ¿a quién se le ocurre rodear su propia casa...?

Corrió por delante del secadero y atravesó el pantano. Vaciló antes de abrir la puerta del zaguán, entró y se quedó inmóvil en su propia casa; corrió de una estancia a otra con la sangre latiéndole en los oídos, permaneció quieta y salió corriendo de nuevo, rodeó la casa y descubrió unas huellas apenas visibles bajo la nieve recién caída, como si alguien hubiese arrastrado un saco a través del jardín y por la rampa del henal.

Subió y constató que las puertas estaban cerradas con el cerrojo puesto por dentro, rodeó el edificio corriendo y entró al establo, y recordó que había visto gotas de agua en la escalera y había pensado que probablemente se debieran a una gotera en el tejado; subió al henal y bajo la tenue iluminación vislumbró dos piernas que sobresalían de debajo de unas viejas pieles de oveja. Las retiró bruscamente y descubrió a un hombre calvo de mediana edad, con cañones de barba negra azulada en el rostro demacrado y blanco como el talco, un hombre muerto. Pero alguien le había cerrado los ojos y plegado sus manos sobre el pecho; parecía estar rezando.

Se adentró todavía más y encontró a otro hombre debajo de dos sacos de plumón y un antiguo manto de caballo. Los apartó y vio que llevaba los mismos harapos marrones acolchados con lana de madera, que sobresalían por las mangas y los agujeros, y sobre ellos un uniforme con distintivos y divisas, un uniforme alemán, él también con la cara demacrada, pero sin barba; era demasiado joven... y estaba vivo.

Ingrid se agachó y lo zarandeó. No reaccionó. A través de un desgarrón en el pantalón se podía vislumbrar una herida en la parte superior del muslo derecho; los bordes de la herida se habían inflamado y lucían como unos gruesos labios azules. Ingrid presionó los dedos contra la hinchazón, descubrió sangre fresca y oyó un gemido lejano. Una de sus manos parecía haberse abrasado en una hoguera, pero la mayor parte de los dedos seguía intacta; la otra mano carecía de uñas, también estaba ennegrecida.

Ingrid estrujó el uniforme para escurrirle algunas gotas y las saboreó; no era agua salada, por lo que debía haber una embarcación forastera en la isla, probablemente en el único lugar en el que no había buscado, en las ruinas de Karvika; tenía miedo a las ruinas de Karvika, siempre lo había tenido.

Consiguió incorporarlo, se agachó junto a él y cerró las manos sobre su pecho; comprobó que era sorprendentemente ligero y lo arrastró hasta la puerta del henal, desatrancó el cerrojo y lo llevó a rastras a través del jardín y hasta el interior de la cocina, donde maniobró para subirlo al banco y lo cubrió con mantas.

Cogió el cazo del cubo y lo reclinó hacia delante para humedecerle los labios agrietados. Él se retorció y gemía. Colocó un cojín bajo su cabeza y fue a por un embudo, lo introdujo en su boca hasta que le provocó arcadas y abrió los párpados quemados de par en par intentando protegerse con las manos.

Ella sostuvo el cazo delante de su mirada enloquecida.

El hombre asintió, ingirió algunas gotas, tosió y alzó las manos deformadas como para examinarlas, mostrárselas a ella o a Dios, mientras brotaban enormes lagrimones de unas oscuras órbitas y resbalaban por su cráneo en torrentes ennegrecidos que no encontraban surcos en sus rasgos tersos y jóvenes, y le conferían un aspecto de no haber sido humano nunca, ni de poder llegar a serlo jamás.

Ella agarró la mano que solo carecía de uñas y permaneció sujetándola, mirando a su alrededor; registró un temblor suplicante, como si estuviera

preparándose para la muerte. Ingrid agitó su cuerpo desmadejado, gritando no, no, y lo obligó a tomar más agua del cazo, que le provocó nuevas arcadas que lo disolvían y reducían, transformándolo en un lactante gimiente; el hedor que comenzó a extenderse por la cálida cocina acabó resultando insoportable.

Ella se levantó, fue a la despensa y permaneció inmóvil delante de los estantes repletos de latas de conserva y mermelada, cogió un tarro de confitura de grosellas y vertió su contenido en una taza, mezclándolo con agua caliente, respiró por la boca y lo obligó a ingerir aquel caldo rojo diluido. Él tosió, escupió y tuvo que tragar para no ahogarse; consiguió ingerir algunos tragos voraces, devolviéndolos acto seguido, tragó de nuevo unas minúsculas porciones, ella las pudo contar, y se las arregló para tragarlas antes de desmayarse.

Ingrid colocó la taza sobre la mesa y se secó el rostro con el jersey; oyó dos sollozos, que eran los suyos propios, y dijo en voz alta hacia las paredes que esto no es verdad, antes de volver a asegurarse de que respiraba; luego salió a la nevasca, donde se puso a contemplar la oscuridad.

Para percatarse de que no había otra manera.

Bajó al embarcadero y sacó la gabarra, remó alrededor de la punta norte con el viento en contra y se mantuvo bajo el promontorio de Barrøy, atravesó el cúmulo de espuma hacia el sur, donde estaba la cadena de enmalles y el viento traía a golpes los sonidos de los pájaros sobre Moltholmen.

Con gran esfuerzo logró cruzar el estrecho y desembarcó de un salto; la embarcación se quedó dando bandazos contra las rocas. Se enrolló el amarre a la muñeca, agitó un remo para dispersar a la estridente bandada. Vislumbró el cadáver, con unas fauces negro azuladas por rostro y con las entrañas abiertas como un bacalao eviscerado hasta la espina; las manos eran muñones carcomidos y los pies parecían madera carbonizada. Ingrid arrojó el remo de vuelta a la gabarra, consiguió desenganchar al hombre del perno y ponerlo sobre las algas de la orilla, pero no introducirlo en el bote. Enrolló el amarre alrededor de uno de los muslos del cuerpo, embarcó de un salto y lo transportó a rastras bajo una nube de pájaros que cada vez se acercaba más, descendiendo en picado tras su estela. Ahora, sin embargo, tenía el viento a favor y avanzó rápidamente, hasta que pudo soltar la amarra de popa al sotavento del cobertizo nuevo y subirse al muelle para sujetarla al gancho de la grúa y dar vueltas a la manivela hasta que el hombre se alejó de la superficie del agua; quedó colgando cabeza abajo, como en una horca.

El águila de cabeza blanca permaneció como un animal doméstico sobre el muelle, junto a ella; Ingrid intentó apartarla a patadas, esta se alejó contoneándose, Ingrid volvió a patear y a gritar, y acabó por soltar la manivela, la volvió a recuperar y la aseguró; encontró un palo de madera y lo esgrimió salvajemente hacia aquella inmensa ave que, lánguida, se hizo a un lado. Ingrid volvió corriendo hasta la grúa e izó al hombre los últimos metros que quedaban hasta la superficie empedrada, abrió las puertas del cobertizo y lo arrastró al interior, descubriendo que le faltaba una pierna.

Cerró las puertas, gritó a la bandada de pájaros que se había instalado graznando en el muelle, la grúa y el tejado, bajó a la gabarra, remó de vuelta a la caseta del embarcadero y descubrió que estaba llorando; se percató de que lo había estado haciendo desde que se marchó de la casa.

Se secó con el jersey empapado y subió la cuesta para adentrarse de nuevo en la hediondez que se había apoderado de su cocina, como una intensa humareda, y vio que la taza con confitura de grosellas estaba vacía.

Se arrancó el jersey mojado y se cubrió el rostro con un pañuelo, apartó las mantas y se dispuso a quitarle la ropa.

Debajo del uniforme llevaba los mismos harapos marrones, virutas de lana de madera y una sustancia gris que parecía papel en estado de descomposición. Lo retiró todo como si fuesen capas de piel de una espalda quemada por el sol, tejido, piel, hollín, mugre, y lo introdujo en la estufa, donde las llamas se estaban ahogando. Puso más leña y la temperatura comenzó a ascender mientras el hombre gritaba con una voz que no parecía la de un ser humano.

Ingrid tuvo que combatir las arcadas antes de poder continuar con la labor.

Cuando el hombre quedó desnudo ante ella, ennegrecido, rosado, amarillento y verde azulado como un mapamundi carbonizado, llenó un barreño de agua tibia y se puso a limpiar las partes del cuerpo que no tenían heridas; él gemía e intentaba golpearla. Ingrid tuvo que sentarse sobre él y así consiguió retirarle algo que no vio lo que era, si ropa interior o piel quemada. Él volvió a desmayarse y permaneció flácido como un muerto, aunque seguía respirando.

Ella finalizó la tarea, introdujo el resto de los harapos en la estufa, subió a la Sala Sur a por un edredón y una nueva alfombra de trapos; consiguió colocar la alfombra debajo de él y taparlo con el edredón, abrió las ventanas y las puertas de par en par, y puso a hervir agua en todas las cacerolas que tenía y quemó más leña que en un día dedicado a hornear mientras procuraba

asegurarse, una y otra vez, de que estaba dormido, no muerto.

Se quitó su propia ropa y también la quemó, se lavó frenéticamente y volvió a vestirse con ropa seca, pero el olor seguía siendo igual de repugnante.

Le retiró el edredón y procedió a lavarlo de nuevo; frotó su fina piel, que tenía manchas tersas y blancas como las de la tripa de un bacalao, fue a por polvos de talco, pomada para las quemaduras, hilo y una aguja, que quemó con una vela antes de ponerse a coser la herida abierta de su muslo. Su delicado cuerpo se sacudía, pero seguía teniendo el pulso regular y gimió hasta que ella retiró la aguja y le vendó la herida.

Cerró las ventanas, entró al salón y se contempló en el espejo que había sobre la cómoda, chasqueó sus labios rígidos, irreconocibles, y regresó para permanecer sentada a su lado, alternando la mirada entre él y sus propias manos, hinchadas y llenas de ampollas por la humedad y el frío, aunque no le temblaban; cuando volvió a abrir los ojos, se encontraba en posición fetal en el suelo, junto a la estufa, que se había enfriado en la cocina sin luz, y fuera todo estaba en silencio.

Ingrid se giró para tumbarse boca arriba y permaneció recostada escuchando el aliento que provenía del banco, tranquilo y regular; tras las ventanas había cerrado la noche.

Se levantó como una persona ajena a sí misma, le retiró el edredón y se quedó contemplándolo, lo volvió a cubrir, encendió la estufa y se vistió para ir a buscar la embarcación en la que debían haber arribado, que encontró en el lugar en que ella suponía que estaría, junto a un saliente en Karvika; se trataba de una embarcación oval de color blanco sucio de tablas de madera y cilindros de metal, más una balsa que un barco, probablemente visible a través de un catalejo desde la isla principal, al menos a la luz del día y con un tiempo despejado. Ya había oscurecido, aunque era una noche estrellada, por lo que no la podía quemar, y tampoco fue capaz de arrastrarla para ocultarla detrás de un montículo.

Se sentó.

El tiempo estaba tranquilo. No había pájaros. Se levantó y descubrió que la balsa tenía tapones de desagüe, y consiguió desenroscarlos; empujó la embarcación al agua y la llenó de piedras, la alejó impulsándola con las piernas y vio cómo se llenaba de agua antes de desaparecer como una sombra

blanca y que lo único que se reflejase en la superficie del agua fuesen las estrellas opacas; había olvidado las manoplas y no podía mover los dedos.

Una vez de vuelta a casa volvió a desnudarse y se examinó cada mancha del cuerpo, como si buscara piojos, se frotó la piel hasta dejársela enrojecida por completo, hasta sentir frío y calor, y entró al salón para mirarse fijamente al espejo; tenía el rostro seco y el cuerpo empapado.

Se secó y se puso a cocer patatas y pescado, que dejó en el fuego durante más tiempo del acostumbrado para triturarlos en un puré que mezcló con hígado, y se sentó para darle de comer.

Él dormía.

Ingrid le colocó una mano sobre la herida.

El hombre abrió los párpados excoiados y la miró con unas pupilas como medusas transparentes en un mar negro. Ella le mostró la cuchara, él asintió y abrió la boca, sorbió de la cuchara y consiguió tragar. Le dio una nueva cucharada, y otra más, luego confitura de grosellas caliente; él tosía y bebía, le dio más y se desmayó con la boca llena; ella lo limpió antes de ponerle una mano en la frente, luego en el cuello, para comprobar si tenía fiebre y pulso, y la dejó tanto tiempo antes de retirarla que pareció que se tratase de una caricia; después se miró la mano y le acarició la mejilla dos veces, pues no pudo resistirse. Finalmente se terminó la comida y subió al desván, donde se acostó con la ropa puesta.

Ingrid tenía la sensación de estar rodeada de agua. Entraba por sus oídos y le llenaba los pensamientos —de palabras—. Sentía el peso del plumón y su propia temperatura corporal; las manos ya no le dolían, ni siquiera estaban enrojecidas; tenía la garganta seca, no dijo nada y las palabras extranjeras continuaron brotando de la trampilla del suelo.

Se incorporó, introdujo los pies en las pantuflas y bajó, pero no a la cocina, sino que en lugar de eso se puso un jersey y salió a buscar leña. El cielo estaba grisáceo, la nieve caía ligera y silenciosa, en el mar no se veía ninguna embarcación. Sin embargo, el rumor de los pájaros se seguía oyendo y volvieron los gritos; venían desde dentro.

Entró en la casa y por el hedor comprendió que debía volver a lavarlo; se tomó su tiempo para encender la estufa de leña mientras él la contemplaba a través de un velo febril y repetía aquella palabra desconocida con una voz sorprendentemente grave para un hombre tan joven; ahora por lo menos parecía el sonido de un ser humano.

Cuando Ingrid por fin se atrevió a mirarlo a los ojos, él extendió la mano que carecía de uñas y ocultó la otra. Ella se la mantuvo agarrada hasta que sus párpados se cerraron. Luego lo lavó tal y como debe lavarse a un ser humano; tardó lo suyo, lloró, comió, esperó, el silencio afuera; cada vez nevaba con más intensidad y él dormía apaciblemente.

En el momento en que ya no podía postergarlo más, se tapó la cara con tres pañuelos, salió y fue hacia el sur de la isla con un cuchillo de talla y uno de los viejos aparejos del padre, siguiendo el sonido de los pájaros, y, junto al tronco ruso, encontró el primero; no era más persona que el hombre que había encontrado junto a Moltholmen. Espantó a los pájaros, cortó un trozo de la vela y lo cubrió con ella, colocó piedras sobre los extremos y se preguntó qué haría si encontraba a una mujer.

El siguiente lo halló en la punta desde donde había estado contemplando los escollos que se movían. También lo cubrió con la vela. El tercero yacía justo al sur del amarre que usaba para los enmalles. Lo ocultó con lona y

pedras, pasó por delante de la cadena sin mirar hacia el mar y encontró el cuarto más allá del cobertizo de los suecos. En sus días de colegio, Ingrid había leído sobre los misioneros y soñaba con ir a salvar personas; ahora salvaba muertos, cadáveres cuyo contenido había sido vaciado por gusanos y pájaros. Se preguntó qué era lo que les había hecho flotar hasta allí; pensó que tenía que haberse producido un naufragio, una catástrofe, aquel día que ella entró en la alcoba de su abuelo con los oídos llenos de un sonido que jamás había oído antes, que despertó una angustia desconocida en ella porque, a pesar de todo, sabía lo que significaba.

Bajó a la caseta del embarcadero y echó la gabarra al mar, reunió los restos mortales en un saco de red y los arrastró hasta el muelle, los izó entre un huracán de pájaros y los trasladó hasta el cobertizo nuevo, donde los cubrió con viejas redes de cáñamo; y se preguntó qué ocurriría si el tiempo se mantenía suave de manera prolongada, y qué haría si llegaba a encontrar una mujer.

Subió a la casa, pero esta vez también evitó la cocina; fue a por el viejo fusil Krag-Jørgensen de su padre y se llevó una de las alfombras de trapo de la cama del abuelo, se acomodó en el terraplén del exterior y apuntó al tejado de pizarra del cobertizo nuevo, que estaba repleto de pájaros; detonó un disparo tras otro, cargó y dirigió el cañón hacia el gigante de cabeza blanca que se posaba sobre la cumbre del tejado. Un ala negra se alzó al vuelo y desapareció, una bandada de gaviotas y cuervos se lanzaron hacia el cielo gris, viraron repentinamente y descendieron de nuevo en picado. Ingrid cargó y disparó. Una de las águilas más pequeñas alzó un ala, dos cuervos, un gavión atlántico; ella cayó en la cuenta de que el viento venía del oeste, por lo que los disparos se oirían desde el pueblo; también había hecho añicos el valioso tejado de pizarra. Continuó hasta quedarse sin munición, se levantó y sacudió la alfombra para quitarle la nieve.

Cuando regresó a la cocina, lo encontró desnudo sobre unas piernas enjutas y tambaleantes, apoyándose en el borde de la mesa con la mano que solo carecía de uñas y ocultando nuevamente la otra mano tras la zona lumbar como si fuera un estigma de vergüenza, y la miró aterrado.

Ella le mostró el fusil, lo colocó en un rincón y recordó que todavía llevaba el rostro tapado por los pañuelos, por lo que se los arrancó y le dijo que se sentara y le mostrase la mano quemada.

Él no pareció entenderla.

Ella lo empujó suavemente para que se sentara sobre el banco y le agarró la mano, que ya no era una mano, sino un pie negro con cinco dedos desprovistos de uñas. Barrió los restos de hollín de la alfombrilla con un trapo y lo metió en la estufa, fue a por pomada y gasas; lo untó y lo vendó mientras él lloraba en silencio y miraba fijamente por la ventana.

Ella declaró que, si no se equivocaba, tendrían viento del este, por lo que podría remar hasta el pueblo para averiguar qué había ocurrido, buscar ayuda... Él repitió la palabra extranjera, como un eco de la mañana, y a ella le pareció que sonaba a «mamá».

Consiguió establecer contacto visual con él, se señaló a sí misma y dijo «Ingrid». Él asintió y se miró la mano vendada. Ella se quedó esperando hasta que él alzó la vista de nuevo y le señaló, preguntándole cuál era su nombre. Él se colocó el bulto blanco en el pecho y dijo «Alexander». Ingrid asintió, pronunció «Alexander», sonrió y repitió «Ingrid», Ingrid y Alexander, como para constatar un hecho irrefutable; volvió a levantarse y mezcló confitura de grosellas con agua caliente y puso la taza delante de él, observándolo mientras la balanceaba entre los dos muñones; luego bebió y se secó la boca con la venda y volvió a decir Ingrid en un tono muy serio, además de repetir la sencilla palabra que Ingrid creía que debía significar ‘mamá’.

«Alexander», dijo Ingrid.

Le dijo que sus manos se recuperarían, al menos podría usarlas para algunas cosas.

Él miró a su alrededor sin comprender.

Se lo repitió. Él asintió y miró fijamente los cristales de la ventana, que parecían una fina capa de hielo. Puso a cocer más pescado y patatas y le dio de comer cuando él indicó que no era capaz de sostener la cuchara. Ingrid también comió y sacó el molinillo de café, se lo colocó entre las rodillas y, por primera vez, atisbó una sonrisa en su hermoso rostro, el olor al preciado café en una cocina y el sonido del molinillo. Jamás había visto unos dientes tan blancos y reflexionó sobre el uniforme que había llevado por encima de los harapos. Empezó a hacerle más preguntas, que él no comprendía.

Insistió en que le dijera algo, él musitó algunas palabras, y no parecían alemanas. Le preguntó de dónde era y cuántos años tenía, y él le respondió con otras palabras, que también se repetían, por lo que ella llegó a la conclusión de que significaban ‘no entiendo’.

Podría haber muchos motivos por los que vestía un uniforme alemán. ¿Como por ejemplo?

Ingrid se levantó y puso café en la cafetera, y permaneció de pie hasta que los posos se hincharon como una burbuja de gas en un pantano negro y esta se desinfló; levantó la cafetera y la golpeó dos veces con contundencia sobre las anillas del fogón; sirvió dos tazas, pero no colocó ninguna delante de él. Ella, por su parte, se acercó la taza a la boca y bebió, y no le quitó la mirada de encima cuando le preguntó si quería café y le oyó responder:

—*Da, spasiba.*

Cogió la taza y le preguntó una vez más si quería; él echó un vistazo irritado y extenuado a su derecha y a su izquierda mientras repetía aquellas dos palabras y añadía otra frase, que tampoco sonaba a alemán.

Le entregó la taza.

Alexander colocó los bultos blancos sobre la mesa y volcó la taza. Ingrid le pidió perdón, limpió y llenó la taza de nuevo; se deslizó para sentarse en el banco detrás de él, de modo que él tuviese que inclinarse hacia ella, y le acercó la taza a los labios. Él giró la cabeza y la miró extrañado, sorbió unas gotas mientras ella sentía el peso del hombre y ninguna señal del terrible hedor. Así permanecieron, al ritmo del sonido de su aliento entrecortado, como si ella jamás hubiese sido mujer antes, pero dejándose invadir por primera vez por la certeza abrumadora de que existía otra isla.

Soplaba viento del este y el día había quedado despejado. Sin embargo, Ingrid no remó hasta el pueblo. Rodeó la isla con el cuchillo de talla y la vieja vela randa de su padre, siguiendo las bandadas de pájaros, y encontró más bultos sin nombre, bultos maltratados y viscosos que alguna vez habían estado vivos y padeciendo penurias, ahora con fango azul cobalto en unas órbitas del tamaño de un puño, una masa mullida de color fermentado y huesos verdes a causa del mar y de la sal, carne podrida, algas y mixinos.

Los cubrió y colocó piedras sobre los bordes de la lona, caminó el largo trayecto hacia el norte para buscar la gabarra y los llevó a rastras hasta el muelle nuevo, donde los izó sin pensar si estaba liberando a la isla de la bestia del mar o si lo hacía porque la muerte demanda algo que hay que acatar sin más.

Llevaba consigo el fusil; de vez en cuando recogía los remos y disparaba para dispersar a la bandada de pájaros, que se alzaba como una seta hacia las nubes antes de volver a descender y vitorearlos, tanto a ella como a la gabarra y lo que llevaba a remolque, en una impenetrable amalgama de sonidos y alas; ahora, al menos, el viento transportaba el eco de los disparos hacia el mar.

Regresó a casa, se desvistió y quemó la ropa, se lavó largamente sin pudor delante de la mirada negra que desde el día anterior, o dos días antes, le había alcanzado como ninguna y de la que ella sabía que jamás tendría suficiente; era lo que le daba fuerzas, jamás se había sentido más fuerte.

Ingrid preparó la comida y comieron, ella sentada sobre una silla, añorando regresar al banco y a su cuerpo. Preparó café y se lo bebieron, cada uno inmerso en su propio silencio, hasta que ella se levantó para subir al desván a buscar ropa, algunas viejas prendas de su padre que comenzó a probarle, sus dedos contra su cuerpo; él parecía la cría de un gavión, un pescador, un patrón, un agricultor y un colono.

Se rieron con disimulo; él se señaló a sí mismo y dijo «Alexander»; luego la señaló a ella y dijo «Ingrid», no se cansaba de aquellas palabras, y ella

tampoco. Luego lo desvistió de nuevo y le cortó las uñas de los pies, sosteniendo sus pies ilesos, blancos como el mármol, y se los lavó lentamente mientras hablaban cada uno en su respectiva lengua y comprendían cada palabra.

Antes de que cayera la noche, ella se dio otra vuelta con el fusil y los trozos de lona, y encontró lo que encontró, regresó a casa, se quitó la ropa y también la quemó; permaneció desnuda frente a él, frotando cada mancha de su cuerpo. Se lavó el cabello y el cuerpo, una y otra vez, cambiando el agua varias veces, se peinó y trenzó el pelo, y él no dijo nada, pero no le quitaba la mirada de encima; cuando hubieron comido, ella le sugirió que se levantara para andar; ¿podría andar, aunque solo fueran unos pocos pasos?

Él se levantó tambaleante y caminó a tientas hacia la ventana, luego hacia la despensa, se giró y torció el gesto, que no carecía de una cierta risa silenciosa, y se contempló los pies desnudos. Fue hacia la puerta del pasillo y regresó a la ventana, donde contempló su propio reflejo, retrocedió bruscamente, se volvió hacia ella y la miró con desesperación, hasta que ella se levantó y lo cogió de la mano para acompañarlo al pasillo y subir las escaleras hasta la Sala Norte, donde yació junto a él para el resto de su vida.

Ingrid preparó un escondite en el trastero que había detrás de la puerta y que se fundía con el revestimiento de madera de la Sala Sur; parecía un nido de plumón. Y dado que ya podía andar por sí solo, Ingrid se lo llevó afuera, a la oscuridad, esperándolo mientras iba a la letrina y oyéndole hablar a través de la puerta abierta. Caminaron hacia el sur por los jardines y no dijeron nada, pero ella lo oyó llorar. Le mostró el cielo y la aurora boreal, unas dementes cascadas de arcoíris en la estación equivocada; pronunció los nombres de las negrísimas montañas que se divisaban en tierra firme, le enseñó a decir agua, viento, nieve y hierba, que no había, algas, bote, pescado, gato...

Una noche lo llevó al henal y retiró el manto de caballo del cadáver, preguntándole quién era; le había colocado el uniforme por encima.

Él no dirigió la mirada a aquella momia acurrucada, sino que musitó Alexander dos veces. Ella lo miró asombrada.

«Sasha», dijo él.

Ingrid levantó el uniforme y preguntó si eran tocayos. Él asintió con empeño y se sacudió como para representar frío, y ella entendió que había robado el uniforme para mantener el calor, y comprendió en el mismo instante que la lana de madera también contribuía a dar calor y que, por lo tanto, esto indicaba que era un prisionero. Ella le preguntó si era ruso y él respondió «*da*», pero no hasta que ella le hubo repetido la pregunta tres veces. Le preguntó si era soldado, y él respondió sí y no; ella jamás se había sentido tan hermosa y dejó de preguntar.

Consiguió bajarlo hasta el banco de popa de la gabarra; permaneció sentado como un marinero de agua dulce, sacudido por la angustia, mientras ella remaba a través del estrecho entre la isla y Moltholmen y soltaba los lastres de piedra a ambos lados. Halaron las redes dejando tras de sí una estela plateada, las izaron y las arrastraron al interior del alpendre sin apenas ver qué estaban haciendo. Pero ahora no había pájaros. Y ella intentó consolarlo.

Volvieron a casa y se desvistieron mutuamente; se lavaron y se acostaron

en la Sala Norte como hombre y mujer. Ingrid ni siquiera pensaba en su infancia, en sus padres, Barbro, Suzanne, Lars, en nada de lo que añoraba, aquello que ella misma había perturbado y arruinado; tenía algo parecido a la sensación de que no le faltaba absolutamente nada.

Murmuró hacia las parhileras que al día siguiente remaría hasta el pueblo y compraría comida, se haría con un gato y averiguaría qué había sucedido.

A través de su brazo percibió que él asentía.

Le preguntó si la entendía y decidió que, efectivamente, lo hacía.

Ingrid dijo «gato» y maulló. Él dijo «*koshka*» y ella sintió su sonrisa contra las yemas de los dedos. Ella le ordenó permanecer en el trastero que le había preparado y le dijo que no saliera bajo ningún concepto; independientemente de lo que oyera, ya fueran disparos o gritos, debía permanecer como un muerto desde que ella cerrase la puerta hasta que la volviese a abrir; podría tardar algunas horas, a lo sumo medio día. Él respondió «*spasiba*» y «gato» y «escondite».

Ingrid pensaba que estaba preparada cuando izó velas y se deslizó hacia tierra firme bajo una intensa nevasca, llena de esperanza por ir a liberar a Barrøy de restos mortales y sospechas, una esperanza que solo podían cumplir los invasores si ella jugaba bien sus cartas.

Atracó, como siempre, debajo de la Factoría, subió al pueblo y percibió no solo un silencio inusual, sino que algo esencial había sido arrancado con mano dura, el puesto de guardia, los vehículos, los caballos, un vacío ocasionado por algo que ella no era capaz de identificar.

En la tienda, Margot la informó de que los aviones británicos habían hundido un transporte de tropas alemanas algunas millas al sur, en el que habían perdido la vida varios centenares de soldados, quizá miles.

Ingrid dijo:

—¿Ah?

Efectivamente, Margot lo sabía por su hijo, que entregaba mercancías en el Fuerte, al norte de la isla.

—¿Con soldados? —preguntó Ingrid.

—Eso dicen.

—¿Alemanes?

Margot lo confirmó y mudó el gesto, examinándola detenidamente, e Ingrid ya no estaba preparada; preguntó si habían abandonado el cuartel

detrás de la escuela. Margot afirmó que la mayoría de los soldados habían sido trasladados al Fuerte, donde se ubicaban la radio, los campos de prisioneros y el emplazamiento de los cañones, pero el comandante ese día estaba por ahí.

Ingrid parpadeó y miró a su alrededor; recordó preguntar si Jenny y Hanna todavía tenían gatitos.

Margot repuso que otra cosa no tenían, madre e hija, con las que Ingrid había salado arenques desde que era una muchacha y que vivían en una cabañita gris al norte de la fábrica de conservas.

Pero cuando salió de la tienda, se produjo un nuevo paréntesis en su vacilante misión antes de que iniciara a zancadas la subida que la llevaría al cuartel tras la escuela, donde la detuvo un solitario centinela uniformado. Dijo que necesitaba hablar con el responsable de guardia. Él se retorció y dijo en un noruego macarrónico que no era posible.

Ingrid dijo «*Tote Tote*»<sup>1</sup>, señalando dos con los dedos.

El centinela encendió un cigarrillo y se acercó a ella, y con gestos amenazantes le lanzó una retahíla de preguntas intimidantes de las que ella no entendió ni una palabra.

Ella repitió «*Tote Tote*» a voces y gesticulando.

El hombre resopló y lanzó una mirada suspicaz hacia un barracón al otro extremo de la explanada, dijo «ven» y la llevó a una oficina en la que hacía tanto calor que estuvo a punto de quedarse sin aliento, donde un oficial calvo de mediana edad se había parapetado tras un formidable escritorio; era un hombre con un bigote rubio, una cicatriz rosada en el rostro y un par de ojos cándidos, un hombre que se disponía a introducir una cuchara demasiado grande en un huevo cocido de gallina mientras hablaba con gran entusiasmo por el auricular del teléfono.

La miró y asintió irritado hacia una silla.

Ingrid se sentó y contempló la cuchara con fascinación —parecía una insignia náutica sobresaliendo de su puño peludo—, y mientras el oficial seguía hablando por teléfono sin inmutarse, el soldado aprovechó la ocasión para desaparecer.

El oficial colgó finalmente y se cambió la cuchara de mano. Ingrid repitió su «*Tote Tote*», también ahora mostrándolo con los dedos, le comunicó dónde vivía y que necesitaba ayuda. Él pareció entender de lo que hablaba, negó con la cabeza como para deshacerse del disgusto y dijo: «*Jawohl*», era cierto que había sucedido una catástrofe. «*Eine riesige Katastrophe. Die Leichen sind*

*überall auf den Inseln.»<sup>2</sup>*

Ingrid volvió a experimentar aquella emoción de estar buscando algo que no existía; una sensación de frío recorrió su piel y preguntó si tenía permiso para marcharse. El hombre parpadeó.

—*Selbstverständlich, ich hab' Sie nicht eingeladen.*<sup>3</sup>

Ella salió al frío y bajó hacia la gabarra, pero junto a la fábrica de conservas realizó un giro repentino hacia el norte y se presentó en la cálida cocina de color gris ceniza de Hanna y Jenny, las saludó y comentó que había oído que tenían gatitos.

Hanna confirmó que así era y le pidió que se sentase para recuperar la calma; Ingrid no tenía buen aspecto.

Ingrid preguntó con una breve risa qué aspecto tenía y se dio cuenta de que tampoco ahí podía decir nada, como si no pudiese confiar en ellas, aquellas dos personas que había conocido toda su vida, como si fuesen de otra isla. Hanna bajó la mirada hacia la labor de punto y preguntó si no se sentía sola en la isla.

Ingrid dijo que sí, y por eso quería un gato.

¿No sería mejor que se quedara a vivir con ellas una temporada, hasta que Barbro regresara a casa?

Y ahora la miró directamente a los ojos.

Ingrid dijo que no tenía ninguna certeza de que Barbro fuese a regresar.

Hanna parecía dubitativa, pero dio una voz a la habitación de al lado.

Oyeron la voz de Jenny y un trájín de puertas. Era un hogar limpio, fregado a fondo, con corriente falsa en la estufa, la olla de la ropa chisporroteando. Hanna dijo que se habían quedado con este gatito porque tenía el dibujo de un tablero de ajedrez en el lomo; ¿tenía Ingrid hambre?

Ingrid respondió que no quería dejarles sin comida.

Jenny apareció con el gatito en una cesta sobre la que había colocado un trozo de red de arenque para que pudiera sacar una patita por la malla; Ingrid la sujetó entre los dedos y preguntó cuál era su nombre.

—El que tú quieras —dijo Jenny antes de ponerse ella también a observar detenidamente a Ingrid; ¿no quería quedarse con ellas unos días?

Ingrid sonrió, declinó la oferta y se marchó, apresurándose a regresar a la tienda, como si a pesar de todo existiera esperanza, algún ser humano, ella al menos necesitaba mercancías, y se quedó en eso hasta que se le ocurrió que podía desempeñar el reloj; ¿aceptaría Margot cupones en vez de efectivo?

Margot preguntó para qué demonios le iban a servir los cupones.

—Pero llévatelo sin más, está estropeado.

Entró al almacén a buscar el reloj, lo envolvió en arpillera, enrolló las pesas en una toalla y lo dejó todo en la caja con la comida. Ingrid salió con una doble sensación de alivio —que se asemejaba a náuseas— y bajó el camino para embarcar en la *færing*; la cesta con el gato la colocó como un trono entre dos lastres de piedra sobre el banco de la popa, para echarle un ojo mientras remaba.

El viento seguía soplando del suroeste; tuvo que remar, la primera parte del trayecto con las olas en diagonal, luego venían de frente; el mar jamás había estado tan bravo, el día jamás había sido más breve. Remó con demasiado ímpetu, se agitó y sudó, remó todavía más deprisa mientras el oleaje embestía contra la embarcación. Al abrigo del islote Oterholmen tuvo que achicar y volvió a desviarse hacia el norte. Siguió remando a toda prisa —el gato maullaba bajo la espuma del mar— y alcanzó el embarcadero de Barrøy tras navegar por un mar que iba amainando a medida que se acercaba a la isla, y entonces ya estaba oscuro.

Subió corriendo a la casa con la cesta y encendió las lámparas de la cocina y el salón y prendió la estufa antes de subir; tomó aliento y abrió la puerta del trastero manteniendo al gato ante sí, como un escudo.

Él se derrumbó como un saco ante la repentina iluminación. Ingrid permaneció sin decir nada. Él cogió el gato y dijo «*koshka*» con una sonrisa; frotó la nariz contra su diminuto hocico.

Ingrid le preguntó si era alemán, «¿*deutsch*... ?».

Él no la entendió.

Ella gritó que habían bombardeado un buque de transporte de tropas alemanas y se dio cuenta de que se había quitado la venda de una mano; tenía que habérsela arrancado con los dientes; la piel se estaba curando, las uñas parecían minúsculas conchas rosadas.

Ella gritó algo que ni ella misma logró entender, bajó de nuevo y salió para varar la gabarra, cargó la caja con mercancías y se sentó en la cocina para tejer una tira de red con manos frenéticas; la colgó del agujero en el techo. El gato trepó algunos pies y se quedó colgado de una garra, se soltó y empezó a maullar y agitar las patas mientras Alexander sonreía interrogante hacia ella; ¿se llamaba Alexander?

Ingrid subió a la sala y soltó la tira de red, el gato hincó las uñas, ella la

subió, miró a su alrededor en la Sala Norte, volvió a dejarla caer sobre la cocina, la alzó otra vez y repitió el ejercicio. Alexander aplaudió en silencio y con reconocimiento cuando el gato finalmente comprendió que tenía una escalera.

Ingrid dijo que se llamaría Koshka.

Él corrigió su pronunciación, repitió la palabra dos veces y exclamó «sí, sí, sí» cuando ella consiguió decirlo bien.

Pero ella no sonreía.

Le preguntó si era alemán o ruso.

Él la abrazó; a ella le vino a la mente aquel huevo tan pequeño y la cuchara grande y empezó a chillar mientras lo golpeaba con un puño. Él la echó sobre el banco y se sentó encima de ella, hablando en una lengua que seguía sin parecerse al alemán. Acto seguido empezó a cantar una canción infantil, que tampoco sonaba a alemán; se recostó a su lado y respiró junto a su oído, hasta que sus respiraciones se unificaron y ninguno dijo nada.

Ingrid enterró los dedos en su cabello corto y negro, lo olisqueó sin percibir otro olor que no fuera el del jabón, lo besó y declaró que él tendría que ir a por leña; ella no se encontraba con fuerzas, estaba muerta; ¿entendía qué quería decir muerta?

Alexander sonrió y se puso un jersey, salió y regresó con leña y turba, como si viviera en aquella casa, y prendió la estufa, como si viviera en aquella casa, independientemente de quién fuera, y permaneció quieto contemplándola; era un hombre joven y apuesto, tan resplandeciente y hermoso que ella tuvo que apartar la mirada.

Luego él comentó algo que ella interpretó como una pregunta, a la que asintió.

Se puso a hacer la comida, canturreando la misma canción mientras preparaba una masa y la extendía con el rodillo en círculos del tamaño de platos, en los que colocó trozos de pescado cocido frío y mantequilla; los enrolló formando unos rollitos gruesos en una bandeja que luego metió al horno.

Se tumbó a su lado y dejó que ella le hiciera lo que quisiese, mientras un desconocido olor se extendía por la estancia.

Comieron en silencio y subieron al desván, donde yacieron juntos hasta que el primer estruendo de la tempestad arremetió contra la pared del sur.

Ingrid dijo a través de las lágrimas que no hacía falta que se levantaran, no vendría nadie.

Durmieron y yacieron todo el día y después la noche siguiente, escuchando la tempestad; se levantaron y comieron y jugaron con el gato; la tempestad les obligaba a gritar incluso aquello que solo debe susurrarse.

Cuando el temporal amainó, ella le preguntó si sabía reparar un reloj.

Él respondió que sí y quiso saber si tenía herramientas.

Ingrid repuso que ya se las había enseñado, ¿no lo recordaba?

Alexander la miró interrogante.

Ella repitió «herramientas» y explicó dónde las guardaba. Alexander asintió con entusiasmo y rio, se enrolló el edredón alrededor del cuerpo, bajó y no volvió a subir.

Entonces Ingrid también se levantó y fue abajo para ver qué estaba haciendo. Él estaba desnudo en la cocina, colgando el reloj en un clavo de la pared del oeste; subió las pesas que colgaban de sus respectivas cadenas y se mantuvo quieto hasta que comenzó a oírse el tictac del reloj a través del viento decreciente. Las agujas marcaban las nueve menos cuarto, pero por la oscuridad tenía que ser más tarde. Él se giró y pareció querer saber qué hora debía poner. Ingrid dijo que podía dejar las agujas como estaban. Luego subieron al desván, y no vino nadie.

---

1 «Muerto, muerto» en alemán. (*N. de las T.*)

2 «Una tremenda catástrofe. Hay cadáveres por toda la isla». (*N. de las T.*)

3 «Por supuesto, yo no la he invitado». (*N. de las T.*)

Existen muchas formas de remar, y él no conocía ninguna. Agitó irritado los remos, las correas y los escálamos mientras Ingrid permanecía sentada en la popa, sobre una piel de oveja, riéndose de él. Ella le fue explicando y señalando escollos e islas que se podían divisar en la oscuridad. Él intentaba mejorar y quería que lo elogiara, como un niño, y ella lo elogiaba, pensaba que era un niño, y que cada día que pasaba estaba más hermoso, y no lo podía soportar.

Le pidió que remase atravesando el estrecho hacia Gjesøya y luego hacia el sur por la parte exterior, donde el oleaje se tornaba cada vez más pesado. Sus dedos eran demasiado cortos y golpeaba los remos contra las olas. Se intercambiaron el sitio e Ingrid los llevó alrededor de la isla y dentro de una grieta en la montaña, donde había un puerto natural; amarró junto a un tronco de madera de deriva y anunció que quería enseñarle algo.

Atravesaron vadeando unas crujientes algas cubiertas de nieve para adentrarse en la quebrada, donde los habitantes de Barrøy en algún momento habían labrado nuevas tierras y había un pajar al que llamaban el pabellón. Ingrid abrió la puerta y lo invitó a entrar. Se sentaron sobre el heno viejo y polvoriento y escucharon el mar. Ella dijo que el tiempo se calmaría de ahí en adelante y que, antes o después, alguien vendría, y entonces ese lugar tendría que convertirse en su escondite, una palabra que él comprendía; «Esta es otra isla —dijo ella—, traerán perros consigo», y él también lo comprendió.

Escucharon el mar.

Él colocó una mano sobre su muslo y comenzó a hablar en un nuevo tono de voz; parecían confidencias o amonestaciones; se entusiasmó y gesticuló con las manos, la abrazó e intentó ilustrar algo, e Ingrid se alegró de no dominar aquella lengua que le habría permitido preguntar cuántos años tenía.

Ella agarró su mano desfigurada y la atrajo hacia su rostro, y le dejó hablar. En ese momento su tono se asemejaba más a un intento de persuasión, que ella también se alegró de no poder entender, pues él estaba recuperando las fuerzas, estaba a punto de recuperar algo que había olvidado, algo que

creyó que había desaparecido, y una nueva sensación de fatiga la recorrió, el comienzo de una oscuridad que ella sabía que no soportaría, una vida sin él.

Lo obligó a remar de vuelta a casa y se sentó de manera que pudiese llorar sin que él la viese. No obstante, él se percató, recogió los remos y permaneció quieto. Luego le puso una mano sobre cada hombro. Ella llevó las manoplas a las mejillas, pero no se giró. Tampoco dijo nada. Se dejaron llevar por el oleaje. Luego él siguió remando.

La noche siguiente volvieron a salir. Ingrid le enseñó a manejar una línea de mano, a coger el pescado, desangrarlo, destriparlo; lo obligó a salir a mar abierto bajo la ventisca y le mostró que las manoplas mojadas resultan cálidas, cómo una gabarra puede lanzarse contra el oleaje y retirarse con la magia de los remos. Le dijo que él podía decidir si prefería tener frío o heridas, y ahora su cabello se había convertido en un espeso y negrísimo felpudo en el que ella podía enterrar los dedos. Aquella noche Ingrid no pudo dormir; él sí lo consiguió, tan tranquilo y constante como Nelly, y eso la aterraba aún más.

Ingrid se levantó y miró por la ventana; el mar estaba manso y resplandeciente como el petróleo hasta donde alcanzaba la vista.

Comenzó a empaquetar edredones, alfombrillas y ropa, llenó el cofre de comida como si lo preparara para un hombre que se va a hacer la temporada Lofoten, lo despertó y, entre susurros, le pidió que se vistiera.

Él la miró interrogante.

Ingrid remó hacia el sur, atravesando el estrecho, y se adentró en la quebrada de Gjesøya. Subieron y se acostaron sobre el heno hasta que el sol estuvo en su punto más alto y ella dijo que iría todas las noches, con comida, agua y ella misma, y se despidió. Él la retuvo, hicieron el amor y se despidieron, y cuando por fin ella se puso a remar, nunca se había sentido más diminuta ante el mar.

Una vez de vuelta a casa, en Barrøy, empezó a recoger y eliminar las huellas que quedaban de los dos. Se miró al espejo y se frotó para eliminar el hollín de su rostro, fue de una ventana a otra y se quedó mirando fijamente hacia el norte y el este; no venía nadie.

Se sintió estúpida y se lavó la cara, recogió y jugó con el gato Koshka; ahora ya no podía dormir en la Sala Norte. Fue a por el catalejo al alpendre

nuevo, se acostó en la cama de sus padres en la Sala Sur y miró hacia Gjesøya a través de aquella lente traidora sin ver nada en absoluto y no cerró los ojos hasta quedar cegada por la noche.

Cuando a la mañana siguiente sus ojos lucían como dos manchas de herrumbre en el espejo reluciente, se sintió todavía más estúpida y remó hacia el sur, y sacó a Alexander a mar abierto para que el oleaje le produjera mareos y tuviesen algo de qué reírse. Lo volvió a llevar a tierra, esperaron hasta que recobrase el equilibrio y salieron de nuevo. Pescaron y limpiaron el pescado, lo dejó de nuevo en tierra y comenzó a remar de vuelta a casa, aunque viró y regresó; amarró el bote al tronco de madera de deriva y se acostó con él en el pajar hasta que cayó la noche. Y aunque el viento que se acababa de levantar solo era una suave brisa, Ingrid decidió que el mar estaba demasiado embravecido y se quedó hasta el amanecer de otro día antes de remar a casa entre nevisca y aguanieve para llegar, una vez más, a una casa fría a la que tardaría el resto del día en acostumbrarse, algo que afortunadamente le costaría todas las fuerzas que tenía.

Subió las pesas del reloj y movió las agujas, jugó con el gato, cocinó y quiso cardar e hilar, pero no le fue posible.

Se acostó en la Sala Sur con el catalejo y contempló agotarse el día sobre Gjesøya, el mar grisáceo, los movimientos dispersos de las aves, hasta que estas también se fueron.

Volvió a levantarse, se vistió y rodeó la isla bajo la nevisca; no encontró nada y regresó a casa y quiso preparar café. Se tropezó, se cayó al suelo, logró levantarse y se sentó en la mecedora, donde se quedó dormida y soñó con una piña de pino que había dibujado cuando iba a la escuela de niña. Se despertó, descansada, con la piel estremecida como si alguien le hubiera acercado su aliento, subió al desván y sacó el viejo cuaderno de dibujo y los lápices, y recordó al profesor que, con una expresión triunfante en el rostro, había colocado una piña sobre su atril y pedido que los niños la dibujaran; era un enorme semillero y nadie había visto cosa igual. La piña de Ingrid se convirtió en una concha de caracol que le provocó risas al profesor. Pero luego todas las piñas de los niños se convirtieron en pequeñas conchas, caracolas y caparazones, e Ingrid subió a acostarse con la firme determinación de pedir a Alexander que escribiese algo antes de desaparecer, pues desaparecería, tenía que hacerlo, ese era el propósito de todo; tanto si

ella podía leerlo como si no, algún día lo entendería.

Era aquella época del año en la que todo lo vivo va a morir, cuando los animales y los seres humanos se recogen en sí mismos y se tornan más diminutos de lo que ya son, cuando la naturaleza queda muda de otros sonidos que no sean los del mar y ninguna plegaria puede iluminar nada en absoluto.

Ingrid había retirado los harapos del secadero y los había apilado en cajas de pescado en la caseta del embarcadero, y ahora se encontraba allí con más lana de madera entre las manos, la separación entre el frío y el calor, el verano y el invierno, la vida y la muerte, cuando oyó el rumor palpitante de un motor que no era su propio corazón y se entregó a una calma que pensaba la había abandonado para siempre.

Subió a la casa y se alborotó el cabello, se untó hollín en la cara, se colocó un nuevo pañuelo en la cabeza, salió con la caja de turba y vio que el viejo carguero de la Factoría rodeaba la punta y arribaba al muelle nuevo.

Soltó la caja de turba y caminó tranquilamente hacia abajo mientras su mirada buscaba huellas en la nieve; no encontró ninguna; continuó hasta el extremo del muelle y vio al oficial de la cuchara y el huevo junto a la borda, observándola. El capitán lanzó los cabos de amarre a tierra. Ingrid los ató a sus correspondientes norayes. Detrás del oficial había cuatro soldados rasos uniformados y, tras ellos, el jefe de la policía rural, Henriksen, que no había sido una gran persona antes de la guerra y tampoco había mejorado tras participar en ella; sin embargo, no traían perros.

El oficial desembarcó en el muelle, plegó sus manos enguantadas delante de la barriga y tiritó de frío; la cicatriz roja que tenía sobre la raíz de la nariz enrojeció aún más, sus ojos bonachones seguían igual de bonachones; dijo que se llamaba Hargel, teniente Hargel, y se puso a dar zancadas de un lado a otro mientras Ingrid abría las puertas del cobertizo y dejaba que la luz invernal penetrara iluminando los cadáveres. Él echó un vistazo adentro y dijo «*mein Gott*»,<sup>4</sup> se giró y gritó algo a los soldados, que descendieron uno tras otro al muelle con mascarillas y dos camillas y empezaron a retirar los

restos mortales.

Ingrid les mostró cómo funcionaba la grúa.

Bajaron a los muertos al interior del carguero y los colocaron sobre palés en la bodega y en la cubierta y los rociaron con un polvo blanco. A continuación, izaron una barrica de hierro al muelle, del mismo polvo blanco, y también rociaron el suelo del alpendre, luego el muelle y la grúa, hasta que pareció que todo estaba cubierto de una nieve más blanca que la antigua.

El oficial dijo algo que Ingrid interpretó como que debía esperar unos días antes de limpiar con la manguera, ilustrándolo con los guantes y con sonidos borboteantes. Ingrid descubrió que caían gotas del techo perforado por las balas y supo que esperaría hasta la primavera, el verano, si es que alguna vez volvía a poner los pies en este lugar; se giró hacia Henriksen y le informó sobre el cadáver en el henal.

El jefe de policía, el oficial y dos soldados la acompañaron arriba.

Ingrid le había colocado el uniforme por encima y el manto de caballo. Hargel le pidió luz. Ingrid retiró los pasadores y abrió la trampilla por donde solían izar el heno. Los soldados arrastraron el cadáver hacia la luz para examinarlo. Hargel los apartó y se arrodilló como un médico. Ingrid apartó la mirada y oyó palabras como «*Frost, ertrunken, Gewalt...*».<sup>5</sup> Henriksen quiso saber si lo había encontrado allí.

—Sí.

—Entonces, debía estar vivo.

—Sí —respondió Ingrid, pero cuando lo encontró ya había muerto.

Le preguntó por qué no había avisado.

Ella repuso que había avisado y se giró hacia Hargel, que se había incorporado, y le dijo en noruego que no creía que el hombre fuese alemán, puesto que llevaba los mismos harapos que los otros; el uniforme solo yacía sobre él, como una manta.

El jefe de policía tradujo sus palabras y Hargel la llevó hasta la luz, la miró detenidamente y le dijo algo que no resultó amenazante hasta que Henriksen lo tradujo.

Ella repitió que no llevaba puesto el uniforme.

—¿Por qué no has avisado? —preguntó de nuevo Henriksen.

Ingrid le preguntó si estaba sordo.

Henriksen se sonrojó y Hargel miró atento al uno y a la otra. Ingrid repitió con la misma calma asombrosa que las condiciones meteorológicas le habían impedido avisarles antes.

Los soldados colocaron al muerto en la camilla y se lo llevaron. Los demás enfilaron hacia el patio, Hargel todavía con el uniforme en las manos; no se conformaba con su explicación, rebuscó en los bolsillos y encontró papel deshecho; le llamaron la atención las distinciones; miró a través de unas gafas con un solo cristal y frunció los ojos a través de este.

Ella les ofreció café.

Hargel declinó bruscamente la oferta y le preguntó si conocía el rango del oficial en cuestión.

No.

¿No se había dado cuenta de que era coronel?

No.

Pronunció otra frase y Henriksen le preguntó a qué estaba respondiendo no.

Ingrid declaró que no tenía conocimientos acerca de los rangos militares alemanes.

Hargel parecía confuso y preguntó si disponía de armas.

Ingrid asintió y entró a buscar el fusil Krag-Jørgensen, el de pesca submarina y la escopeta. Hargel los examinó, dijo que no estaba permitido disponer de armas y se las entregó al soldado que había regresado del carguero.

Ingrid repuso que siempre habían tenido armas; disparaban a águilas, marsopas, visones...

Hargel le preguntó si ella también sabía manejarlas.

Sí.

—¿Ese también? —preguntó señalando el fusil de pesca.

Sí.

Él negó con la cabeza y comentó algo a Henriksen, que le dijo que fuera a buscar también la munición que tenía.

—Es suficiente para librar una guerra —tradujo el jefe de policía cuando volvió a salir con las dos cajas y los arpones.

A continuación, soltó una extensa monserga en alemán y a Ingrid le llamó la atención lo mayor que parecía Henriksen, encorvado, corto de aliento y carraspeante, una pálida sombra de la autoridad que había sido; se preguntó si podía significar algo.

Hargel se acercó totalmente a ella, se sacó el guante y escupió sobre un dedo romo, lo deslizó por su mejilla y contempló el hollín.

—*Die Frauen haben Angst*<sup>6</sup> —musitó de forma filosófica y frotó el dedo

contra el uniforme—. *Eine Beleidigung*.<sup>7</sup>

Volvió a dirigirse a Henriksen, e Ingrid oyó palabras como «*Feuer*»<sup>8</sup> y «*Radio*» y dijo sin más que no tenía radio, y permaneció de pie en posición de firmes hasta que Hargel le volvió a dirigir otra pregunta, si vivía allí sola.

Sí, su tía estaba ingresada en el hospital, y los hombres en Lofoten.

—¿Solo estás tú?

—Sí.

—¿De qué vivís por aquí? —preguntó con la mirada dirigida hacia el sur, a los blancos jardines.

Ingrid no comprendió la pregunta.

Él preguntó si habían vivido allí durante toda la guerra.

Ingrid respondió que siempre habían vivido allí.

Su mirada se deslizó sobre las edificaciones y pronunció una frase con «*schreckliche Armut*».<sup>9</sup>

Henriksen sonrió.

Ingrid dijo que quería mostrarles algo en la caseta del embarcadero y bajó con ellos; las prendas apiladas, les preguntó si también se las querrían llevar.

—Son uniformes de prisionero —comentó el jefe de policía.

Ingrid escuchó.

Hargel le preguntó dónde los había encontrado.

Ella le indicó el lugar donde había hallado cada prenda, pero una vez traducido careció por completo de interés. Hargel salió de nuevo y enfiló por la playa hacia el muelle, recordó algo, se dio la vuelta y gritó. El jefe de policía se giró hacia Ingrid y le dijo que podía quedarse con el fusil de pesca submarina, pero tenían que llevarse el otro fusil y la escopeta, además de la munición.

Ingrid asintió y preguntó si a bordo del carguero solo había habido prisioneros. Henriksen le preguntó si era estúpida. Un soldado se acercó y le entregó dos hojas de papel, una con *Verordnungen für Zivilisten in der Besatzungszone...*<sup>10</sup> y otra que no había visto antes. Dobló las hojas y los acompañó al muelle; quiso soltar los cabos, pero fue detenida por un «*warte*». Hargel estaba de pie entre los cadáveres de la cubierta y le gritó:

—*¿Haben Sie keine Tiere?*<sup>11</sup>

—*Nein.*

Asintió.

—*¿Und wie viele Boote?*<sup>12</sup>

—Cuatro —respondió Ingrid.

Volvió a asentir e hizo una señal con un dedo. Ella soltó los cabos y permaneció en la misma posición de firmes hasta que se alejaron marcha atrás por el estrecho y pusieron rumbo hacia el pueblo; se preguntó por qué no había trasladado el cadáver del henal hasta donde estaban los otros en el alpendre nuevo ni quemado el uniforme, por qué no habían preguntado si había encontrado alguna embarcación o si la había buscado; aquí nadie llega con vida si no es en barco. Repasó mentalmente la conversación y las huellas que seguía sin encontrar en la nieve y se preguntó si había oído «*Gewalt*» o «*keine Gewalt*», y «*ertrunken*» o «*nicht*», y comprendió por fin que, independientemente de lo que ellos habían dicho y ella había entendido, volverían; su intuición tenía que ver con Henriksen.

Aquella noche no se atrevió a ir hasta Gjesøya; el tiempo era demasiado transparente y la oscuridad, demasiado luminosa. Se acostó en la Sala Sur con el catalejo y contempló las islas pensando que «ahora no se ve nada, ahora puedo remar»; sin embargo, se quedó en la cama, pues estaba dormida.

---

4 «Dios mío». (*N. de las T.*)

5 «Frío, ahogados, violencia». (*N. de las T.*)

6 «Las señoras tienen miedo». (*N. de las T.*)

7 «Un insulto». (*N. de las T.*)

8 «Fuego». (*N. de las T.*)

9 «Una miseria terrible». (*N. de las T.*)

10 «Reglamento para la población civil en la zona de ocupación». (*N. de las T.*)

11 «¿No tiene usted animales?». (*N. de las T.*)

12 «¿Y cuántas embarcaciones?». (*N. de las T.*)

Habían dejado el barril con el polvo blanco. Ingrid llenó un balde y lo espolvoreó sobre el suelo del henal. Cuando hubo subido la marea se encaminó hacia Karvika y se puso a mirar dentro del mar, en el lugar donde había naufragado la embarcación. No pudo ver nada; esperó a que bajara la marea y siguió sin ver nada.

Pero el día era y seguía siendo demasiado luminoso para remar.

Arrastró los harapos de la caseta del embarcadero hasta la punta norte, donde los quemó y echó las cenizas al mar con una pala. El cambio de tiempo se ausentó. Ella se encontraba en el interior de un catalejo. Alguien la estaba observando. Sin embargo, cuando cayó la noche, echó la gabarra al mar y remó al socaire de Barrøy rumbo hacia el sur, a Gjesøya, a un ritmo frenético; amarró en la quebrada y fue corriendo prado arriba hasta dar con dos huellas, delgadas placas de hielo en húmedos agujeros negros que la miraban fijamente, ambas apuntando en dirección contraria al pajar, hacia el norte por los campos; una de ellas era claramente una pisada, la otra parecía un pie arrastrándose.

Las siguió corriendo hacia el norte hasta que se dio cuenta de que le había entrado el pánico y había tratado de escapar a nado, pero no lo había conseguido, aunque a pesar de todo había sobrevivido.

Se dio media vuelta, volvió corriendo y abrió la puerta bruscamente.

Parecía dormido, pero no se despertó cuando lo zarandó; estaba calado hasta los huesos y con la ropa helada. Escuchó su respiración, un gorgoteo, y notó que tenía fiebre; dijo algo y se retorció, agitó un brazo, pero no abrió los ojos.

Ingrid gritó, le retiró la alfombrilla de debajo, la colocó sobre la nieve en el exterior y lo arrastró por los pies; lo cubrió con el edredón y lo llevó a rastras hacia abajo a través del desfiladero, pero no consiguió meterlo en el bote. Volvió a retirarle la alfombrilla, la colocó junto al edredón en la popa y consiguió que se incorporase; lo sujetó con los brazos por detrás de la espalda y se levantó y se desplomó encima de él al pasarlo a la gabarra, dándose un

golpe en la nuca.

Lo cubrió con el edredón, remó hacia casa a través de un mar de tiempo y amarró junto al alpendre de los suecos; consiguió sacarlo del bote y llevarlo a rastras hasta la casa antes de desfallecer.

Cuando volvió a recobrar la consciencia él la estaba observando. Ingrid pensó que ya había vivido aquella misma situación antes. Notó que estaba caliente, peligrosamente caliente. Él murmuró algo; sus ojos húmedos parecían estar a punto de extinguirse.

Ingrid logró ponerse en pie, lo desnudó y lo secó con movimientos bruscos; su cuerpo extenuado emanaba terror. Ella subió al desván a por el cuaderno de dibujo y un lápiz, que introdujo con esfuerzo en su mano; lo frotó con las palmas de las manos y lo golpeó con los puños, lo llamó idiota por no haber sido capaz de esperar, un niño sin aguante, que no confiaba en ella... Subió corriendo de nuevo a buscar otro edredón y continuó frotándole y pegándole hasta que ella misma desfalleció, y allí la encontraron tres días más tarde.

## SEGUNDA PARTE

En el instante en que abrió los ojos, Ingrid supo que tenía que regresar a Barrøy para recobrar la cordura. Para reencontrarse con el hombre. Para reencontrarse con su infancia y su vida, todo aquello que se hallaba en Barrøy, aquella isla vacía y desierta en medio del mar. No obstante, aquel pensamiento le resultó tan extraño que pensó que alguien ajeno tenía que haberle metido aquellas ideas en la cabeza.

No era la primera vez que abría los ojos en aquella habitación blanca —ya lo había hecho una semana atrás— y se ubicó junto a la ventana para contemplar el campo nevado que recordaba a una sábana recién planchada, rodeado de árboles perfectamente alineados como soldados en fila, con una perfecta píceca blanca en el centro, que parecía un diente negro esperando a ser adornado, pues era Navidad, tanto en el hospital como fuera de él.

Había hablado con médicos y enfermeras, y con un anciano que cada día entraba a su habitación para limpiar, algo de lo que se avergonzaba y llevaba a cabo únicamente porque su mujer estaba enferma y necesitaban el dinero, dijo. Y siempre se sentaba en la única silla que había y contemplaba el mismo abeto mientras contaba que desempeñar labores de mujer no estaba tan mal, ya que los chalados de aquel lugar eran más amables que sus compañeros de trabajo en los muelles, que lo atosigaban por ser demasiado viejo para llevar un saco de café desde la bodega de un carguero hasta la tambaleante pasarela que conducía al almacén; eso había sido antes de que se cayera.

Ingrid supo que no estaba loca, pues se dio cuenta de que él sí lo estaba, aunque ella también era una paciente en aquel lugar, como él. Aquel hombre estaba decrepito, encorvado y casi calvo, y en realidad no venía para limpiar, sino para esconderse, y había elegido a Ingrid.

Ella se levantó de la cama y quiso colocar una mano sobre su hombro, ya que tenía aquellas inmensas manos que le recordaban a las de su abuelo. Pero el rumor del mar no se iba, jamás volvería a quedar limpio; los relámpagos vibraban tras sus párpados, aunque para entonces él ya había conseguido agarrarle las puntas de los dedos para aferrarse a ellas, como un niño agarra la

mano de un adulto; le pareció repugnante y placentero a la vez el hecho de que fuera un ser humano y de que pudiese confiar en él.

Ingrid abrió los ojos en aquella habitación blanca y recordó que la habían llamado «deshidratada», que ella no sabía lo que significaba, que estaba famélica y la habían molido a palos y que había vivido algo que debía olvidar, algo que, sin embargo, existía el riesgo de que volviese a ella, por lo que tenía que aprender a soportarlo; en este lugar no eran capaces de determinar si el olvido y el recuerdo eran dos caras de la misma moneda, por eso se encontraba aquí.

Le daban comida y medicamentos, ajustaban los tubos de goma, ella parpadeaba cuando le preguntaban si entendía lo que decían, recitaba los nombres de sus padres y sus abuelos, exclamaba «¡ay!» cuando la pinchaban con agujas y asentía cuando la golpeaban bajo la rótula con pequeños martillos de goma... Desde la ventana podía ver un cable eléctrico que serpenteaba como una víbora negra por la nieve, desde el edificio donde se encontraba ella hasta el abeto en forma de cono, donde podía contar veintitrés puntos de luz en un día gris de invierno; era el único árbol de Navidad de la ciudad con iluminación eléctrica, y en la parte más alta brillaba una estrella que, de repente, se extinguió.

Le decían que tenía que comer más y ella comía.

Le pidieron que caminara por los pasillos alzando las rodillas, pues no era una anciana y no tenía ningún motivo para ir arrastrando los pies como si lo fuera. Subió y bajó las escaleras y conversó con personas que iba reconociendo de un día a otro, y pasaba frío a causa de la ropa tan fina que llevaba. Volvió a la habitación sin tener que pedir ayuda y se acostó y durmió, y recibió al anciano que quería acompañarla sentado en la silla, mudo y pensativo como una momia.

—¡Mire! —dijo de repente hacia la ventana—. ¡Ahora todo se va al carajo!

Se levantó y salió corriendo con un chillido, perdiéndose como un alud por el pasillo. Ingrid se levantó de la cama, introdujo los pies en las pantuflas y observó desde la ventana a dos hombres que llevaban una escalera a través de la nieve que apoyaron contra el árbol; uno de ellos permaneció sosteniéndola mientras el otro se subía para cambiar la bombilla de la estrella, que —en el momento de volver a iluminarse— hizo que la escalera y los dos

hombres se asemejasen a una letra, que no era la suya, y la angustia recorrió su cuerpo como un pistón.

Le comunicó al médico que no quería que el anciano fuese a verla más a la habitación; se parecía a su abuelo. El médico afirmó que era inofensivo, tanto para sí mismo como para ella.

—Me asusta.

—¿Por qué?

—Está muerto.

El médico preguntó cuándo había fallecido su abuelo y cómo.

Ingrid se lo contó y él permaneció sentado asintiendo, hasta que su voz se convirtió en un batiburrillo de sonidos y la desazón desapareció; él se percató de ello, ella lo percibió en él; no resultó más complicado que eso.

Pero después no se levantó para marcharse, como solía hacer en momentos de claridad como estos, sino que permaneció sentado, retorciéndose, acongojado porque, dijo, tenía algo que confesarle.

Ingrid lo miró con interés.

Declaró que no le había dado credibilidad a su relato sobre los cadáveres; nadie había oído hablar del naufragio, por lo que creyó que se debía a una alucinación o a algo que él denominó psicosis o, en el mejor de los casos, a una pesadilla, pero el día anterior había estado hojeando unos viejos periódicos y había encontrado esto, de la Agencia Noruega de Noticias.

Sacó una página arrancada y la colocó sobre su regazo. Ingrid leyó:

Náufragos alemanes tiroteados por pilotos británicos junto a Rosøy el 27 de noviembre... Un vapor alemán que navegaba bajo el nombre de *Rigel* se ha hundido; los supervivientes cuentan que los aviadores británicos dispararon a los botes salvavidas y a las personas que habían logrado llegar a la orilla... Esto es una clara prueba de lo sistemáticos que resultan los tiroteos que realizan los aviadores británicos contra los naufragos alemanes.

La columna de la nota no tenía una altura mayor de seis o siete centímetros y una anchura de tres; databa del 7 de diciembre, hacía tres semanas, y no se mencionaba ni cuántos habían perdido la vida ni una sola palabra sobre los rusos; ¿no había Ingrid hablado de rusos?

Ella se imaginó las corrientes marinas y los vientos, y todas las islas y escollos entre Rosøy y Barrøy.

—Hay una distancia considerable, son varias decenas de kilómetros...

—¿Cómo?

Ella no respondió.

—Esta es la única noticia que había —dijo él. Había buscado en todas partes, pero pensó que podía indicar que lo que ella había visto, y vivido, se debía a aquello que él denominaba la realidad.

Ingrid lo miró largamente.

Preguntó si ella lo entendía.

Ella le preguntó si estaba sola cuando la encontraron.

Él afirmó que así fue, pero parecía inseguro y preocupado por el hecho de que ella volviese a estar distraída. Y ella quiso preguntarle cuántas embarcaciones había en Barrøy cuando la encontraron, pero se dio cuenta de que él no era un hombre de islas. A continuación él declaró sin venir a cuento que en su historial ponía que la habían hallado un tal jefe de policía Henriksen y un teniente Hargel cuando realizaban una misión rutinaria.

Ella le pidió ver el historial.

Él se negó y permaneció tamborileando sobre este con los dedos, contemplando junto a ella el árbol de Navidad cuyas veintitrés luces y una estrella brillaban de nuevo, después de lo cual abrió el historial y murmuró que lo podía leer, que a ella no le pasaba nada, al contrario que a su madre, a la que también había tratado; todo parecía indicar que Ingrid se había visto afectada por la guerra, como tantos otros, por ejemplo, los evacuados de Finnmark, una región que los alemanes estaban reduciendo a cenizas; venían hacia el sur en una embarcación tras otra; ya tenía ingresados a demasiados de ellos y le gustaría poder disponer de un diagnóstico denominado *guerra*, para que se plasmara una especie de verdad en sus documentos.

Ingrid leyó el nombre de pila del teniente Hargel, Albert Emil, y supo que había interferido en su vida con otra intención que la de confiscar sus armas y retirar los restos mortales, pero no supo cuál. También se dio cuenta de que había contado al médico lo de los rusos, pero no sabía si le había hablado de «su» ruso; le preguntó cuál había sido su aspecto cuando llegó, y tuvo que repetir la pregunta hasta que él musitó:

—Algo contusionada, ¿tal vez debido a una caída por unas escaleras?

El mar jamás quedaría limpio, pero los rayos ardientes habían desaparecido, así como las letras desconocidas, y no sentía dolor. La dejó quedarse con el recorte de periódico y se aferró a él como si fuese una boya salvavidas, a pesar de que decía «alemanes» y no había ninguna palabra que mencionase a los rusos. Pero eso es lo que le había oído decir a Henriksen

cuando fueron a por los restos mortales, algo que no confería credibilidad al asunto, y ella había encontrado uniformes de prisioneros con virutas de lana de madera que ayudaban a conservar el calor, seres humanos que carecían de nombre y rostro, con una sola excepción, y quizá «eso» también fuera un pensamiento que le venía de fuera, si es que no lo llevaba dentro, su rostro; ahora lo volvió a ver, pero nada de lo demás.

Decían que ella era fuerte y que mostraba señales de mejora, parecía además que lo decían en serio, tanto el personal sanitario como los otros pacientes; estos últimos pensaban que ella trabajaba allí.

El médico que nunca sonreía continuaba interrogándola con amabilidad y empezó a llamarla *una mujer extraordinaria*, una expresión que Ingrid le pidió que le explicara. Él pareció avergonzarse y murmuró algunas palabras pedantes, ella decidió concentrarse en la palabra *mujer*, que la hizo sonreír, y como no estaba acostumbrada a ello, reprimió la sonrisa y agachó la cabeza con timidez, como si hubiera sido invadida nuevamente por un recuerdo, una sombra difusa, o quizá solo fue para recoger el lápiz que se le había caído cuando le sobrevino aquella sonrisa.

Él le preguntó qué estaba escribiendo.

Ingrid estaba redactando una carta y se la quiso entregar. Él negó con la cabeza y dijo que pronto regresaría a una vida en la que el hospital no tenía cabida; no obstante, al final la cogió; era para Suzanne, que en su momento había sido como una hija para Ingrid, pero que también la había abandonado.

Él le pidió prestado el lápiz.

Ella se lo entregó.

Hizo un par de anotaciones y terminó de leerla antes de comentarle a Ingrid que era demasiado severa con sus seres queridos, todavía sin sonreír, y que tenía algunas faltas de ortografía que él se había permitido corregir.

Ingrid sonrió y dijo que ella no cometía faltas de ortografía, no lo había hecho desde que iba al colegio. Él volvió a coger la hoja y soltó algunos gruñidos que le daban la razón; repitió que era una mujer extraordinaria y añadió —mientras ella borraba sus garabatos y doblaba la carta— que era inteligente, que tenía una inteligencia más intuitiva que reflexiva, algo que a él lo confundía.

Ingrid rio y preguntó si era él quien estaba loco.

Él siguió sin sonreír, pero permaneció sentado; había otro tema que quería discutir con ella: le había llegado un dinero que era suyo, además de una carta

del reverendo de su pueblo natal, un tal Johannes Malmberget. No había querido entregársela antes por miedo a que le causara confusión en medio de todo lo que le estaba ocurriendo. Al parecer, el reverendo le había pedido prestada una cantidad de dinero a su padre y quería pedirle perdón por el hecho de que hubieran transcurrido tantos años después de su muerte en los que él había tenido la esperanza de que nadie se acordaría de aquello. Pero finalmente quería saldar la deuda, decía la carta.

El médico dijo que le parecía odioso.

—¿Odioso?

Le explicó el significado de *odioso* e Ingrid cerró los ojos: el viejo reverendo del pueblo, que desapareció cuando estalló la guerra con su joven esposa y sus dos hijos casi adultos, una figura difusa y enigmática que también antes había intervenido de una manera decisiva en la vida de Ingrid. Ahora lo vio desvanecerse de nuevo, como había hecho entonces, y dijo que necesitaba saber cuántos habían naufragado con el buque.

—Está llena de incoherencias —repuso el médico—. ¿Qué buque?

—El *Rigel*.

—Sí, bueno, jamás publican la cifra de pérdidas.

Además, ese era uno de los asuntos que debía olvidar.

El médico se levantó, dejó una mano reposando sobre el cabecero y repitió que no debía emplear un tono tan estricto en la carta si quería que Suzanne regresara. Además, debería dejar que el viejo Ingvaldsen se sentase en su habitación, pues si ella se marchaba, el anciano no iría a ninguna parte; él jamás llegaría a recordar nada, por fortuna.

Ingrid preguntó qué le había ocurrido.

—Pregúntele a él —replicó el médico.

Ingrid lo miró. Él añadió:

—Perdió a su esposa y a sus tres hijos cuando bombardearon la ciudad, además de a un hermano; él los desenterró de las ruinas; desde entonces está aquí.

Ingrid pensó que era una explicación, pero que tenía que haber algo más, no porque no fuese suficiente, sino porque siempre tiene que haber algo más; de lo contrario no hay nada, y no fue capaz de verbalizarlo por muy claro que lo tuviese, aquellas sombras que ascendían y descendían en ella. Le agradeció que se lo hubiese contado; el anciano podía seguir sentándose en su habitación y recordándole a su abuelo, con esas mismas manos inmensas, unas manos que jamás desaparecerían.

Ingrid abrió los ojos en la habitación blanca y contempló a través de la ventana cómo las veintitrés luces y la estrella eran absorbidas por un día negro antes de extinguirse por completo, tan lentamente que dudó de si realmente habían desaparecido; todavía las veía, había llegado el mes de enero.

La lluvia azotaba los cristales, la nieve había desaparecido, un eterno aullido retumbaba en los canales de ventilación. En el momento en que se levantó de la cama y se puso de puntillas para cerrar el respiradero, la puerta se abrió y el señor Ingvaldsen entró con una tirita en el cráneo afeitado y se sentó en la silla junto a la ventana, desde donde contempló las luces que ya no estaban. Ingrid se acercó a él y le despegó la tirita, diciéndole que no la necesitaba, que no tenía ninguna herida, que sus pensamientos eran los que le causaban los trastornos, los nervios. Él sonrió capcioso y dijo que lo sabía de sobra; sin embargo, las personas bondadosas de aquel lugar no le habían negado poder ponerse aquel apósito.

Ingrid volvió a colocarle la tirita y le preguntó si la había puesto correctamente.

—Sí, sí —respondió él tras comprobarlo con las puntas de los dedos, y volvió a pegar el rostro al cristal, dejando caer las manos a los lados y contemplando fijamente el agua que caía.

—No hay nada que ver —comentó Ingrid.

—Sí que lo hay —dijo él—. Yo lo veo.

—¿Qué es lo que ve?

—Mire usted misma.

Ingrid le dio la espalda, se sentó en el borde de la cama y se tendió de manera que su torso cayese hacia el suelo al otro lado de la cama, extendió el brazo derecho cuando volvió a incorporarse para tirar del cordón y permaneció tumbada en la misma posición hasta que se abrió la puerta y entró una de las enfermeras, que se llamaba Eva Sofie. Ingrid le preguntó si podían tomar café, con una voz que le resultó desconocida.

—Esto no es un restaurante —dijo Eva Sofie malhumorada, y se disponía a marcharse cuando descubrió la bandeja con las sobras del desayuno en la mesita de noche; fue a recogerla y declaró, en el momento de salir, que Ingrid podía ir ella misma al cuarto de guardia y pedir el café.

Ingrid le dio las gracias, todavía sin hacer ademán de levantarse, y dijo con la misma voz extraña que era el siete de enero. Eva Sofie se detuvo y sonrió taciturna; después se acercó a la pizarra que había junto a la ventana,

balanceó la bandeja sobre las puntas de los dedos de la mano izquierda y puso una cruz en una casilla para los días y las horas y los detalles que Ingrid debía recordar, que no debía olvidar, su vida pasada que no solo le indicaba quién había sido, sino también quién era, para que pudiera soportarse a sí misma; aquello parecía un crucigrama lleno de garabatos.

Eva Sofie murmuró «sí, sí» y «bien» y soltó el lápiz en el cordel del que pendía y salió con Ingrid pisándole los talones.

A Ingrid le dieron dos tazas de café en el cuarto de guardia; estuvo amable y parlanchina con los cuatro que se encontraban allí, los conocía por su nombre, y sintió que algo parecido a una danza le recorría el cuerpo cuando regresaba por los pasillos llevando una taza en cada mano; colocó la espalda contra la puerta número 27 y la empujó con el trasero. Acto seguido observó una llamarada roja en la pared de enfrente, en el pasillo, y fue arrojada contra esa misma pared por un enorme estruendo y en medio de una tormenta de cristales rotos.

Ingrid abrió los ojos en una nueva habitación igual de blanca, pero ahora estaba tendida boca abajo y tenía dolores en la espalda y en la parte trasera de la cabeza a causa de los trozos de cristal que le habían retirado con unas pinzas. Luego la habían cosido con infinidad de minúsculos puntos de sutura negros y en forma de cruz que le dejaron ver con dos espejos que sostuvieron para ella, aunque la atendía el mismo médico.

Le preguntó si lo oía, ella parpadeó afirmativamente.

Repasó un detalle malicioso tras otro, que Ingrid seguía recordando hasta el límite de lo insoportable, y no fue hasta después cuando le contó que habían conducido una máquina quitanieves sobre un proyectil sin estallar de la época en la que las bombas llovían sobre la ciudad. Un ala del hospital había quedado destruida por completo, con el resultado de dos muertos y once heridos.

Ingrid gritó contra la almohada:

—¡No había nieve!

Él estaba sentado en una silla frente a ella; podía verlo cuando alzaba la cabeza. Él le hablaba con tranquilidad, como si fuera una niña, con un reconocimiento inusitado en la voz, que no iban a quitar la nieve, sino a mover el vehículo; los rasguños que tenía en la parte trasera de la cabeza y en la espalda se le curarían.

Ella hundió su rostro en el rígido tejido blanco, bendito y puro, preguntó por Ingvaldse y, entendiendo por el silencio del médico que el anciano era uno de los muertos, cerró los ojos.

La silla se acercó y él puso las manos alrededor de su cabeza, obligándola a levantarla de nuevo.

Examinó sus ojos mientras ella examinaba los suyos y, como si se tratase de la mayor obviedad, supo que se llamaba Falc Johannesen, pero que solo quería que lo llamaran Falc, Erik Falc, pues tenía un hermano que también era médico y con el que no quería que lo confundieran bajo ningún concepto; se lo había confesado en una ocasión que estuvo a punto de sonreír, ya que su

hermano se había vuelto alemán.

Justo en ese momento murmuró que a partir de entonces ella recordaría más cosas.

Ingrid quiso protestar, pero despertó en el suelo delante de la encimera de la cocina en Barrøy y vio que la mano de Alexander colgaba sobre su rostro, para tocarlo, como una pregunta.

Ella asió su mano y se incorporó; percibió una sensación tensa en cada célula, distante, y subieron al desván y se tendieron juntos en la Sala Norte, escuchando el aliento del otro. Durmieron, se despertaron y no tenían fiebre, pero permanecieron tendidos sin tener nada más que decirse, nada que confesar ni de que convencer al otro, ninguna súplica; en este penúltimo día constituían una congregación silenciosa y lacrada.

Ingrid se levantó y preparó comida, comieron, se acostaron y durmieron.

Ella le preguntó por qué no había podido mantener la calma en el pajar de Gjesøya. Pero sus cuerpos resultaban cálidos y continuaron yaciendo juntos horas y horas, sabiendo lo que tenía que ocurrir. Él salió furtivamente de la cama, se vistió y bajó a preparar la comida, y le pidió a voces a través de la trampilla del suelo que se levantara y se vistiera; era algo inequívoco.

Ella lo hizo lentamente para no perderse ni un movimiento, la manera en que se vestía, abrochaba un botón, ataba una cinta, lanzaba el cabello hacia delante y lo dividía en tres ríos que se podían trenzar con unos dedos que saben lo que hacen en la oscuridad; besaba la punta de la trenza, que parecía una brocha, y se la echaba hacia atrás con un movimiento que era ella.

Cuando bajó, él estaba sentado mirando los documentos que el soldado raso le había entregado cuando le confiscaron las armas; al parecer comprendía lo que leía e interrumpió su lectura cuando la vio entrar.

Ella le preguntó de nuevo:

—¿*Deutsch*? —Él negó con la cabeza—. Un ruso que sabe alemán en un país ocupado por los alemanes resulta más plausible que un alemán que sabe ruso en ese mismo país —dijo ella en voz alta, y pareció que él comprendía cada palabra.

Cuando terminaron de comer e Ingrid quiso llevar a cabo más tareas propias de ella o quiso ser como alguna vez había sido, él la retuvo y dijo «Leningrado» y «academia» e «ingeniero»; lo había dicho antes, pero ahora aquellas palabras la carcomieron, alojándose en ella como una fe y una convicción. Se sentó y dejó el cuaderno de dibujo de sus días de colegio en la mesa, entre ellos, con piñas que parecían conchas, flores, barcos y montañas,

y él escribió «22»; podía ser su edad o su año de nacimiento, lo mismo daba, y aunque el camino ya no se podía alargar más, ella le pidió que siguiera escribiendo.

Él alzó el lápiz con la mano izquierda y lo sostuvo como una flecha apuntando a un objetivo, hincó la punta en la hoja de papel y dibujó unos signos que ella no era capaz ni de interpretar ni de pronunciar, un trazo lento, luego otro, de la manera en que uno escribe en su lengua materna, pensó ella, y colocó el lápiz en horizontal debajo de lo que había escrito, como para subrayarlo o tal vez para tacharlo todo.

Ingrid giró el cuaderno y se percató de que cada renglón comenzaba con los mismos signos, siguiendo el mismo orden, que había dibujado un conjunto de trazos en tres líneas cortas que no solo se parecían, sino que eran idénticos; le preguntó qué significaba.

Él rio y apartó el cuaderno.

Ingrid permaneció sentada mirándolo, hasta que tuvo que girar el rostro hacia la ventana. Dijo que el día apenas estaba nublado y que había calma chicha, «esa» era la señal, no la manera en que había colocado el lápiz, y él se percató.

Subieron al desván y se tendieron en la cama el uno al lado del otro, sin moverse.

Se levantaron y se vistieron mutuamente, el macuto estaba listo; ella le había dado el dinero que tenía y los cupones, además de un cuchillo y una brújula; le había explicado que debía contar con la deriva a causa del viento, leer la orientación y el ritmo de las olas, que tardaría unas cuatro o cinco horas en llegar a tierra firme ahora que sabía remar y navegar; esa noche había tanta calma que debería remar.

Asimismo, Ingrid dijo que le había enseñado todo aquello con la esperanza de que tuviera a bien desaparecer mientras ella dormía, pero que se alegraba de que no lo hubiese entendido, o hubiese optado por no hacerlo. Anotó algo en el cuaderno, arrancó la hoja y la plegó antes de ponérsela en el bolsillo del jersey de su padre, que le hacía parecer un lobo de mar; allí había anotado lo que necesitaba para conseguir la ayuda de buenas personas, que lo entenderían, para que pudiera recorrer a pie el país y el continente y un día entrar por la puerta del hogar de su infancia y mostrarle a su madre que seguía vivo, todo aquello que él mismo debería haber hecho: robar su dinero y llevarse uno de los botes mientras ella dormía, pues ella no soportaba la idea de despedirse.

Él tampoco la soportaba; por consiguiente, ahora emergen juntos al silencio y bajan a la caseta del embarcadero y echan la barca al mar; su sonrisa es una cuña blanca en la noche; en una isla el tiempo se ciñe a su alrededor y se detiene, no tienen palabras, la *færing* está en el agua, la luna llena es inmensa y ella vuelve a señalar el hachazo de la loma quebrada en tierra firme, apenas visible bajo el eléctrico alambre de púas de Casiopea antes de desvanecerse en plumón grisáceo, la brújula calibrada, las corrientes, el oleaje que altera su dirección bajo tierra.

Alexander asiente.

No les es posible tocarse; él sube a bordo y se sienta en el banco, un remo en cada mano maltrecha, los cabos que ella le ha enseñado a usar sujetos alrededor de las muñecas, y empieza a remar, descansa sobre los remos y exclama algo a voces, sigue remando. Ingrid carece de voz y es invisible, el viento se ha acurrucado en el interior de una concha y permanece allí toda la noche, nada ocurre y nada ha existido.

El médico que detesta su propio buen nombre ha visto lágrimas antes, apenas ha visto otra cosa desde que se graduó en la miseria; ¿cuánto tiempo habrá transcurrido desde entonces? No ha contado los años, incluso un médico debe recordar y olvidar, por lo que permanece más o menos sentado el tiempo que Ingrid necesita para poder volver a contemplarle con la mirada seca, ella, que pensaba que las lágrimas se le habían agotado hacía tiempo.

Ingrid declara que desearía que hubiese sido ella y no Ingvaldsen quien se encontrase junto a la ventana cuando estalló el proyectil aquel día sin nieve.

Eric Falc no cree en los cuentos de hadas, ni en Dios ni en la Providencia, afirma, pero opina que lo debe tomar como una señal de que está viva y lo seguirá estando; nadie vive sin sentido, el mero hecho de estar vivo tiene sentido, suelta algo así. Y a ella le parecen palabras sabias, pero también completamente absurdas, por lo que lo mira con un desprecio que no es propio de ella y le pregunta, con una voz que tampoco le pertenece y cuyo sonido no soporta, si había tratado de quitarse la vida cuando el jefe de policía Henriksen y ese oficial —¿se llamaba Hargel?— la encontraron en la isla.

Erik Falc la mira con asombro y dice que lo desconoce, pero afirma que realmente no le extrañaría.

Ella le pregunta qué es lo que no le extrañaría.

Que ella hubiese intentado quitarse la vida.

Le pregunta qué quiere decir con eso.

—Se está quedando conmigo.

—No —niega ella.

—Pero no va a volver a intentarlo —zanja él, y hace que parezca más una garantía que una esperanza inútil, e Ingrid le pregunta si eso significa que aquellos dos hombres le salvaron la vida.

Él declara que eso tampoco lo puede saber y ella por fin puede hacerle la pregunta decisiva: ¿encontraron un cuaderno de dibujo en la mesa de la cocina?

El médico no entiende nada.

Ingrid cierra los ojos y se sumerge en los días oscuros; recuerda desde que llegó al hospital hasta el día de hoy, el intrincado crucigrama en la pared de la vieja habitación —lo conoce de memoria—, las fechas vacías, pero no recuerda si llegó a esconder el cuaderno de dibujo con la escritura rusa en tres conjuntos de trazos en tres renglones; este hecho se oculta en los dos o tres días que le sobran.

Vuelve a contar los días, pero han desaparecido por completo. Tienen que haberse quedado en Barrøy, debe regresar para buscarlos. Y el doctor Eric Falc afirma que eso es exactamente de lo que han estado hablando todo el tiempo. Ingrid trata de soltar un suspiro de alivio o prepararse para algo que se acerca, pero entonces él le pregunta por qué no se marchó con él, con el ruso, cuando abandonó la isla, y lo ayudó.

Ella percibe una telaraña que se cierra alrededor de su rostro y declara que, si lo hubiese hecho, entonces habrían encontrado Barrøy vacía y hubiesen sospechado.

Él le dice que esa no puede ser la razón.

Ella agacha la mirada y dice que no, y eso es lo peor.

—¿Que no confiabas en él?

—Sí —constata Ingrid, y siente que puede volver a esconderse, que todavía no sabe la diferencia entre lo que se debe recordar y lo que se debe olvidar.

Él coloca una mano sobre su hombro, la mira detenidamente y sale; vuelve antes del cambio de guardia y dice:

—Mañana te quitarán los últimos puntos. Puedes marcharte el viernes; he conseguido un pasaje en el transporte de refugiados.

Eva Sofie retira los puntos y le muestra a Ingrid su espalda a través de dos espejos, pequeñas crucecitas rosadas sobre piel blanca y la parte trasera de la cabeza afeitada, que con el esfuerzo de ambas consiguen camuflar bajo una nueva trenza, o dos, que anudan, y entonces Eva Sofie dice que Ingrid debe empezar a llevar sostén, al menos cuando esté en compañía de hombres, como en este viaje hacia el sur, pues ella ha visto los barcos y son un desastre.

A Eva Sofie se le ha ocurrido esa idea a partir del intervalo diario en el cuarto de la ducha: cada mañana, a Ingrid y a dos ancianas de la misma unidad, Ada y Signy, ambas con un largo cabello canoso que parece paja, las lleva de la mano tres plantas más abajo y tienen que desnudarse en un vestuario frío y blanco donde hay eco y colocarse entre unas tuberías de acero serpentinas en una estancia alicatada mientras reciben chorros de agua demasiado caliente desde todas las direcciones. El agua también cae desde arriba, como lluvia. Eva Sofie lo llama «el refresco» y resalta la importancia de aguantar durante cuatro minutos y girar como bailarinas, aunque el agua emerge de todas partes, por lo que igualmente podrían quedarse quietas; mientras tanto, las manos de Eva Sofie reposan sobre un grifo rojo y otro azul, regulando el agua como un conductor con dos volantes al tiempo que observa que todo se desarrolla como es debido en cuanto al uso del jabón y el enjuague, la entrepierna, las axilas, el cabello, y seguidamente deben secarse con rígidas toallas recién lavadas que hacen que su piel arda y se erice. Ada y Signy tienen más pudor que Ingrid, y eso ayuda; no se acostumbran ni al frío vestuario ni al agua ardiente, pero están juntas y se ríen y sueltan carcajadas como si fueran niñas pequeñas.

Ingrid, que había pensado que era una persona limpia, no ha vuelto a percibir el olor a sí misma desde que la muerte llegó a la isla; los chorros de agua efervescentes la acarician y hacen cosquillas, y la instan a alzar los brazos por encima de la cabeza y a extender los dedos hacia la lámpara de araña metálica que suelta los chorros como si se tratase de una nube; gira,

hace más piruetas de lo que a Eva Sofie le gustaría y, por eso, esta cierra el grifo rojo y obliga a Ingrid a salir apresurada del agua fría con un chillido que no carece de regocijo; ya han pasado cuatro minutos.

Es aquí, en el refresco, donde Eva Sofie ha reflexionado sobre el hecho de que los pechos de Ingrid son mayores que los suyos.

Ingrid no está demasiado en contra de su sugerencia, aunque siempre ha habido una falta de confianza entre ellas, dado que Eva Sofie considera la guerra como una ofensa personal y no es capaz de ocultar que ella es la que ha sufrido las mayores pérdidas; tanto su novio como su formación como secretaria se han ido al carajo a causa de este infierno. Y cualquiera puede poner cara al hombre que Eva Sofie perdió en el frente, más al norte, en la primera fase de la guerra, pues porta una fotografía en la pechera de su uniforme, junto con un reloj y un lápiz mordisqueado y manchado de pintalabios, y se la muestra tanto a los que quieren verla como a los que ya la han visto. Se trata de una fotografía granulada de un hombre joven tan alejado en un prado que podría estar riéndose o llorando sin que nadie lo notara. Tenía diez años más que Eva Sofie, que tiene un año más que Ingrid, y no tiene hijos, todo sea dicho, pues ella no pierde la ocasión de mencionarlo para señalar otra tragedia personal que le ha causado la guerra.

Cuando Eva Sofie no está de guardia, algo que ocurre rara vez, se queda en su casa, una vivienda parcialmente reconstruida tras los bombardeos, y prepara dulces y tortas con harina tamizada, azúcar y unas pequeñas nueces picadas que le dan en la cocina del hospital, o que roba, y luego lleva los dulces al trabajo y los reparte con un gesto que se parece al de poner inyecciones. Los pacientes la quieren tanto como la temen; el personal, por su parte, está acostumbrado a ella. Y las tortas están buenas, son dulces, con nueces y granitos de azúcar sin refinar que parecen cristales de hielo quemados.

Ahora apareció con un sujetador con aros que resultó quedarle muy ceñido a Ingrid, no lo suficientemente apretado como para que Eva Sofie pudiese confirmar su hipótesis sobre la diferencia de tamaño entre ambas, pero sí demasiado apretado para que Ingrid pudiese llevarlo puesto en un futuro cercano, dado que las heridas de la espalda seguían molestándola. Lo metieron en una pequeña maleta azul que Eva Sofie también se había traído de casa, con chapas de latón en las ocho esquinas y un cinturón de color marrón claro.

También le entregó una bata de estameña del tipo que llevaban los

pacientes cuando eran trasladados de un ala a otra, algunos mandiles que Ingrid pensó que no necesitaba, pero que, sin embargo, aceptó, y un jersey, cuatro pares de calcetines, cinco pañuelos, un suéter y algo de ropa interior que Eva Sofie afirmaba no necesitar, aunque parecía completamente nueva, y lloró cuando Ingrid se vistió la mañana del viernes y emergió vestida de calle de una forma que ni a ella ni a los demás les pareció que le quedaba bien, salvo a Ada y Signy, que también se habían presentado para despedirse de ella. Ingrid le preguntó a Eva Sofie:

—¿Tú por qué lloras?

—No lo sé —respondió Eva Sofie, y también le entregó una caja de latón circular con dibujos infantiles en la tapa, de un árbol de Navidad y un grupo de caballitos balancines; contenía galletas y no cabía en la maleta, por lo que tuvo que llevarla bajo el brazo.

El primer trayecto lo recorrieron en un vehículo que era una mezcla entre autobús y furgoneta; era la primera vez que Ingrid viajaba en un vehículo motorizado, a menos que la hubieran transportado en ese mismo furgón cuando llegó, que es la duda que le surge ahora, junto con otras tres mujeres a las que no recuerda, ni recuerda tampoco qué llevaba puesto.

La ciudad había quedado en ruinas y reducida a cenizas tras los disparos, y luego fue reconstruida con tanta torpeza que parecía un accidentado paisaje montañoso bajo medio metro de nieve. Vadearon a través de aquello que en su día había sido la calle principal, Ingrid, dos enfermeras y el doctor Erik Falc, que iba a buscar a un paciente que venía en el mismo barco en el que se marcharía Ingrid, algo que ella sabía que no solía hacer en persona.

Él cargaba con su maleta, sosteniéndose el sombrero y lamentándose por el tiempo, mientras Ingrid orientaba su rostro hacia la nieve seca que caía, para sentirla de nuevo. En la cabeza llevaba dos pañuelos y el sueste que Eva Sofie le había regalado, y en los pies unas botas de suelas tachonadas en las que cabían tres pares de calcetines.

Desde el borde del muelle comenzaron a buscar el barco en la humeante dársena cuando Erik Falc, de repente, declaró que antes iban a fotografiarse.

Ingrid lo miró, los dos tenían el rostro enrojecido por el frío, por lo que no pudo interpretar su expresión facial, y las dos enfermeras miraron en otra dirección.

—¿Vestida así? —preguntó Ingrid contemplando su vestimenta.

Asintió y dijo que en la esquina había un fotógrafo esperándolos; quería tener un recuerdo.

—¿Mío? —preguntó Ingrid.

Él no fue capaz de responder afirmativamente.

Abandonaron a las enfermeras y atravesaron una puerta con los cristales empañados por la condensación, y se adentraron en un angosto y viejo local pintado de verde, donde un mostrador romo con un jarro de flores vacío se extendía a lo largo de una pared y un quinqué negro refunfuñaba cálidamente

junto a la otra. Una guardapuerta se abrió tras el mostrador y un hombre joven con el cabello negro repeinado y cintas elásticas rojas alrededor de las mangas de la camisa entró y saludó al médico estrechándole la mano, pero no a la señorita, a la que se limitó a saludar discretamente con un gesto con la cabeza.

Los acompañó hasta un jardín de manzanos en flor al ocaso hecho de cartón que estaba sujeto a la pared del fondo. Pidió que colocaran cada uno una mano en el reposabrazos de un sillón tapizado y con tallas en el respaldo y las patas. Debía haber cierta distancia entre ellos, la correspondiente al ancho entre los reposabrazos del sillón.

Ingrid se arrancó el suete, los pañuelos y el jubón de estameña y se sacudió el hielo de las trenzas mientras el fotógrafo se colocaba detrás del trípode y, en el momento en que ella levantó el mentón para concentrarse, Erik Falc se reclinó sobre el reposabrazos y le susurró al oído que, al fin y al cabo, ella era afortunada, pues había experimentado el amor, algo que él no había hecho.

Ingrid percibió su aliento y lo miró en el instante en que el destello del *flash* estallaba contra ellos, mientras que Eric Falch se había girado nuevamente hacia la cámara; había que repetir la fotografía.

Miraron concentrados en la dirección a la que debían mientras la nieve de su ropa se derretía y goteaba sobre el suelo del pomar, de manera que se oían las gotas antes de ser alcanzados por otro fogonazo, y luego volvieron a oírse, antes de que un tercer disparo los cegase totalmente y el fotógrafo se enderezase, mordisqueándose el labio inferior, antes de sugerir:

—Hacemos otra más, ¿no?

Erik Falc asintió. Ingrid Barrøy no pensó en nada. Miraron fijamente al objetivo esperando el último destello y no se miraron cuando el fotógrafo palmeó con unas pequeñas manos blancas y exclamó «¡bravo!»; tampoco cruzaron sus miradas cuando volvieron a abrigarse, preparándose para salir.

Sin embargo, una vez que Erik Falc le hubo dado las gracias al fotógrafo y, tras intercambiar algunas palabras con él acerca del pago y la entrega, salieron de nuevo a la nevisca liberadora, se volvió parlanchín de pronto y gritó al viento que el capitán del barco que la llevaría hacia el sur era un hombre curtido que llevaba casi medio año transportando refugiados de Finnmark a diferentes municipios al sur por la costa; Ingrid debía estar preparada para unas condiciones duras y, además, el tiempo era terrible. Musitó algo de que tenía la esperanza de que diera señales de vida una vez

regresase a casa, sin faltas de ortografía, añadió con algo que se asemejaba a una sonrisa.

Ingrid asintió. Él volvió a preguntarle si tenía a alguien esperándola en casa.

E Ingrid repitió:

—Claro que sí.

La embarcación no parecía el ballenero de más de sesenta pies que en realidad era, sino un almacén flotante en el que seres humanos grandes y pequeños, envueltos en tanta ropa que apenas se podían mover, se agolpaban de pie, sentados y tendidos entre maletas, baúles, arcones, muebles, sacos y colchones. En la proa había una vara de madera instalada en la cureña cubierta por una lona de cuero que se extendía hasta las barandillas, formando la arista de una tienda de campaña que, a juzgar por el número de botas, albergaba a unas diez personas. Se desató un gran ajeteo alrededor de un soldado alemán que golpeó a un hombre en repetidas ocasiones en la cara hasta que este cayó y acabó tirado sobre la cubierta chillando.

El capitán salió corriendo de la caseta de navegación; parecía dispuesto a abalanzarse sobre el soldado, pero recapacitó y el alemán ni se percató de su presencia; se limitó a agacharse y a arrastrar por las piernas al hombre que gritaba hasta una red que se usaba para cargar y descargar mercancías, berreó algo en alemán al capitán que, a su vez, le dio la espalda en evidente señal de desprecio y avistó, acto seguido, a Erik Falc y a su acompañante en el muelle.

Era un hombre de cuarenta y pocos años con el cabello negro y tupido, surcado de mechadas canosas como el hierro y una barba igual de tupida de color chocolate, un hombre que afrontaba el frío con la cabeza descubierta, que hizo caso omiso al alemán y gesticuló interrogante con los brazos hacia el médico.

Erik Falc se percató de su petición y asintió débilmente.

El capitán se encogió de hombros y, acto seguido, se acercó a la consola y bajó el gancho de la grúa. El soldado cogió las cuatro esquinas de la red y las sujetó, y el hombre fue izado pataleando hasta el muelle, donde las enfermeras lo desenredaron de la malla, consiguieron ponerlo en pie y lo abrigaron con una bata parecida a la que llevaba Ingrid. El hombre colgaba lánguido entre sus brazos, sangraba por la nariz y tenía un corte en la cabeza. Erik Falc examinó las heridas y le preguntó una serie de cosas. El hombre negó con la cabeza. Las enfermeras lo acompañaron hasta el vehículo. Al instante apareció el soldado alemán a gatas, se sacudió la nieve del uniforme

y le entregó al doctor unos documentos arrugados, soltó una dosis abrumadora de ira y enfiló hacia el almacén más próximo, donde había un cuartel.

—Así al menos no habrá guardias a bordo —murmuró Erik Falc mirando los papeles—. Algo es algo.

Ingrid no lo oyó.

Se había arrodillado para buscar la escalerilla que el soldado había usado, pero había marea baja, la cubierta quedaba cuatro metros más abajo y había hielo en los peldaños. Una voz infantil exclamó a voces:

—¡No puede bajar! ¡No puede bajar...!

Ingrid se levantó y puso la maleta y la caja de latón con galletas en la red que seguía en el muelle, se colocó al lado y alzó las esquinas hacia el gancho, con las protestas frustradas y silenciosas de Erik Falc de fondo, las sujetó y gritó al capitán que la bajara.

Él, por su parte, preguntó a gritos:

—¿Está usted segura?

Ella le aseguró a voces que sí.

El capitán sonrió, colocó las manos sobre las palancas y Erik Falc vio cómo la red se iba tensando alrededor de su paciente ya recuperada, que introdujo los dedos entre los agujeros superiores de la malla y los cerró, y a continuación fue izada como si fuese una pieza de mercancía y girada hacia el barco, donde fue descendiendo hasta la cubierta, acompañada del alborozo de un grupo de niños que se amontonaron a su alrededor y la ayudaron a salir de la red, e Ingrid recordó que había escondido el cuaderno de dibujo en el escondite del trastero detrás de la puerta, en la Sala Sur, debajo del edredón y la alfombrilla, y que estaba sola cuando lo hizo. También recordó otra cosa: recordó que, cuando era niña, había estado en un muelle como este viendo a su padre arribar en el palangrero de su tío, él le sonreía desde cubierta, extendía los brazos y decía: «Tienes que saltar». Tenía tres, cuatro, cinco años...; había una distancia de tres metros y ella siempre saltaba y él la cogía, siempre.

Tenía los dedos rígidos por el frío. Se sacudió la nieve del jubón y preguntó al capitán si tenía unas manoplas. Este se lo pensó un poco y desapareció dentro de la caseta de la cubierta, abrió una ventanilla y le lanzó dos manoplas gruesas de lana, pesadas y apelmazadas, rígidas de sangre y

vísceras de pescado, pero cálidas y secas. Se las puso y alzó una al aire para saludar a Erik Falc, que permanecía sobre el muelle, contemplándola con aquella mirada que tantas veces la había despertado desde que empezó a compartir sus confidencias con él, contemplándola como a ningún otro ser humano, pero nadie es perfecto.

Erik Falc levantó a duras penas el guante derecho a la altura de la cadera y casi le devolvió el saludo, alzó la mirada hacia las fauces del rompeolas al otro extremo de la agitada dársena, se llevó el otro guante al sombrero, se dio media vuelta y desapareció en el remolino de nevisca que caía como azúcar glas sobre la embarcación y sus pasajeros mientras el capitán gritaba a los niños que habían retirado las amarras que no las dejaran tiradas sobre la cubierta, que debían enrollarlas debidamente; estaba hasta las narices de explicárselo, uno diría que esos capullos no habían estado nunca en el mar.

El *Salthammer* se usaba como ballenero y palangrero, y a Ingrid le hicieron sitio sobre dos capas de piel de reno al fondo de la caseta de los cebos, junto a una joven madre que sollozaba con la misma regularidad que respiraba y cuatro niños que no lloraban. Habían relleno los imbornales con trapos, arpillera y ropa vieja. Tanto estos como los mamparos exteriores estaban cubiertos de escarcha, mientras que el mamparo que daba a la cocina desprendía un poco de calor. Al fondo dormían Ante y Mikkel, de dos y cuatro años, después las dos niñas Ellen y Sara, de cinco y ocho, también pie con pie, y su madre Anja, que lloraba sin parar, mientras que Ingrid tuvo que tenderse en el extremo exterior, en el sitio que había ocupado su marido, el hombre que izaron al muelle cuando ella embarcó.

La familia llevaba una semana de travesía. Antes habían pasado tres meses en un *goathi* en la meseta de Finnmark, hasta que alrededor de Navidad vieron que ya no resistían aquello y bajaron a una guarnición alemana convencidos de que los iban a matar a tiros. No obstante, los metieron en un camión y los transportaron trescientos kilómetros hasta Hammerfest, una ciudad reducida a cenizas, donde los embarcaron en el *Salthammer*. Ninguno de ellos se había quitado la ropa durante el mes anterior a su llegada a Risøyhamn hacía tres días, donde todos habían podido bañarse en un cuartel.

Ingrid preguntó si había ducha.

Anja asintió.

Allí fue donde su marido tuvo su primera crisis nerviosa.

—Los niños siempre salen adelante —dijo en su áspero dialecto, acentuando cada sílaba—, los adultos lo llevamos peor.

En Risøyhamn también los despiojaron y les dieron comida caliente. Dijo que resultaba extraño que los piojos no se murieran de frío cuando las personas sí lo hacen, y siguió llorando y consolando a Mikkel, que había sacado tres dedos por un agujero de la manopla para poder chupárselos mientras sonreía a Ingrid.

Ingrid notó que el niño apestaba y le preguntó si no lo cambiaba. Anja dijo

que no era Mikkel, él estaba limpio, sino Ante, que cagaba dos veces al día, y no tenía pañales; tampoco se atrevía a pedir ayuda; los demás pasajeros no querían saber nada de ella.

Ingrid dijo que iba a quitarle la ropa al niño de dos años.

Anja dijo que hacía demasiado frío.

Ingrid insistió en que lo iba a hacer de todas formas.

El niño tenía la entrepierna al rojo vivo y caca seca por el vientre y la espalda, pero las observaba con unos enormes ojos negros y no protestó. Ingrid preguntó si Anja había usado los trapos de tela metidos en los imbornales. Anja respondió que sí. Ingrid dijo que tenían sal. Anja no la entendió.

—Sal —repitió, y le pidió que abrigara al niño de nuevo y esperara.

Se levantó y salió a la cubierta, abrió la puerta de la caseta de navegación y preguntó al capitán a voces si tenían pañales a bordo. Se giró y la miró extrañado.

—Sí, sí. Ve al camarote.

Ingrid cruzó la cubierta tambaleante, alzó la lona y descendió tres peldaños en una oscuridad humeante que apestaba a vómito, donde dormían las madres con los bebés recién nacidos, además de cinco huérfanos de edades comprendidas entre los tres y los ocho años. Preguntó si alguien tenía pañales. Nadie le respondió. Repitió la pregunta y nadie respondió. Ingrid dijo que necesitaba pañales. Una joven madre se levantó de la litera de estribor, acercó el rostro a la luz y preguntó quién coño era ella.

Ingrid se quedó esperando al borde de las lágrimas hasta que alguien tuvo a bien entregarle un pañal. Preguntó dónde había agua caliente. Se oyeron risas. Una voz gritó: «En la cocina».

Regresó por la cubierta y entró en la cocina, que también estaba repleta de niños, por el suelo y en los bancos, de dos en dos, además de dos muchachos adolescentes que se levantaron y parecieron tener intención de saludar. Una anciana mujerona vestida de negro se hallaba encajada entre la mesa atornillada y el mamparo, mirando de soslayo y durmiendo con la desdentada boca abierta. Entre los prensaollas del hornillo que zumbaba había una enorme cafetera escupiendo vapor blanco por un pitorro en forma de cuello de cisne.

Ingrid preguntó si era agua.

Uno de los muchachos contestó que no, era café. Ingrid dijo que necesitaba agua caliente. El muchacho miró a su amigo, que se inclinó sobre

un grifo sujeto sobre un pequeño lavabo, llenó una cacerola y la aseguró al lado de la cafetera.

Ingrid se quedó esperando. Les preguntó de dónde eran. De Mehamn. Honningsvåg. Komagfjord. Tappeluft. Gamvik. Havøysund. Snefjord. Gjesvær. Rolvsøy. Skarsvåg... La manta de la anciana se resbaló hasta caer al suelo, el muchacho que había puesto la cacerola al fuego se agachó y la recogió, sacudiéndola una vez para volver a cubrir a la mujer con ella.

Ingrid preguntó quién era.

—Es nuestra vecina Jadviga, es rusa.

Y el agua estaba caliente.

Ingrid balanceó la cazuela pasando de nuevo por la cubierta, que cada vez se zarandeaba más, entró en la caseta de cebos y le dijo a Anja que arrancara algunos trapos más del imbornal. Anja la miró y dijo:

—Tienen sal.

Ingrid rio y dijo que lo hiciera de todas formas.

Arrancó un saco de fieltro marrón, y el mar comenzó a entrar a chorros. Ingrid dijo que introdujera una de las pieles de reno en el imbornal y cogió el saco, lo mojó en la cacerola y lavó al niño, que berreaba desconsoladamente por el frío; abrió la maleta azul y sacó el sostén de Eva Sofie. Anja casi dejó de llorar y Sara le preguntó qué era. Ingrid lo volvió a meter en la maleta y sacó uno de los mandiles, arrancó la costura a mordiscos y rasgó dos tiras, que plegó cinco veces antes de colocarlas una encima de la otra entre las piernas del niño, y ató el pañal alrededor. Anja se lo ajustó, volvió a ponerle las viejas ropas y a meterlo debajo de las pieles, e Ingrid se acordó de una mosca que se despertó en el alféizar de la ventana y zumbó débilmente antes de caer panza arriba pataleando al aire con seis patitas finas como cabellos hasta fenecer; recordó que ella la había recogido con los dedos, abierto la ventana y la había echado fuera, y que esto ocurrió justo antes de que ellos volvieran, el jefe de policía Henriksen y el teniente Hargel, únicamente ellos dos; pudo avistar la embarcación entre un banco de niebla grisáceo y oír sus gritos, dos hombres balbuceantes en un *doris* que se deslizaba lentamente hacia la isla... Pero ¿por qué estaría «contusionada»?

Anja le había colocado una mano en el brazo.

Ingrid preguntó si los niños se mareaban.

Anja dijo que no, y eso que ni siquiera habían visto el mar antes de embarcar en el *Salthammer*. Ingrid abrió la lata de galletas y les dio una a cada uno; dijo que eran galletas de Navidad. Tras contemplarlas largamente,

las engulleron a toda prisa y quisieron más. Ella les dijo que debían esperar, le pidió a Sara que vigilara la lata, se levantó y volvió a salir en el momento en que una ola rompía contra la bovedilla.

Había despejado, el viento aumentaba a medida que se alejaban de tierra firme, un viento muy frío del noroeste, de popa, y los hombres todavía permanecían de pie y sentados sobre la cubierta, sacudiendo los brazos para combatir el frío, fumando y maldiciendo. Ingrid logró llegar hasta la caseta de navegación, donde el capitán estaba escuchando un ruido que venía del tejado y señaló hacia arriba en el momento de verla, preguntándole excitado si oía lo que era, aquel sonido como de cristales rotos.

Ingrid dijo que sí.

—Es el diablo en persona —gritó él—. Hielo.

El trecho de mar que tenían por delante se abría hasta donde alcanzaba la vista. La embarcación se inclinó hacia delante antes de ser succionada lentamente hacia atrás, los sonidos metálicos del tejado se volvieron más intensos, el estruendo de objetos sueltos y herramientas en el cuarto de derrota, el irregular traqueteo del motor; el capitán soltó un improperio y preguntó a Ingrid si había estado a bordo de un barco antes.

Ella dijo que sí.

—Ya decía yo.

Sin más prolegómenos le cedió el mando del timón, se inclinó hacia la ventana y señaló hacia el sector verde de un lejano faro al oeste; le preguntó tres veces si veía la luz del sector verde y quiso escuchar un sí alto y claro. Ingrid soltó algo que más bien parecía un sollozo y él salió corriendo.

Solo unos minutos más tarde regresó jadeando, miró hacia el faro y asintió con la cabeza, se sorbió los mocos, se hizo cargo del timón y empezó a lamentarse por el hecho de solo tener campesinos a bordo; tendrían que ponerse a picar el hielo inmediatamente después de que el mar rompiera contra la popa.

—Mire —dijo, y asintió hacia el cristal que tenían detrás; parecía pizarra fina y gris.

Ingrid le preguntó si no tenía ayuda a bordo.

Dijo que sí, a su sobrino Ole; era majo, pero estaba en la sala de máquinas cuidando de los niños medianos que se alojaban allí por el calor. Todos iban al comité de suministros del municipio de Ingrid, que a su vez los repartiría por las granjas que pudiesen acogerlos; se trataba de una operación considerable, iban a repoblar toda una región, carajo. Agachó la cabeza entre

unos hombros pesados y dijo que por suerte había sido un buen invierno...

—Creo que no nos hemos presentado —se interrumpió—. Soy Magnus Mannvik. De Reine.

—Ingrid —repuso Ingrid, y murmuró que tenía familia en Reine; también mencionó los nombres, pero había visto algo que no le gustaba, los movimientos y el intenso ajeteo de un hombre trastornado de ojos enrojecidos y privado de sueño; le preguntó si nunca dormía.

Él rio y murmuró algo de que habían hecho puerto en Risøyhamn.

Una ola inmensa arrojó la cubierta por un precipicio, alcanzaron el fondo del valle y se alzaron de nuevo al son de chillidos lejanos. El capitán maldijo en el momento en que volcaban sobre la siguiente cresta de ola, le entregó el timón, abrió bruscamente la puerta y volvió a desaparecer.

Ingrid lo vio separar las piernas sobre la cubierta imposible y tambalearse como una araña, de bulto en bulto, mientras gritaba y gesticulaba con los brazos; hizo levantarse a dos individuos bruscamente y más o menos los arrastró hacia atrás y fuera de la vista.

Ingrid intentó emular el ritmo de los palangreros de su tío y su padre, pero esto era un buque y las condiciones, imposibles; el timón tiró de ella, la hélice se separó del agua y el motor lanzó un berrido histérico. Fue lanzada hacia el mamparo, tiró del timón en la dirección equivocada, la hélice volvió a sumergirse en el agua y el barco se abalanzó hacia delante en el momento en que la puerta se abrió otra vez.

—Están picando hielo como unos posesos ahí delante.

La apartó a un lado, colocó una mano sobre la palanca de mando y buscó su mirada, esperó hasta que se hubo enderezado y le dijo con calma que pusiera la mano derecha encima de la suya. Ingrid agitó la cabeza y sintió sus nudillos fríos debajo de los dedos en el momento en que la proa se precipitaba a un nuevo abismo, él tiró de la palanca y el motor se ralentizó antes de que la hélice se separase del agua; la empujó hacia delante en el momento en que esta impactó contra la superficie, repitió la operación mientras se adentraban en tres nuevas crestas y la miró interrogante. Ella asintió de forma mecánica y quiso decir que sí; sin embargo, dijo:

—No puedo regresar a casa.

—¿Cómo?

Él la miró.

—¡No puedo volver a casa!

Ingrid se dio media vuelta, salió corriendo y se quedó enganchada al

asidero en forma de aro junto a la puerta, con los pies colgando sobre la cubierta. Una ola le pasó por encima, la quilla quedó en ángulo recto sobre la cresta, el motor soltó un nuevo berrido y quedaron oscilando sobre la ola. Ingrid se dejó caer e impactó contra la cubierta, que estaba alzándose, se agarró al peldaño inferior y oyó una voz que procedía de alguna parte en medio de todo el trajín:

—Baje al motor y dígame a Ole que suba.

Ingrid quiso preguntarle dónde estaba la sala de máquinas, pero la puerta de la caseta del puente de mando ya se había cerrado. Logró ponerse de rodillas, fue arrojada contra la barandilla y luego de vuelta hacia la caseta; consiguió agarrarse a un pomo que giró y le alcanzó el cálido olor de las máquinas. Gritó a la oscuridad y emergió un rostro, un muchacho con una amplia sonrisa.

—¿Cómo va todo?

Ingrid gritó que subiera a la caseta de navegación y se concentró en el siguiente impacto. Una sacudida larga y vibrante atravesó el casco; la cubierta ascendió, volcó y cayó. Ella se deslizó hacia atrás entre seis individuos tendidos sobre la cubierta que estaban picando hielo con un mazo de madera, consiguió desplazarse hacia la popa, abrió la puerta de la caseta de cebos y contempló el rostro aterrado de Anja, entró a gatas y se acostó abrazando a las niñas; Anja se aferraba a los niños.

—Estás mojada —dijo Sara.

Un nuevo golpe sacudió el casco, se detuvo el martilleo arrítmico; el *Salthammer* se balanceó sobre una nueva cresta mientras la caseta de cebos sobresalía en horizontal a babor; el buque volvió a enderezarse lentamente, y un pesado letargo se cernió sobre él, que ahora cabeceaba y gemía. Anja la miró presa del pánico.

—¿Ahora qué ocurre?

Ingrid negó con la cabeza. La puerta se abrió bruscamente y Magnus asomó la cabeza.

—Estamos retrocediendo, así podremos ir a Arnøy; ahí hay buen puerto.

Echó un vistazo a los niños como para hacer un recuento y desapareció. Anja volvió a mirar interrogante a Ingrid. Ella dijo que todo iría bien, cerró los ojos y olió el cabello de Sara; desprendía un olor dulzón y rancio, la abrazó con más fuerza y oyó que Anja le repetía a Mikkel que todo iría bien. Y entonces lo único que quedaron fueron los rumores, los del motor, y un cabeceo lento y lejano. E Ingrid, que no podía volver a casa.

En Arnøy había una escuela con dos aulas, una oficina para el maestro y una cocina tan diminuta que parecía un armario. Había una casa de oración, cinco factorías, una corona de cabañas de pesca, casetas y unas cuantas granjas pequeñas alrededor de un puerto apacible, donde toda la flota se hallaba amarrada; una nieve pesada cubría las barandillas y los tejados de las casetas de navegación y formaba verdosos bigotes de hielo en la orilla.

Ingrid dormía con Anja y los niños en la oficina de la escuela, la primera noche en el suelo, la siguiente sobre las pieles de reno ya secas, ambas noches bajo mantas; no pasaron frío y durmieron largamente.

No era la primera vez que el *Salthammer* atracaba en aquel puerto; los habitantes del pueblo acudieron con leña y comida, dejaron que se lavaran y, dado que el tiempo no amainó, también les dejaron lavar ropa en un lavadero situado junto a la factoría más grande. Dos ancianas aparecieron con una carretilla llena de ropa vieja, tarugos, pañales, mantas y veinte ovillos grises, y no quisieron nada a cambio. También les dieron polvos de talco para Ante. Y agujas de tejer. Ingrid enseñó a Sara a tejer mientras Ellen las miraba. El llanto de Anja se había convertido en sollozos regulares y confesó que no había querido presenciar el momento en que su marido abandonó el barco; ¿lo había visto Ingrid?

—Sí —afirmó Ingrid—. Ahora está bien.

Ingrid contó los puntos y explicó, mientras Anja murmuraba algo sobre la plaga de piojos y las inyecciones y el rudo trato que habían recibido en Risøyhamn; Anja era laestadiana y en su religión los piojos eran considerados una vergüenza. Ingrid no sabía lo que era un laestadiano y dijo que por suerte se habían deshecho de aquella plaga.

Anja comentó:

—Pero no teníamos piojos, esa era la cuestión.

Ingrid conversó con Sara sobre su labor de punto, alabándola, se vistió y le pidió a Mikkel que la acompañase a por leña; necesitaba aire, viento. Caminaron por la carretera hacia una caseta donde una carga de leña de

abedul se había apilado al abrigo del viento y se encontraron con Magnus, que estaba descansado y medio ebrio, y dijo lo que ya había repetido dos veces:

—Tú ibas a dormir conmigo, no con los putos lapones.

Ingrid se apresuró a continuar adelante.

Les gritó algo. Ella no lo escuchó, a este hombre que se dedicaba al contrabando antes de hacerse cargo de la evacuación, un hombre que fardaba de vender margarina por dinero sin cupones y que transportaba diez veces más pescado a los mayoristas de Trondheim de lo que figuraba en los papeles, que parecía no estar afectado en absoluto por la guerra o que la había convertido en su sustento. Ingrid se detuvo y miró a su alrededor en aquel pueblo helado: ni una persona por la calle. No obstante, era una isla viviente, con humo saliendo de todas las chimeneas, la flota pesquera atracada; el día estaba en su punto álgido, mordiéndoles como una cúpula de vidrio azul, el mismo cielo que se volcaba sobre Barrøy, e Ingrid no sabía dónde estaba.

Mikkel se detuvo y la miró interrogante; tanto él como sus hermanas tenían moretones tras las penalidades que habían pasado en el fiordo. Ingrid le preguntó si la leña pesaba mucho. Él asintió.

—Eres fuerte.

Le recolocó los trozos de madera para que quedasen bien equilibrados y le preguntó si echaba de menos a su padre.

Al principio pareció que no entendía a qué se refería. Luego dijo que sí. Ingrid le aseguró que pronto volvería con ellos. Mikkel también dijo que sí a eso. Ingrid se alegró por todo lo que decía. Le preguntó si el chichón azulado de la frente le dolía. Dijo que no. Ingrid le aseguró que todo pasaría pronto y continuaron caminando a través del intenso frío.

Ingrid estaba sentada en una piel de reno con la espalda apoyada contra la pared y observaba cómo Ellen y Ante retozaban a sus anchas como tambaleantes polluelos de patos de flojel en el suelo frotado con arena. Anja coció carne de cerdo salada que Ingrid había comprado a un herrero con parte del dinero que le había dado Erik Falc, aquella misteriosa deuda del viejo reverendo Malmberget.

Anja había cortado la carne en daditos. Luego había cortado las patatas y las zanahorias también en dados y lo había cocido todo demasiado tiempo. Ahora se encontraba mojando pan fino en el cuenco de madera y

saboreándolo mientras miraba a los niños con el primer esbozo de sonrisa que Ingrid había visto en su rostro demacrado, una mujer cuya edad había sido devastada por la guerra y había quedado indeterminadamente entre los veinticinco y los sesenta años, como si no solo la hubieran abandonado el marido y la vida, sino también las estaciones, y, sin embargo, tenía algo, algo de lo que Ingrid carecía, una claridad sencilla y despiadada, no solo un enjambre de sombras que no cuadraban.

Ingrid recordó las palabras de Erik Falc, sobre que había descubierto el amor cuando llegó, y lo había aceptado, pero la verdad era que no había aceptado nada; solo había sido ella misma cuando ocurrió, una persona que ya no existía; y no había sangrado en dos meses.

Era «eso» lo que tenía que haberle preguntado a Eva Sofie, si podía fiarse de los días que había pasado en el hospital tal y como venían anotados en la pizarra junto a la ventana; debería haberlos repasado hora por hora, haberlos repetido y examinado, no solo lo perdido que había ocurrido en Barrøy, sino su cuerpo después de llegar al hospital.

Se levantó y apoyó los dedos sobre la cátedra, debajo de infinidad de mapamundis enrollables y desvencijados, con los cordeles danzando alrededor de su cabeza. Anja la contempló interrogante.

—No puedo volver a casa.

Anja se levantó y la agarró del brazo. Ingrid repitió la frase y la apartó, y entró en la cocina, donde permaneció de pie, temblando; cogió seis cucharas del cajón y volvió a sentarse con los niños, introdujo una cuchara en la olla y removió sin ton ni son, alzó la captura y sopló hasta conseguir que se enfriase lo suficiente como para dársela a Ante, al que había colocado sobre su regazo sin darse cuenta. El niño abrió la boca, sorbió y quiso más; era el único que no tenía moretones, estaba completamente limpio y sonreía. Ingrid hundió la cuchara de nuevo y observó que no le temblaba el pulso; intuyó que Anja también se había dado cuenta de ello, que no temblaba, y que suspiró aliviada, y ambas mujeres se sonrieron.

La mañana que iban a continuar su travesía hacia el sur el tiempo estaba despejado y no soplaban viento. Un sol invisible cubrió la nieve de las montañas del interior con un manto de cobre y metal. A bordo reinaba un ambiente solemne sin solemnidad, un orden quieto, perdido y esperanzador, el más frágil de todos, el comienzo de una nueva vida.

El herrero que le había vendido carne de cerdo a Ingrid a un precio demasiado elevado embarcó y les ayudó a calafatear los imbornales de la caseta de cebos, repartió las pieles de reno secas por el suelo y también les entregó tres alfombrillas que no eran nuevas, pero sí más gruesas de las que tenían. Anja le estrechó la mano en señal de gratitud, e Ingrid dijo que había sido recompensado y declaró que, si se mantenía el buen tiempo, podrían hacer sitio también a los niños medianos que habían permanecido en la sala de máquinas hasta entonces; ¿disponía el herrero de más alfombrillas?

El hombre agachó la mirada, no respondió y se marchó.

Magnus negó con la cabeza y preguntó si Ingrid quería café.

—¡Tenemos café!

Ingrid dijo que las dos aceptarían con gusto un café y empezó a construir un parapeto hacia el mamparo exterior, usando la maleta azul, el saco con ovillos grises y la caja de galletas, que había llenado de un pan fino que también había comprado al herrero, que al cabo de poco tiempo regresó con media red de cerco para arenques cargada a la espalda; era vieja, pero estaba seca y olía a brea.

Ella le preguntó para qué la quería.

—Es de buena calidad —dijo, y deshizo lo que ya habían hecho; dobló la red en tres sobre el suelo, colocó las pieles y las alfombrillas encima y puso la maleta de Ingrid y la caja de galletas en el mismo sitio.

Ingrid le dio las gracias y dijo que lo que necesitaba eran alfombrillas y pieles.

Magnus apareció con dos tazas sucias de café, le entregó una a Anja y la otra a Ingrid, echó un vistazo al interior de la caseta de cebos, y aunque

parecía dispuesto a volver a repetir lo del aspecto de *boudoir*, en su lugar negó con la cabeza y salió corriendo por la cubierta gritando algo a los de la sala de máquinas.

Su sobrino Ole y tres adolescentes más subieron y se colocaron en fila a lo largo de la borda, como delante de un reverendo. El herrero rio al ver tanto hollín y aceite, les deseó buen viaje y desembarcó de nuevo.

Ingrid notó que el mayor de los adolescentes, un muchacho de unos dieciséis años, contemplaba el mar con el ojo izquierdo, que tenía enrojecido. Ella entendió que estaba ciego de ese ojo y le preguntó cómo había ocurrido. Él miró hacia abajo con el ojo derecho y dijo que venían de Hammerfest, en realidad Skarsvåg, como si eso explicase algo; los otros dos eran sus hermanos, Sverre y Helmer. Ingrid repitió la pregunta y él respondió algo sobre una brasa cuando las llamas devoraron la ciudad; sus padres habían muerto.

Ella le preguntó su nombre.

—Arne.

Arne era alto y flacucho, tenía unos hombros anchos y huesudos que apuntaban hacia delante como un yugo; su pelo de color marrón betún estaba grasiento y largo como el de una muchacha y por el orificio nasal izquierdo le chorreaba un pus verdoso. Ingrid supuso que tendría que ver con el mismo incendio y le preguntó si lo había visto un médico. Dijo que no y miró a la cubierta con el ojo vivo y a ella con el ojo muerto. Ella se movió de forma involuntaria, como para hacer que él la pudiera volviera a ver; asintió hacia un saco de marinero y un bulto de sábanas manchadas de aceite que había entre ellos y le preguntó si esas eran sus pertenencias.

—Sí.

Dijo que podían dormir en el extremo de la caseta de cebos e intercambió una mirada con Anja, que dejó la taza de café sobre la borda y entró apresurada para empezar a distribuir a sus hijos sobre las pieles de reno, como para apoderarse de ellas.

Ingrid mudó la mirada hacia Ole, que seguía allí, y le preguntó si ellos tenían mantas. Se encogió de hombros. Ingrid pidió a los hermanos que esperaran, se acercó a Magnus, que estaba en la cubierta de proa rodeado de un grupo de hombres, y le preguntó si él tenía mantas. Respondió irritado que no, pero sacudió los hombros y recuperó el semblante sin vida que significaba que no solo buscaba un pensamiento, sino que lo encontraría.

—Inténtelo con el puto herrero, esperamos.

Ingrid subió al muelle y corrió hacia el pueblo, alcanzó al hombre y le preguntó si les podía vender más mantas, alfombrillas, pieles de oveja...

—¿Vender? —preguntó lentamente y la miró durante mucho rato.

—Sí, que me las venda, las necesitamos.

—Es usted rica.

—No —negó Ingrid.

—¿Cuánto?

Mencionó la misma cantidad que la última vez, por cada manta, cada piel. Él vaciló. Ingrid añadió media corona por cada piel. El hombre sonrió, se dio media vuelta y subió deprisa. Ingrid regresó lentamente, embarcó y se colocó atrás junto a los hermanos, en la popa. No hubo manera de sacarles más información, salvo que los dos mayores habían trabajado de carpinteros junto al padre. Les preguntó cuántos años tenían. Sverre tenía doce y Helmer diez. Ingrid no tenía más preguntas. Sí quiso saber si no había hecho mucho calor en la sala de máquinas.

—Pues sí.

—Y ¿no era muy ruidoso?

Ellos intercambiaron miradas, como si sopesasen en silencio si valía la pena responder a aquella pregunta, y alcanzaron un no unánime. Ingrid echó los posos del café al mar, vio cómo se hundían y desplazaban como hormigas sobre el arenoso fondo verde y miró dentro de las tazas, pero no se le ocurrió nada más que decir y los acompañó a la cocina, donde los mismos adolescentes cuidaban de la vieja rusa Jadviga, que parecía no ser capaz de decidirse por si dormía o se despertaba. Ingrid les preguntó si tenían más agua.

—Sí, agua nueva, coja tanta como quiera.

Ella enjuagó las tazas bajo el grifo, buscó una toalla que no existía, dejó las tazas en la pila y les preguntó de dónde eran.

—Mehamn.

—¿También se ha quemado?

—Sí.

Ingrid quiso saber si eran hermanos y dónde estaban sus padres, a qué se dedicaban, como si ella hubiera sido enviada a la tierra para llevar a cabo una especie de registro de las personas expulsadas de su propia tierra, porque en ella misma nada era coherente, pero antes de recibir la respuesta —no parecían hermanos, sino amigos, aunque más cercanos que cualquier familiar — descubrió por el ojo de buey que el herrero había regresado al muelle.

Salió corriendo a la cubierta.

—Lánzalas a bordo —ordenó Magnus, que seguía rodeado del mismo grupo de hombres cuyas miradas estaban dirigidas al recién llegado; los pitillos que fumaban y las nubes de humo que producían se disolvían en el aire claro y frío.

—¿Y el dinero? —gritó el herrero.

—Lo tendrá.

Vaciló, descargó tres pieles de oveja apolilladas sobre la cubierta entre nubes de polvo, dos alfombrillas que parecían nuevas y tres mantas de lana grises que cayeron como velos lentos. Magnus esperó a que hubiera aterrizado la última e hizo señas al muchacho que siempre estaba con Ole y que ahora se hallaba en la proa. El muchacho dio un brusco tirón al amarre y la lazada se desprendió del noray del muelle. Sobre el tejado de la caseta de cebos otro niño realizaba la misma obra de arte con el amarre de popa. Magnus soltó el esprín y lanzó una mirada a Ole en la caseta de navegación. Ingrid se dio cuenta de que estaba a punto de perderse algo. Ole arrancó y aceleró a fondo, el *Salthammer* viró hasta casi volcar y se alejó velozmente por la dársena, clara como un espejo, partiendo el pueblo en dos con el arado burbujeante que formaba la estela.

Magnus agitó la mano para despedirse del herrero, que no realizó movimiento alguno. Los hombres rieron. Ingrid se agachó para recoger las pieles y las mantas.

—¿La ayudo, señorita? —le gritó él al oído.

Los hombres estallaron en carcajadas, las nubecillas de humo, sus miradas huidizas y avergonzadas. Magnus alzó una mano, dirigió un dedo negro hacia el hombre más bocazas y le dijo que la ayudara a recoger las pieles.

—Ahora mismo.

Era de noche cuando arribaron a la Factoría. Anja y los niños dormían, también los hermanos pequeños de Skarsvåg, Sverre y Helmer. Pero Ingrid y Arne despertaron cuando el motor se detuvo y salieron a la cubierta bajo una oscuridad azul férrea, sin viento y acompañada de una ligera nevada. Magnus y uno de los hombres fumaban junto a la barandilla y algo alejados estaban Ole y su amigo, en la cubierta de la proa, inmersos en el silencio y conversando en voz baja.

Magnus le entregó la taza que llevaba en la mano. Ella la giró entre sus manos y tomó un sorbo del café tibio. Él sonrió.

—¿Tu tierra?

Ingrid asintió tras un muro de cristal; la plataforma bajo el muelle pequeño, *litjkaia*, donde amarraba cuando iba a la tienda o a trabajar en la Factoría, la escalera que ascendía por el hueco del muelle y la nieve que se posaba sobre el cabello y los hombros y las manos desnudas, sobre la ropa y el borde de la taza de café y se convertía en gotas que sorbió antes de quedarse quieta, pues Magnus la observaba con una mirada de la que era imposible escabullirse.

—Entonces, ¿no quiere ir a casa?

Se estremeció, le devolvió la taza y se sacudió la nieve del cabello y los hombros; no llevaba ni pañuelo ni sueste, sino dos trenzas que, según la patente de Eva Sofie, se había anudado detrás de la cabeza para ocultar las cicatrices; sus pestañas goteaban, frías y febriles. Agachó la mirada y vio unos documentos enrollados que él llevaba en la mano y le preguntó qué eran. Le respondió que lo adivinara. Ella le preguntó:

—¿Usted nunca duerme?

Él le entregó los papeles.

Parecían listas de tripulación, con los nombres de los evacuados y anotaciones sobre los hogares donde debían ser ubicados, las granjas, casas y casetas de embarcadero del pueblo a los que el comité de suministros había forzado su acceso para asegurarse de que disponían de sitio.

Sus ojos se quedaron fijos en dos renglones, porque buscaba el primero y fue sorprendida por el segundo: Anja y sus hijos irían a la casa del reverendo, que estaba deshabitada, junto a dos de las madres lactantes, que se encontraban delante, en el camarote, y dos hombres cuyos nombres no le sonaban. La sorpresa era la firma, donde figuraba el nombre del jefe de policía Henriksen, ya no en calidad de jefe de policía, sino como presidente del comité, e Ingrid entendió que no podía tratarse de una promoción. Magnus la observó con interés.

Le dijo directamente que este hombre había colaborado con los alemanes.

—Quizá sea un hombre listo.

—¿Cómo?

—Que entiende que esto se acaba, lo de los alemanes.

Ella reflexionó sobre sus palabras.

—Y ¿usted qué piensa?

Él echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Yo soy comunista. ¡Ganarán los rusos!

Ingrid quiso reírse con él, pero se le ocurrió que tenía la boca demasiado abierta, la cerró y agachó la mirada los segundos necesarios para luego dirigirse a Arne, aunque intuyó que la apatía de su ojo muerto estaba a punto de contagiarse al sano, por lo que no tuvo otro remedio que girarse de nuevo hacia Magnus y preguntarle a dónde irían los hermanos.

Él preguntó cómo se llamaban.

«Arne», murmuró Isaksen, de Skarsvåg, pero habían vivido una temporada en Hammerfest. Magnus señaló la hoja e Ingrid leyó que tres Isaksen de Skarsvåg irían a una granja al sur de la isla principal, Molandsvika. Ella dijo:

—Son amables.

Arne parecía haber causado suficientes molestias y quiso irse. Ingrid lo detuvo y musitó:

—Creo que son buenos, son mayores.

El ojo derecho miró interrogante a través de ella. Ingrid sintió un atisbo de frustración y tuvo que volver a mirar a Magnus, un hombre en su plenitud también a las tres de la madrugada, cogió aliento y le devolvió los papeles; dijo que sabía dónde vivía Henriksen; ¿quería que le mostrara el camino?

Él declinó su oferta, esperarían y dejarían descansar a la gente; entró en la cocina y regresó con dos tazas de café, entregándole una a ella y la otra a Arne. El muchacho mostró su gratitud con una reverencia, tomó un sorbo que

estaba demasiado caliente, colocó dos enormes manos alrededor de la taza y se apresuró a volver atrás, a la caseta de cebos.

Ingrid quiso ir tras él; sin embargo, se expuso a aún más silencio en compañía de un hombre. Esperaron. Ingrid dijo que debía volver con los niños. Él se encogió de hombros. Ella le preguntó si había oído hablar de un naufragio algo más al sur, ¿de un transporte de tropas?

Él dijo que no.

A Ingrid le resultó extraño; él tenía radio, ¿no?

La miró asombrado.

—No me digas, ¿tengo radio?

—Sí —respondió Ingrid, la había visto en el cuarto de derrota.

Él sonrió para eludir el asunto y le preguntó por qué le interesaba el naufragio si se trataba de un secreto militar.

Ella dijo que pensaba que era otra cosa.

Él le preguntó qué podría ser, pero en el mismo instante se giró hacia Ole, que seguía charlando con su amigo en la cubierta de proa, y gritó algo que Ingrid no escuchó. Ole respondió algo que tampoco entendió, los tres hombres se rieron y tuvo nuevamente la sensación de haberse perdido algo, de que le faltaba coherencia.

Los primeros pesqueros regresaron del mar y se posicionaron fuera de la Factoría, dado que Magnus no quiso mover el *Salthammer*. Cuando Henriksen por fin hizo acto de presencia, se dio cuenta del alboroto, se disculpó por la demora y se mostró inhibido y servil. Magnus preguntó si el presidente había dormido bien y le pidió que se identificara, antes de volver a responder negativamente a la petición de mover la embarcación a fin de que los pescadores pudieran atracar junto a las grúas.

—Necesitamos el muelle pequeño.

Henriksen y sus hombres bajaron las escalerillas a bordo y mostraron listas con nombres que coincidían con los que tenía Magnus en las suyas. La mirada del presidente adoptó cierta humildad cuando descubrió a Ingrid.

—¿Es usted?

Ingrid no dijo nada. Negó con la cabeza y continuó parlamentando con Magnus, que había instruido a Ole para que convocase a los refugiados en la cubierta con todas sus pertenencias; aquello parecía una solemne misa silenciosa bajo la nieve en descenso. Henriksen citó uno por uno los nombres que apenas era capaz de pronunciar, dio sus instrucciones y amonestaciones, alguna que otra llave y requirió firmas sobre las que intentó bromear cuando se realizaban, algo que dejó de hacer en cuanto se percató de que la alegría no era recíproca.

Se oyeron algunos sollozos de las mujeres que se despedían antes de que las ayudaran a subir al muelle con sus hijos, los colchones, arcones y maletas, donde dos coches y cinco carruajes de caballos se habían reunido para transportarlos a sus nuevos hogares.

Los hombres no sollozaron, sino que fueron estrechando la mano de Magnus uno tras otro con el silencio sincero y avergonzado que un hombre a duras penas logra expresar cuando sabe que tiene algo fundamental que agradecer, por ejemplo, la vida.

Ingrid también quiso dar las gracias a Anja y a sus hijos, pues sin ellos jamás hubiera llegado hasta aquí, lo que en realidad no era un motivo de

agradecimiento, pero cayó presa de un nuevo pánico y le quitó las llaves a Henriksen, llamó a Anja e hizo un gesto con la cabeza a los dos hombres que estaban junto a él.

Henriksen le preguntó por qué se inmiscuía en este asunto y se dispuso a examinar primero a la familia y luego dos copias de los documentos, pues aquí había gato encerrado; no se debía mezclar a los finlandeses y los lapones con los noruegos.

Anja gritó que era sedentaria, mujer de campesino. Henriksen volvió a reírse y miró a su alrededor en busca de apoyo. Magnus no rio, sino que dijo:

—Después de este viaje, bien mezclados están.

Ingrid, Anja y los niños subieron con los hombres, las madres de los lactantes y dos niñas huérfanas de raza pura que arrastraban un talego entre las dos, y pasaron por delante de la tienda, donde Margot y dos personas más habían salido al invierno para mirarlos. Margot descubrió a Ingrid y la saludó. Ingrid le devolvió el saludo. No vio ningún soldado o vehículos militares; el cuartel estaba tan abandonado como la casa del reverendo.

—Vais a vivir en una casa muy bonita —dijo ajetreada, y abrió la puerta antes de pedir a los dos hombres que fuesen a buscar leña y coque para encender todas las estufas, entró en una estancia tras otra seguida por toda la comitiva cubierta de nieve y les mostró todo lo que reconocía en detalle sin que la apenara.

Por primera vez vio también a los recién nacidos; durante la travesía las mujeres solo habían parecido estar en estado, pero a medida que la temperatura fue subiendo, fueron desarrollando a los bebés de los harapos informes y pudieron asomar sus miradas claras y sus rosadas cabecitas calvas a su nuevo hogar.

Las dos madres se instalaron cada una en una habitación de la primera planta, donde solían dormir de dos en dos los confirmados procedentes de las islas. Ingrid también sabía que en el desván había una cuna. Llevó a Anja al dormitorio del reverendo, que no solía dormir con su joven esposa, pero que, no obstante, tenía la cama más ancha. En la alcoba de la esposa acostó a las dos niñas huérfanas; también había una cama ancha. Les mostró los edredones, los armarios y los cajones y les preguntó si no tenían más pertenencias que el talego que seguían sujetando entre las dos.

Dijeron que no.

Ella les preguntó si eran hermanas.

Una de ellas dijo que no, la otra vaciló.

A Mikkel le fue asignada la habitación donde Ingrid se había hospedado cuando iba a ser confirmada. Uno de los hombres se apropió del estudio del reverendo, que denominaban la biblioteca, donde había un sofá de cuero inglés. El otro ocupó el ala lateral, donde solían alojar a los huéspedes. Quedaron dos estancias libres. Ingrid se lo pensó, fue a por Sara y Ellen y les dijo que podían disponer de una cada una. Ellas intercambiaron miradas. Sara dijo:

—Queremos estar juntas.

Ingrid asintió y reunió al grupo en una habitación, les pidió que se sentaran sobre las camas y les explicó que cuando fuesen a la tienda con los cupones y el dinero que les acababa de entregar el comité, además de lo que ella iba a darles enseguida, Margot diría que el dinero y los cupones no servían de nada cuando ella no tenía margarina. Pero Margot tenía margarina, por lo que no debían creerla; ella prefería vender sin cupones, a un precio mayor, si es que no se le habían acabado las existencias, pero en cuyo caso también había vendido todo por dinero sin cupones o por más dinero de lo que valía.

Anja no comprendió nada de lo que decía.

Una de las madres de los lactantes sí lo comprendió.

Ingrid repitió que cuando fuesen a comprar, ya fuera azúcar o harina o aceite para las lámparas, no debían claudicar, sino negociar con y sin cupones, intentándolo todo, sobre todo con el dinero. Y cuando fuesen a comprar pescado a la Factoría, deberían pagar un poco más de lo que requería el capataz, sin que él lo indicara y sin cupones, porque entonces tendrían más pescado la próxima vez, o comprárselo directamente a los pescadores, y debían recordar que el arenque es barato, casi gratuito, a pesar de que no fuese temporada de arenque ahora...

Ingrid estaba henchida de sentido y agitada, miró a Sara con un gesto preocupado y dijo que tenía que empezar a ir a la escuela de inmediato. Sara asintió. Ingrid miró a Anja y repitió lo mismo. Anja le preguntó si no confiaba en ella.

Ingrid hizo caso omiso de su tono y preguntó a las niñas cuántos años tenían. Una de ellas dijo seis años, la otra no respondió, pero parecía algo mayor.

—Tú también debes ir a la escuela.

La niña no reaccionó. Ingrid quiso preguntarle su nombre, pero una de las madres de los lactantes intervino y dijo que las conocía y que se encargaría

de que la mayor, cuyo nombre, por cierto, era Nelvy, así salió a la luz, empezara a ir a la escuela; la otra se llamaba Gunvor; ambas eran de una aldea llamada Bjørnevatn, pero no habían ido a la mina.

Ingrid preguntó a qué se refería.

La madre dijo que los habitantes de Kirkenes se habían escondido en una mina cuando la ciudad quedó en ruinas, pero que muchos —entre ellos las familias de Nelvy y Gunvor— habían sido transportados hacia el oeste en barco; no todos habían llegado a su destino, no sabía por qué; ellas nunca dijeron nada, ni Nelvy ni Gunvor...

—Y ahora le vas a quitar el gorro —gritó de repente a Ingrid—. ¡Porque yo no soy capaz!

Ingrid miró interrogante a la mujer y luego al gorro que Nelvy aferraba con ambas manos.

—¿Qué ocurre?

Uno de los hombres ya había tenido suficiente; tenía sesenta y tantos años, las hundidas mejillas cubiertas de barba blanca, una boca demasiado grande para tan pocos dientes y temblaba bajo la ropa; comenzó con un breve carraspeo, extendió un brazo, dijo «hostia» y arrancó el gorro a la niña, tirándolo a un rincón. Ella chilló; tenía sarna y ni un solo cabello en su cráneo huesudo. Ingrid vio que rodeaba la cama corriendo para recoger el gorro, esperó a que se lo volviera a poner y le dijo que la acompañara.

—¿Tendremos trabajo? —preguntó el anciano a voces—. Necesitamos trabajar.

Ingrid lo miró.

—Si no, nos volveremos majaras.

La madre que había contado lo de la mina les dio la espalda y se puso a amamantar. Los niños salieron corriendo uno tras otro. Anja desnudó a Ante. Ingrid mantuvo sujeta a Nelvy de la muñeca y le preguntó al hombre si estaba enfermo, puesto que temblaba. Él se encogió de hombros. Ella le dijo que fuese a preguntar en la Factoría, allí siempre había tarea, o en la fábrica de conservas.

Dijo que era carpintero.

Ingrid repuso que entonces conocía el trabajo duro, se levantó y bajó al lavadero llevando a Nelvy a rastras. Allí había agua corriente y dos pilas de piedra empernadas a una de las paredes, también había una estufa. Ingrid llenó un balde, lo puso sobre la estufa y dijo que aquí era ella, Ingrid, la que era la jefa; Nelvy podía elegir lavarse con gorro o sin él. La niña lloraba y,

tras algo de presión, decidió que la lavara con el gorro puesto.

Cuando el agua estuvo caliente, Ingrid la inclinó sobre el barreño, echó dos cazos de agua sobre el gorro, dejó el cazo, le arrancó el gorro y la sujetó con firmeza mientras le echaba más agua por encima y le frotaba la cabeza con jabón blando.

Nelvy gritaba y pataleaba; sin embargo, se tornó más dócil a medida que Ingrid le fue echando más agua. Le volvió a frotar la cabeza y se la enjuagó por tercera vez. No observó piojos, ahora tampoco parecía que tuviese sarna, únicamente esas extrañas concavidades en el cráneo.

La envolvió en un trapo de cocina, dejó el gorro en el balde y lo lavó también con detergente, sobre la tabla de lavar, mientras Nelvy la contemplaba sentada sobre la otra pila con ambas manos sobre la toalla, que parecía un turbante; sus dedos eran largos y esbeltos.

Ingrid dijo que secarían el gorro sobre la estufa de la cocina, tardaría muy poco; mientras tanto le daría otro. Se la llevó a uno de los dormitorios infantiles, donde había una cómoda con ropa, y encontró un gorro azul. El de Nelvy era rojo. Quería otro que fuera rojo. Ingrid rebuscó en los cajones y encontró uno gris. Nelvy asintió reacia y quiso ponérselo encima de la toalla. Ingrid dijo que quedaba muy bien. Desde el vano de la puerta, Gunvor afirmó que tenía un aspecto muy raro. Al parecer, Nelvy no se lo tomó a mal. Ingrid asió sus esbeltos dedos y se quedó observándolos con una admiración asombrada, hasta que Nelvy los retiró con una sonrisa tímida; le preguntó cómo se llamaba.

Ingrid dijo su nombre y que vivía en Barrøy, luego preguntó a Nelvy cómo se llamaba ella, además de Nelvy. Nelvy dijo que suponía que se apellidaba Arvola.

Ingrid le preguntó por qué no lo había dicho antes; ahora no figuraba ningún dato sobre ella en los documentos del comité de suministros. Nelvy respondió que no lo sabía. Quiso saber dónde estaba Barrøy.

—Por allí —respondió Ingrid, y señaló la pared sobre una de las camas donde colgaba un cuadro de un pastor vestido de túnica con un cayado y tres cabras que Nelvy permaneció contemplando.

Ingrid dijo que iba a inspeccionar la despensa, dejó a Nelvy, bajó y se adentró entre filas de mermelada y conservas y se sentó en el estante inferior, donde la esposa del reverendo almacenaba ollas de cobre, cubos de cereales y harina, y tuvo que admitir que ya no podía postergar más su regreso. Además, estaba exhausta, al borde de las lágrimas; contempló ciegamente la panera y

los escurridores de todos los tamaños y pensó en los dedos de Nelvy y en la maleta azul, la caja de galletas y el saco de ovillos de lana, que todavía se encontraban en el *Salthammer*, y en lo que quedaba de camino.

Se estremeció, salió nuevamente, cerró la puerta y entregó la llave a la madre del lactante que comprendía cómo funcionaba el contrabando, le preguntó cuál era su nombre.

—Johanna...

Así, Johanna Matea Hætta, de diecinueve años, de los pinares del valle Tverrelvdalen, se convirtió en guardiana de las llaves y de la despensa de una opulenta casa de reverendo junto al mar; sacó un cordón de la falda, se ató la llave alrededor del cuello y siguió amamantando sin decir una palabra delante de Ingrid, que tuvo que apartar la mirada tanto de ella como del niño.

Dio una especie de abrazo a Sara y Ellen, dijo que jugaran con Nelvy y Gunvor, ordenó a Nelvy nuevamente que fuera a la escuela, oyó a Anja preguntarle qué le pasaba y se apresuró a salir a la nieve con la molesta sensación de haberse pasado de la raya; lo sentía en las articulaciones de las rodillas, en forma de un temblor.

Margot le dio toda la margarina y el azúcar que quiso y dijo que «tenía un aspecto sorprendentemente sano». A cambio de cupones y dinero. Pero Ingrid no respondió a las preguntas de cómo le había ido; salió de prisa y llevó la mercancía calle abajo a una velocidad creciente, se detuvo cuando apareció la luz de navegación y el puesto de vigía del *Salthammer* sobre el tejado de la Factoría, colocó un pie delante del otro sobre la nieve y el hielo, vigilante y rígida, con el peso imperativo de la palanca del carro contra la zona lumbar.

Habían retirado la embarcación hacia atrás, contra el borde del muelle; delante de la Factoría había atracado un pesquero local que estaba descargando mientras otros dos esperaban su turno, las miradas que la alcanzaron desde el muelle y la reconocieron, algunas manos saludando, algunos gritos; ella devolvió los saludos y bajó con mesura los doce peldaños hasta el muelle pequeño y empezó a gritar hacia la cubierta vacía del *Salthammer* diciendo que había venido a despedirse.

Ninguna reacción.

Volvió a gritar; oyó una risita disimulada en un punto más alto y descubrió a Magnus en la ventana de la caseta de navegación, su barba morena, el cabello, los ojos que miraban hacia fuera y arriba. La cubierta estaba recién lavada y resbaladiza, la lona había sido retirada del cañón, la vara para los secadores de bacalao había desaparecido y el motor estaba en

marcha.

Ingrid le dijo a voces que tuvieran un buen viaje hacia el norte.

Él respondió algo que ella no oyó. Gritó:

—¿Qué?

Dio un grito seco a través del ruido:

—Sus cosas.

La maleta y la caja de galletas en la caseta de cebos. Echó un vistazo a la caja de mercancías, la cargó rápidamente en la embarcación, dio una zancada para embarcar y echó a correr hacia la popa en el momento en que Ole soltó los cabos delanteros y Magnus aceleró de manera que la proa virase hacia fuera. Observó sin inmutarse que Ole volvía para soltar también el otro cabo; todo se repite, pero era su decisión, no lo hacía más fácil; finalmente tampoco era posible dar la vuelta, pero eso no era ningún alivio.

Ingrid subió los dos peldaños de la caseta de navegación y dijo que le guiaría.

—¿Hay aguas peligrosas?

—No. —Lo corrigió—: Un poco.

Él preguntó:

—¿No quieres ir a casa?

—No.

Después, con la mirada fija en aquellas aguas conocidas, le dijo que fuera con ella a la isla y durmiera allí esa noche, pero que antes tenía que lavarse. Él permaneció callado durante un largo rato y preguntó:

—¿Dónde?

—¡En un barreño!

Rio entre dientes y no dijeron nada más.

Él los llevó al noroeste de Oterholmen, el islote de la Nutria, y surcó a través de una armada de patos de flojel entre la punta norte y el puerto; murmuró algunas palabras de reconocimiento acerca del muelle, aquel armatoste de piedra rosada tallada a mano construido por manos forasteras en algún momento de la infancia de Ingrid, cuando también estaban en guerra. Ella dijo que, efectivamente, era un buen muelle.

Dejaron la embarcación en manos de Ole y su amigo, que había saboteado su existencia de refugiado para enrolarse en el *Salthammer* de por vida. Los hombres intercambiaron algunas palabras que Ingrid no oyó. Subieron hacia las casas oscuras, ella a la cabeza con la maleta y la lata de galletas, con la

mirada penetrando la profunda nieve como para buscar, una vez más, unas huellas que no existían; él cargaba con las mercancías y los ovillos de lana; entraron en la cocina fría e inerte, donde ella también consiguió conservar la ceguera.

Prendió los quinqués y él encendió la estufa mientras ella parpadeaba y no encontraba nada que temer. Cuando él ya no tuvo nada más que hacer, ella permaneció ante él hasta que ambos sintieron vergüenza y comenzó a desnudarlo, aunque la cocina todavía no se había calentado; hizo caso omiso de algunos comentarios jocosos acerca del barreño de cinc que había servido a los habitantes de Barrøy durante generaciones y lo lavó sin decir palabra mientras pensaba en Nelvy y el agua, el agua corriente, purificante, mitigante, agua fría, caliente, resbaladiza, húmeda, salada..., mientras pensaba en el jabón, que no hacía espuma, en el hedor y la suciedad, hasta que pudo olfatear a tientas sin sentir la más mínima señal de ser humano.

Él preguntó:

—¿Por qué haces esto?

Ella se desnudó de cintura para arriba y le mostró su espalda, le preguntó qué le parecían las cicatrices. Él repuso que parecían estar curándose bien. Ella cambió el agua, le habló de Nelvy y sus dedos y hasta empezó a «hablar» del agua, como si la incitara un solemne ritual de purificación, un ritual que debía repetirse para surtir efecto, mientras él se sentaba envuelto en una manta en la mecedora repitiendo su pregunta:

—¿Por qué haces esto?

—Porque tengo que hacerlo.

Lo condujo por las escaleras hasta la Sala Sur y yació con él sin decir nada más que no fuese volver a repetir la respuesta a su pregunta, y a su entender le hacía mejor persona el hecho de que la hubiese hecho hasta en tres ocasiones.

Cuando se quedó dormido, ella se levantó y bajó a la cocina para lavarse otra vez, ahora sin pensar; subió a la Sala Norte, se acostó en la cama fría y se durmió y no despertó hasta que se hubo ido la noche y un nuevo día invernal azotó los blancos cristales. Para entonces el *Salthammer* ya había abandonado Barrøy. Ingrid se preguntó dónde estaría el gato Koshka; comprendió que lo debía haber cogido el águila; al menos era un pensamiento que podía soportar. Luego volvió a dormirse.

# TERCERA PARTE

A finales del verano en que Ingrid cumplió diez años, su padre llevó a toda la familia a Nesholmen para comprar heno. Nesholmen estaba tan cerca de tierra firme que parecía que no fuese una isla. Fingieron irse de vacaciones, su madre lo llamó pícnic y tuvo que explicar lo que significaba. Se convirtió en una fecha señalada en un calendario con solo días negros.

—¿Pero dónde meteremos el heno?

—Llevamos dos botes.

Había sido el verano más lluvioso del que se tenía recuerdo. Pero a finales de agosto tuvo lugar una ola de calor tan brutal sobre la tierra y el mar que los pensamientos se ablandaron y se nublaron todas las vistas. La bruma colgaba sobre los prados negros, los pájaros callaban, el paisaje soltaba gemidos silenciosos y el mar estaba raso como un suelo recién barnizado.

Su madre estaba muy animada y parlanchina y preparó el baúl de Lofoten de su padre con comida, leche y ropa, que esperaban que no les hiciera falta. Embarcaron en la *færing* y llevaron la gabarra a rastras mientras se alternaban para remar, y se balancearon de pie sobre el bote, rieron e hicieron el idiota durante las horas que tardaron en llegar a Nesholmen, donde Hans Barrøy parlamentó con un matrimonio de ancianos que ya no tenían ganado, pero que seguían con la siega, para hacerse con heno del año anterior.

El granjero pregunta si quieren café.

Se lo toman en el prado. Comen y conversan mientras Ingrid y Lars juegan con el perro de la granja. Cargan el heno en la gabarra y lo amarran.

No obstante, no llaman a los niños cuando acaban, sino que se tienden en la arena apoyándose sobre los codos y contemplan el mar, hacia Barrøy, holgazanean.

Hans Barrøy recuerda que ha traído una botella, de la que primero beben los hombres y luego también las mujeres. Se preparan para bañarse, y resulta más fácil para un niño estar desnudo, por lo que el abuelo Martin tarda lo suyo; es el único que no sabe nadar. Consigue quitarse la ropa y permanece sentado como un pez blancuzco en la orilla, se levanta y camina lentamente

hacia las lenguas de agua que lamen la orilla, chapotea un poco y maldice a los insectos que lo incordian por la espalda, a los que no consigue alcanzar con sus inmensas manos bronceadas, hasta que los otros terminan de bañarse; entonces vuelve, se viste con ellos y se sientan otro rato.

El matrimonio de la granja ha estado observando sus movimientos y baja para unirse a ellos; ellos también llevan una botella.

Este es un dibujo infantil, lo verde es verde, lo azul, azul, apenas un erizo es rojo, pero lo amarillo es lo que se graba a fuego en la memoria y la arena blanca. Nesholmen quizá sea algo mayor que Barrøy y posiblemente albergue dos o tres unidades familiares, pero, a decir verdad, se parece tanto a ella como cualquier otra isla; la gente de Barrøy está entre iguales, es un día de revuelo, hasta que también se disuelve y deben regresar a casa.

Es Hans quien rema, con los lánguidos golpes de remo de un hombre satisfecho. Lleva un chaleco negro con una cadena de reloj, sin reloj, y una gorra de capitán, algo que su hermano no le deja ponerse en Lofoten. Después Barbro y Maria reman un rato. Lucen sus mejores galas, una va de amarillo, la otra de azul, como siempre, con los jerséis de punto sobre los hombros, y los remos son cucharas silenciosas en una salsa espesa. Las largas sombras de los botes se deslizan por las de las montañas y lo que arrastran consigo dormita silencioso entre ellos, tan silencioso que las voces se proyectan desde el bote hasta la gabarra y los niños y el viejo Martin, que se ha quedado dormido sobre el heno: Hans Barrøy es quien le dice a Maria que también deberían tener un hijo, una invitación juguetona de un hombre embriagado a una hermosa mujer. Maria responde que tienen a Lars, e Ingrid nota que Barbro sonrío hacia la rústica cubierta de madera. También nota que Lars no los oye, yace dormido en los brazos de su abuelo, y ella piensa que ha de matarlo.

Ingrid se incorpora bruscamente, las voces de la barca enmudecen, su madre se gira hacia ella y le pregunta si tiene frío. Ingrid dice que no. Se sonrían envueltas en una luz que se vuelve todavía más azul.

Las luces de las linternas se alzan en el mar y parecen torbellinos soporíferos, imágenes difusas y poco claras. Fue el primer temor que Ingrid sintió que surgió de ella misma, un veneno íntimo que ha conseguido ocultar, hasta que ahora se ve tendida boca arriba en la cama de sus padres en la Sala Sur, cubriéndose el rostro con las manos, presa de la misma angustia incesante; junto a ella, la puerta del trastero abierta de par en par, el edredón y la alfombrilla retirados, ahí no hay ningún cuaderno.

Se incorpora y contempla fijamente el vano de la puerta, después vuelve a tumbarse.

Ha cortado leña fina para hacer fuego con un hacha desafilada porque ella sola no es capaz de afilar a la vez que gira la manivela de la piedra, ha horneado pan y extrañado tener leche, ha fregado dormitorios en los que no duerme nadie, ha constatado que la cosecha de la bodega de las patatas ha sobrevivido a las heladas. Ha retirado la nieve acumulada entre las casas, aunque no tiene animales a su cuidado. Ha recorrido la isla como las agujas de un reloj, sin descubrir ningún cambio o lo que necesita recuperar para volver a sentirse entera de nuevo.

Cierra la puerta del trastero y permanece de pie en la habitación. Entonces entra en la siguiente, levanta los objetos y siente su peso entre las manos, una bacinilla, un plato, un cuadro que representa a una oveja, juguetea con un mantel bordado, abre un cajón y lo vuelve a cerrar con tanta lentitud que se detiene. Mira fijamente por la ventana hasta que las lágrimas nublan su visión y baja a la despensa, donde retira tres tarros de mermelada que han estallado por congelación, separa los cristales de las bayas, que desecha, y se lleva los cristales afuera, sabe dónde enterrarlos cuando llegue la primavera, entra en el establo y se sienta en la escalera, donde una vez vio agua sin saber lo que significaba.

Una embarcación con dos hombres y sus risas.

El bote era un *doris* y los hombres eran el policía rural Henriksen y el

teniente Hargel: Henriksen se levantó tambaleante y lanzó las amarras, pero no alcanzó el perno, la socarrona risa de desprecio de Hargel; Ingrid se metió en el agua, para remolcarlos hasta los gruesos troncos de madera del embarcadero, cuando Hargel se cayó hacia delante con un ruido sordo; ella lo vio caer y oyó cómo maldecía, un cuerpo que impacta contra la proa de un barco, más risas huecas, lejanas, también dentro...

Habían vuelto para hacer algunas averiguaciones, venían para interrogarla a raíz de una sospecha, habían venido para sacarle la verdad a palos si era necesario, y por algo más que ella no recuerda.

Ingrid se levanta de la escalera del establo y entra en casa a por más ropa, echa la gabarra al mar y rema por la parte exterior de Moltholmen, por hacer algo mientras en su interior continúa sin ocurrir nada, y tiene que confiar en que la carta amonestadora que escribió a Suzanne surta efecto, aquella carta que debería haber enviado a Lars, porque no puede estar sola, ahora menos que nunca; el sedal se desliza por el devanador y desaparece en el mar, vuelve a subir con el siguiente tirón y un abanico de gotas rocía las manoplas, el banco y la borda, pero no se convierten en hielo.

Ella las contempla impasible. Y descubre que no está acalorada por el trabajo, sino porque el viento ha virado, y lo hizo hace tiempo, pues la nieve ya estaba compacta cuando se fue hacia la caseta del embarcadero, y al sur se alza una torre en el cielo.

Rema a destajo para llevar la gabarra a puerto seguro, bloquea las puertas, sube la captura a casa y la prepara en la cocina, conserva las huevas y el hígado; hierve y come hasta que el bramido de la tempestad se vuelve insoportable.

Se acuesta en la cocina con la cabeza cubierta con un edredón, percibe que la casa tiembla y una porra de goma que parece una serpiente negra le golpea la sien, se alza de nuevo y la golpea en el oído y la otra mejilla, varios destellos blancos y un largo silencio que se transforma en un zumbido lejano de agua corriente, y no está limpia, es orina, y es la suya propia, el cálido hedor de ella misma, fosas nasales que se llenan de sangre...

Ellos habían encontrado el cuaderno de dibujo.

La lluvia azotaba el tejado y las paredes. Se levantó con arcadas y volvió a acostarse en la cocina, hasta que la isla se tornó una reluciente coraza de hielo

amarronado. Se levantó y salió al encuentro de las últimas ráfagas de viento; observó que el día se despejaba sobre las montañas, al este, el ojo podrido del sol sobre el horizonte, al sur, había llegado al final del camino; si Suzanne iba a volver algún día, tendría que ser ahora. Sin embargo, los días transcurrieron, y las noches; desaparecieron sin rastro, y fue Barbro la que llegó.

Barbro fue transportada a la isla a remo por Adolf de Malvika y su hijo Daniel. También llevaban un saco de harina, un cántaro de leche y un cordero crecido. Ingrid llevaba una hora observándolos sin pensar en nada, sin esperar nada.

Ahora vio a su tía franquear la borda de una zancada y vadear cojeando hasta la orilla, donde se arrodilló para besar la isla entre tremendos sollozos. Oyó las risas de Daniel y vio cómo Adolf jalaba la oveja sobre la borda y al agua. Ingrid se metió en el agua para arrastrarla hasta la orilla, donde empezó a sacudirse como un perro. Rio sin reírse, enderezó la espalda y los miró directamente mientras ellos le devolvían la mirada, como si la reconocieran, y ella dijo que se alegraba de verlos de nuevo; ¿qué fecha era?

Dijeron que era la segunda semana de febrero.

—Miércoles.

Informaron a Ingrid de que Barbro había pagado la oveja con dinero, y también la leche y la harina, pero que querían que les devolviera el cántaro.

Lo cargaron entre todos y vertieron su contenido en una de las tinas de Barrøy mientras Barbro cantaba, agitaba los brazos, lloraba exclamando «gloria celestial» y se comportaba de una manera tan extremadamente estúpida que Ingrid tuvo que apartar la vista.

Les preguntó si tenían hambre.

El padre y el hijo declinaron su oferta, habían traído comida para el camino, pero Adolf quiso intercambiar unas palabras con ella y pareció tener que reunir valor antes de ser capaz de verbalizar que guardaba su *færing* en la caseta del embarcadero de su casa; se preguntaba si quería que se lo devolviera, o quizá, más bien, cuándo.

Ingrid entrecerró los ojos y respondió que ella tampoco lo sabía. ¿Qué opinaba él?

—He pensado que tal vez todavía no —repuso Adolf.

Ingrid no se movió.

Adolf de Malvika había sido toda la vida el ancla de la isla en tierra firme;

ahora asintió pensativo varias veces y dijo que eso era lo que quería comentarle, o no, se sacó una hoja doblada del bolsillo del jersey y se la entregó. Ingrid leyó su propia letra, la petición de ayuda a todas las personas bondadosas para el hombre que jamás debía morir, así es como lo había expresado.

Se echó la trenza hacia atrás, ahora solo llevaba una, y miró al anciano como si hubiese invadido su isla por la fuerza. Él echó un vistazo inquieto a su hijo y dijo que solo quería que lo supiese.

—¿Que sepa el qué?

—Que todo va bien.

Hizo una reverencia para zanjar el asunto, embarcó de una zancada y murmuró algo sobre la vela a su hijo. Ingrid los empujó para apartarlos de la orilla y se quedó quieta hasta que hubieron izado la vela, hasta que se hubo llenado de viento y Adolf se hubo acomodado en la popa con la caña del timón debajo del brazo.

Barbro condujo a la oveja hasta el establo e Ingrid cargó con el saco de harina. Dejaron el cántaro de leche en la despensa y Barbro siguió llorando de felicidad mientras hablaba de su infernal experiencia en el hospital; la comida, las enfermeras, los médicos... Mientras Ingrid escuchaba los sonidos de otro ser humano desde la mecedora, sintió nostalgia por el gato Koshka, todavía con la hoja de papel entre las manos, y se preguntó por qué se la habría entregado a la primera persona con la que se cruzó.

¿Porque no la podía leer? ¿No confiaba en ella? ¿Cuántos motivos más podrían existir?

Barbro trajinó con las anillas del hornillo, tiró de la bomba de agua, ensució y sacó las vísceras de pescado que había en el barreño de la despensa; ¿estaba Ingrid tan chiflada que había empezado a preparar el pescado dentro de la casa?

Puso a cocer agua. Ingrid dobló la hoja y tuvo que decir algo, dijo que no tenían forraje para la oveja.

Barbro dijo que podía pastar la hierba vieja ahora que la nieve se había derretido en el prado; el verano pasado no habían segado, podían hacer un preparado de algas y cabezas de pescado cocidas, dejar que pastara ovas marinas, incluso podían «comprar» heno.

Además, tenían algo de paja en Gjesøya, dijo Ingrid, y Barbro se tomó un

breve descanso de su espectacular retorno a casa, frunció las cejas y dijo:

—Vaya si has cambiado.

—¿Sí...?

—Estás hasta guapa.

Ingrid quiso decir que siempre lo había sido, pero su tía permaneció con la misma pose torcida de cadera, estudiándola como a una sorpresa. Se acercó a ella, agarró su trenza para examinarla, la soltó y regresó a las cacerolas con un canturreo irritado y, en medio de toda la rabia que sentía, Ingrid recordó dónde había escondido el cuaderno de dibujo. Había subido apresurada para sacarlo del trastero tan pronto como descubrió a los hombres del barco, luego había rodeado la casa corriendo, presa del pánico, hasta encontrar un lugar menos seguro, como si fuera idiota: debajo del colchón de la cama del abuelo. Pero Barbro estaba delante de ella como un muro, con el cubo de patatas colgando de la última articulación de los dedos, luciendo todavía una molesta sonrisa.

Ingrid le arrancó el cubo y salió a la lluvia, abrió la puerta de la bodega y se arrodilló para dejar pasar la luz, recogió patatas como si fueran huevos en un nido y las apiló en círculos, las contó, y antes de entrar y dejar el cubo en la encimera junto a la pila estaba convencida; subió acto seguido a la alcoba de su abuelo y retiró las sábanas para comprobar si el cuaderno efectivamente estaba allí, y así era.

Lo apretó contra su pecho, abriéndolo acto seguido para contemplar las piñas y las conchas de sus días de escuela, la estrofa rusa que consistía en tres versos idénticos, y permaneció dando saltitos y meciéndose hasta convencerse de que era real antes de subir al desván para poner el cuaderno en el lugar que le correspondía, debajo de las sábanas del trastero, en la Sala Norte.

Cuando bajó, Barbro se hallaba al pie de la escalera con una mano apoyada en la cadera y le preguntó:

—¿Quién es el padre?

Ingrid bajó, la apartó, fue a la cocina y repitió algunas veces —parecido a un tartamudeo— que no era asunto de Barbro, el diablo en persona era el padre, se dio media vuelta y admitió, a regañadientes, algo sobre un ballenero de Reine. Barbro se mantuvo quieta y con aspecto de estar buscando un motivo para dudarle.

Quiso saber el nombre de aquel hombre.

Ingrid no respondió. Barbro asintió «como quieras», se dio la vuelta,

recogió un trozo de pescado del agua y se quedó allí hasta que Ingrid se acercó a ella y así pudieron admirar juntas el arcoíris de su carne blanca y unirse en la labor de encontrar el invisible punto de equilibrio entre pescado cocido y pasado. Barbro preguntó dónde lo había capturado. Ingrid le dijo que junto al islote del Bosque, Skogsholmen, si no se equivocaba; no lo recordaba bien.

—¿Con línea de mano?

—Sí...

Barbro la miró.

Ingrid preguntó si no deberían tirar el hígado y derretir mantequilla, ahora que disponían de doble cuota y Barbro había vuelto a casa con sus cupones; ¿podían celebrarlo?

Barbro dijo que quería hígado, que llevaba siglos sin comerlo, pero que podían usar la vajilla de porcelana y beber jugo de grosella.

Ingrid dijo que no les quedaba jugo de grosella.

Barbro dijo que era imposible, con todo lo que habían preparado y almacenado en verano.

Ingrid replicó que las botellas se habían congelado mientras ella estaba fuera.

Barbro le preguntó dónde había estado.

Ingrid respondió que trabajando, en la Factoría.

Barbro se giró para contemplarla y le preguntó si no había habido nadie en la isla durante el otoño. Ingrid dijo que no y percibió, con un alivio nauseabundo, que no solo había recuperado el cuaderno de dibujo, sino que se avecinaba una nueva oscuridad.

Salió y contempló largamente el agua que caía.

Cuando entró de nuevo, su tía había puesto la mesa.

Ingrid se secó, comieron sin intercambiar más palabras que los elogios de Barbro hacia la comida y su canto antes y después. Ingrid no comentó nada respecto a las canciones de su tía.

Luego se abrigaron, salieron y fueron a por una palanca y una cuerda con un anillo de hierro, llevaron la oveja al jardín más cercano, hincaron la palanca en la tierra, pasaron el anillo por encima y se quedaron hasta comprobar que el animal comenzaba a mordisquear la hierba amarrada. Entonces regresaron a casa.

Hicieron las tareas del hogar y bajaron nuevamente para cambiar la palanca de sitio. Barbro dijo que no era necesario amarrar a la oveja, no podía

ir a ninguna parte.

Ingrid repuso que así al menos no se tiraría al mar.

Se rieron.

Cuando se hizo de noche fueron a por la oveja para llevarla de vuelta al establo, donde le dieron un manojo de heno seco. Era la oveja más importante que habían tenido jamás; si no hubiese sido una oveja, la habrían tenido dentro de la casa.

En febrero el mar es turquesa y las islas, blancas como cumbres de montaña. Pero tienen franjas negras. El cielo es duro como el hielo e Ingrid no rema hacia el pueblo, sino que se dirige a Stangholmen, donde el vetusto Thomas le vende el heno que quiere. Se sienta en el borde de la cama de su esposa Inga, que está indispuesta, y habla la lengua de los isleños y bebe sucedáneo de café.

Inga también se da cuenta de las circunstancias de Ingrid, pero no pregunta si el niño tiene un padre. Ingrid le pregunta cómo lo puede saber si no se le nota. Inga sonríe. Le cuenta que también han aparecido cadáveres en la playa de Stangholmen, que recogieron los alemanes y el carguero. Sin embargo, ella tampoco sabe nada más del desastre, tampoco viene nada en los periódicos que Thomas trae de vez en cuando a casa.

Ingrid carga el heno en la gabarra y rema de vuelta a casa.

La semana siguiente vuelve por allí. Inga ya está recuperada y dice que otra vez ha logrado burlar a la muerte. Ayudan a Ingrid a cargar el heno en el bote y tampoco esta vez le preguntan si el niño tiene un padre. Pero después de que Thomas haya regresado a casa, Ingrid le pregunta a Inga cómo de prematuro puede llegar un niño al mundo. Inga declara que es una pregunta muy extraña, pero que dos de sus hijos fueron prematuros; uno de ellos nació hasta con dos meses de antelación, si es que ella hizo bien los cálculos.

—Y ella sí que estaba viva.

Así transcurre el mes de febrero, sin que Ingrid vuelva a remar hasta la Factoría. No obstante, Barbro lo hace.

Ese día Ingrid se queda un largo rato junto a la oveja, sospechando que su tía trama algo, y también con la esperanza de que surta algún efecto; «algo» debe surtir efecto alguna vez. Cuando Barbro regresa ya entrada la tarde, examina detenidamente su rostro, sin entrever más que que su tía seguramente haya estado conversando con Margot, algo que nunca cambia; ¿tenía Margot alguna noticia? le pregunta Ingrid.

—Y eso ¿qué iba a ser? —responde Barbro indiferente.

Ingrid pregunta si ha hablado con alguien más. Barbro dice que efectivamente, con el jefe de policía.

—¿Con Henriksen?

Barbro adopta un gesto misterioso; nunca parece más boba que cuando guarda un secreto. Ingrid dice que ya no es jefe de policía.

Barbro asiente.

Ingrid pregunta si ha visto soldados o vehículos militares.

Barbro ya no tiene aspecto de boba.

—Los alemanes están en el Fuerte —responde, y la informa de que Barrøy debe acoger a algunos de los refugiados de Finnmark, sobre eso le había hablado Henriksen; iría a verlas un día de estos para conseguir la firma de Ingrid, pues la isla le pertenecía a ella.

Ingrid dice que eso ya se verá y pregunta si Barbro no ha conseguido un gatito en casa de Jenny y Hanna. Barbro responde que se le ha olvidado.

Ingrid comenta que está muy olvidadiza últimamente, debe ser la edad, y sale para buscar algo que hacer; por ejemplo, puede ordenar el alpendre de los suecos, donde encuentra los restos de tantas vidas que ya no existen que le resulta descorazonador arrastrarlos por la nieve hasta la vieja caseta de Lofoten, que lleva tanto tiempo cerrada que también alberga solo restos de lo que ya no existe. A lo largo del día acaban siendo más. Pero ha surgido un nuevo orden en el alpendre de los suecos.

Regresa a la casa y se sienta en la cocina, contemplando a Barbro mientras prepara la comida. Después de comer, Barbro se dispone a atar redes. Ingrid se duerme en la mecedora y se despierta cuando su tía comienza a trastear con la estufa. Siente que se le ha ido cayendo la baba por el mentón. Barbro dice que duerma todo lo que pueda, su condición lo requiere. Ingrid cuenta cuántas vueltas ha tejido su tía en la tira de red, sube al desván y se acuesta, pero no puede dormir.

Henriksen no llegó como la última vez, en un carguero requisado acompañado de una tropa de soldados, sino solo, en su viejo y destartado pesquero; atracó en el muelle nuevo y apenas logró desembarcar.

Ingrid y Barbro lo vieron subir con esfuerzo a través de la nevasca. Barbro quiso salir en su ayuda, pero Ingrid la detuvo y dejó que llegase hasta el zaguán y llamase a la puerta antes de decir «pase» tan bajito como pudo.

Él entró, se quitó el gorro de piel y las manoplas, cerró la puerta y miró al vacío con dos ojos como bubones en un rostro hinchado y enrojecido, prácticamente derrumbado desde la última vez que lo vio; Ingrid estuvo a punto de pedirle que se sentara.

Barbro le pidió que tomara asiento y le ofreció café.

Él logró acomodarse en la silla más próxima, aceptó con un gemido y ni miró a Ingrid.

Le preguntó por qué venía solo, si eran hasta tres hombres en el comité de suministros.

Su gesto indicó que le parecía una pregunta maliciosa, contempló la nieve del alféizar de la ventana y no dijo nada hasta que el silencio se hizo insoportable, retorció su rígido cuerpo para cambiar de postura y murmuró de forma apenas audible que habían decidido que debían acoger a la familia lapona Hætta en Barrøy, una madre con cuatro hijos que se encontraban provisionalmente en la casa del reverendo, puesto que se dedicaban a romper los muebles, la vajilla, y el comité no podía responsabilizarse de aquello; la semana siguiente arribaría una nueva carga de refugiados; esta jodida guerra parecía no acabar nunca.

Ingrid rio inquieta y dijo que la familia Hætta debía permanecer donde estaba. Barbro, que tenía la cafetera en la mano, se giró y la miró con asombro.

—Pueden quedarse aquí, ¿no?

—No pueden quedarse aquí —gritó Ingrid a punto de perder la compostura.

—¿Por qué no?

—¡No tenemos dinero! Y tampoco comida.

Barbro negó con la cabeza y colocó unas tazas sobre la mesa, sirvió café y musitó algo incomprensible cuando volvió para dejar la cafetera en el hornillo con gran estruendo.

—Las niñas deben ir al colegio —dijo Ingrid con voz plana.

Henriksen sopló el café, buscó azúcar con la mirada, se resignó, lo vertió sobre el platillo y empezó a sorberlo, se limpió con el dorso de la mano y dijo que era el comité el que tomaba las decisiones; Ingrid no tenía más remedio que acatarlas.

—Pues no —protestó Ingrid.

La miró directamente por primera vez, pero meditó en lugar de estallar, e Ingrid no fue capaz de determinar si su dolorosa mirada expresaba la

penitencia de un hombre culpable o simplemente su avanzada edad o la guerra, como si Henriksen también se hubiese visto afectado por ella.

—Podemos acoger a los tres muchachos de Hammerfest —añadió—. A los Skarsvåg, los que están en Molandsvika.

Ahora Henriksen lució todavía más asombrado.

—Sabén manejarse en el mar —continuó—. Y pescar, conocen el oficio.

—Ellos también tendrán que ir al colegio.

Ingrid calló.

Henriksen bebió café y pareció haber ganado una batalla mayor; se inclinó hacia delante con un gemido importante y sacó un documento arrugado que puso sobre la mesa, entre los tres. Ingrid reconoció el impreso y leyó que el comité consideraba Barrøy un lugar plausible como residencia temporal para un número de evacuados de entre cinco y ocho personas..., mientras ella se preguntaba cómo podría sonsacarle —sin preguntar directamente— lo que realmente había ocurrido cuando vino con Hargel antes de Navidad, qué habían hecho con ella.

Henriksen admitió que quizá los tres muchachos no estuvieran todo lo bien que debían en Molandsvika, aunque quién diantres está bien en estos tiempos que corren.

Ingrid le preguntó qué tenían de malo los tiempos que corrían.

Él respondió a voces que nunca la había entendido, bruja gorda.

Ingrid le preguntó dónde estaba el teniente Hargel.

Henriksen respondió primero a su pregunta, en el Fuerte de la Isla Norte, antes de inquirir qué clase de pregunta era esa.

Ingrid le dijo que se fuera de allí de inmediato.

Barbro volvió a colocar la cafetera en el hornillo con gran estruendo. Henriksen se levantó y meneó la cabeza con tanta energía que pareció que quería deshacerse de ella, recogió las manoplas y la gorra y se marchó entre juramentos. Ingrid se quedó de pie gritando tras él hasta que pasó por delante de la ventana y vieron su oscura figura enfilarse hacia abajo por la nieve, pesada y laboriosa. Transcurrió mucho tiempo hasta que oyeron el lejano rumor del motor, unos latidos simples y duros, antes de que también desaparecieran.

Barbro consiguió que Ingrid se sentara en la mecedora antes de preguntarle si se había vuelto completamente loca. Ingrid sintió un gélido roce en el brazo y empezó a contarle lo que había ocurrido aquel invierno; notó que por cada palabra que salía de sus labios el suceso se tornaba peor de

lo que había sido, pero también diferente, como si fuese algo que concernía a otra persona que no era ella, y que había empezado a hablar sola, como hacen los isleños para no irse a pique, antes de que su voz se fuese apagando y todo desembocase en un largo silencio; también habían desaparecido los dos o tres días antes de que llegaran esos hombres, desde la noche en que él la abandonó hasta que ellos la encontraron; ella no sabía cuándo le había sobrevenido aquella oscuridad, si venía de él o de la añoranza de aquello que no podía desaparecer.

Algo había ocurrido en el rostro de Barbro mientras Ingrid hablaba, algo que Ingrid no había visto antes, pero que, sin embargo, había intuido que debía estar allí, puesto que no le sorprendió descubrirlo, como si Barbro también pudiese tener secretos y la capacidad de ocultarlos. Colocó una mano sobre el brazo de su tía y esta se la sacudió. También aquella noche Ingrid fue al establo y permaneció largo rato junto a la oveja.

A primera hora de la mañana siguiente, Barbro remó al pueblo sin decir ni una sola palabra como despedida, regresó por la tarde con mercancías; parecía la que siempre había sido, pero declaró exaltada que iban a volver al pueblo al cabo de dos días y a acompañar al hijo de Margot al Fuerte, donde él iba a recoger una balanza.

Ingrid jamás había oído cosa semejante.

—¿¡Una balanza!?

Sí, Barbro era una ingenua; Margot iba a hacer la matanza y quería recuperar la enorme balanza que había prestado a los alemanes...

—¿La matanza en esta época? —gritó Ingrid fuera de sí.

—Sí, no tiene forraje —gritó Barbro, obstinada, hacia el techo. Es que Ingrid no tenía intención de hacer nada hoy tampoco; ¿no iban a preparar pan fino?

Ingrid salió y consideró volver a remar hasta Stangholmen para conversar con Inga o halar redes. En cambio, comenzó a vomitar; contempló el vómito y se preguntó qué habría comido mientras hurgaba con los dedos en este, como si estuviera buscando un recuerdo perdido, hasta sentirse estúpida, y entró a lavarse y empezó a trabajar la masa con el rodillo, formando minuciosos círculos mientras le caían las lágrimas y ninguna de ellas decía nada.

—¿Vas a poder con esto? —le preguntó Barbro antes de irse a la cama.

—Claro que sí —respondió Ingrid.

Se levantaron antes del amanecer, le dieron pienso de vaca a la oveja y se echaron a remar. El hijo de Margot, Markus, no tenía suficiente edad como para conducir una camioneta, pero lo hacía de todas formas; transportaba toneles de arenque, sacos de harina, provisiones y personas al cuartel de la isla principal.

Ingrid y Barbro se sentaron sobre la plataforma de carga junto a Jenny y tres mujeres más que llevaban preparadas sus reclamaciones; una de ellas

quería presentar una queja con respecto al comité de Henriksen, otra quería pedir a los alemanes que le devolvieran el bote que habían requisado a su marido o al menos que se lo «prestasen» ahora, para la temporada de primavera. Ingrid no captó qué quería Jenny; estaba muda, en las manos de Barbro.

Un ejército de individuos vestidos de marrón y con las miradas vacías salieron a raudales por la puerta principal del cuartel cuando llegaron; eran prisioneros de guerra rusos que iban a trabajar en las carreteras. Cinco medios cilindros de chapas de hierro corrugado se extendían por los pantanos como arados gigantesco bajo la nieve virginal que se había ido derritiendo a lo largo de los caballetes del tejado. Delante del telégrafo había un todoterreno con la insignia de la Cruz Roja en el capó y las puertas que escupía humo gris al frío.

Markus esperó a que pasara la comitiva, salió y se puso a conversar con un soldado uniformado. Discutieron, señalaron y, al parecer, llegaron a un entendimiento. Markus volvió y gritó a las mujeres que se bajaran de la plataforma y lo siguieran.

Enfilaron una tras otra y se dirigieron a un enorme bloque de hielo que resultó ser un búnker de hormigón, donde Markus se detuvo delante de una puerta sin pintar, llamó dos veces y esperó a que un soldado raso asomara la cabeza para preguntarle en un noruego macarrónico qué era lo que querían. Markus dijo algo sobre la balanza, la romana —le habían prometido que se la podría llevar ese mismo día—, pero no dijo nada de las mujeres.

Jenny gritó que querían hablar con Hargel, Hargel es un buen tipo.

El soldado reflexionó un rato antes de dejarles entrar.

En el interior había electricidad, que provenía de un enorme generador de gasoil. Sin embargo, estaba tan oscuro que sus ojos tardaron en acostumbrarse al pasar de la nieve al artificial calor amarillento. En cada extremo había dos puertas abiertas, una fila de prisioneros encorvados entraba por una de ellas y pasaba por delante de una mesa con una máquina de escribir, armas de mano y cascos, un teléfono y pilas desordenadas de papeles. Al lado estaba la romana más grande que había en la isla, además del teniente Albert Emil Hargel y un soldado de la Cruz Roja. Sobre la balanza había cuatro soldados apiñados, con las rodillas afiladas contra el mentón. Hargel desplazó las pesas de la palanca, encontró el punto de equilibrio y

gritó:

—*¡Zweihundertviertig Kilo!*<sup>1</sup>

El soldado de la Cruz Roja anotó el número y lo dividió entre cuatro con una potente voz, recibiendo como respuesta:

—*Ja, ungefähr.*<sup>2</sup>

Acto seguido el teniente vio a Markus y señaló para que se acercase a él.

—Rusos gordos —dijo con una amplia sonrisa, y retiró las pesas hacia la izquierda, de manera que el platillo de la balanza impactó contra el suelo. Los prisioneros consiguieron levantarse y salieron tambaleándose en fila por la otra puerta. Llamaron a cuatro más y se apiñaron sobre el platillo de la balanza. Hargel repitió la operación con las pesas.

—*Zweihundertzweiundzwanzig.*<sup>3</sup>

Se inclinó hacia delante, dijo algo al soldado raso, que asintió, y se giró hacia Jenny, que era la primera de la fila, y preguntó qué era lo que se les ofrecía a las señoras.

La que quería recuperar la embarcación de su marido anunció su mensaje con una voz tan estridente que Ingrid tuvo que apartar la mirada. El soldado sonrió débilmente y tradujo.

Hargel dio la espalda al grupo y dijo:

—*Ja ja, nehmen Sie ruhig das Boot.*<sup>4</sup>

Acto seguido pareció recordar algo que lo irritaba, se giró y descubrió a Ingrid.

—*Ah, die Inselbewohnerin, geht es Ihnen besser?*<sup>5</sup>

El intérprete preguntó a Ingrid si estaba mejor, y ella respondió dos veces que todo iba bien y preguntó al intérprete —eludiendo la mirada de Hargel— si habían averiguado algo más acerca del cadáver de su henal.

El intérprete no la entendió, ella lo repitió; las palabras se le trabaron mientras Hargel los contemplaba con atención. El intérprete decidió llevar a cabo una traducción. Algo que llevó su tiempo. Hargel captó a dónde iba, negó con la cabeza y dijo:

—*Ne ne, auch Russe.*<sup>6</sup>

Asimismo, murmuró algo que el intérprete tradujo como que se trataba de un prisionero de guerra ruso, no de un oficial alemán, y a Ingrid le pareció que se iba acercando algo más, aunque no lo suficiente, y se quedó parada musitando algo sobre si también había alemanes a bordo.

—*An bord, wo?*<sup>7</sup>

—En el *Rigel*.

—*Ja sicher, viele.*<sup>8</sup>

—¿Cuántos? —intentó preguntar Ingrid en alemán.

—*Woher soll ich das wissen? Viele! Reicht das Ihnen nicht?*<sup>9</sup>

Ingrid se enderezó y preguntó por qué le habían pegado. El intérprete contestó irascible, por cuenta propia, que había pena de muerte por ocultar supervivientes del *Rigel*, fueran desertores, rusos o noruegos...

—¿Desertores...?

Barbro avanzó un paso y gritó:

—*Quiere saber si os la follasteis.*

Un suspiro recorrió la comitiva, el intérprete se sonrojó y pidió que mantuviera la boca cerrada. Barbro permaneció quieta. Repitió la frase y el intérprete volvió a dar su colérica orden mientras Hargel miraba interrogante del uno a la otra. El intérprete se giró hacia él y comenzó a susurrar, como si se tratase de una confesión. La cara de Hargel se iluminó y se dirigió a Ingrid.

—*Ah, Sie sind schwanger? Meinen herzlichen Glückwunsch.*<sup>10</sup>

Ingrid se quedó parada, oscilando. Luego empezó a reírse. La sonrisa de Hargel se convirtió en un gesto de preocupación, plegó las manos sobre el pecho; ¿quería algo más?

Ingrid dijo que no.

Él asintió y añadió frustrado:

—*Hübsche Frau, warum immer in den verdammten Lumpen?*<sup>11</sup>

El intérprete murmuró:

—Nada importante.

Y anunció a todos:

—Hagamos esto breve, esto es un cuartel, no un tribunal. ¿Usted?

La mujer que tenía una queja contra Henriksen gritó que el comité de suministros había llenado su casa de refugiados a los que ella ni podía alojar ni alimentar; tenía tres hijos pequeños y una madre anciana a los que mantener y su marido estaba en Lofoten.

La voz gutural y lejana de Hargel:

—*Du meine Güte.*<sup>12</sup>

Ingrid contempló los prisioneros mudos y demacrados que se apilaban sobre una balanza de carne, de cuatro en cuatro, a fin de documentar que no estaban muertos; oyó una clara cantidad de kilos alemanes dividida entre cuatro, percibió el olor a paja húmeda, sudor, gasoil, establo y arenques podridos mientras el invierno los atravesaba como una viga entre las puertas

abiertas. Hubo un intercambio de dinero y dos prisioneros se llevaron la balanza, la sacaron a la ventisca y la colocaron en la plataforma de carga del camión. Ingrid subió, se sentó junto a Barbro de espaldas a la cabina del conductor y colocó las manoplas sobre su vientre invisible.

Ingrid había estado aquí antes, con su padre, a caballo con un carruaje prestado, ella montada en el caballo y él en el carruaje, su voz: ¿había algo en la siguiente curva, estaba el camino despejado?

Ella era su puesto de vigía, con los dedos cerrados sobre las crines blancas y rígidas, los chirriantes varales y los chasquidos del azote de las correas sobre el lomo sudado del caballo, un verano que se disolvió en humo blanco cuando Barbro le gritó al oído que hacía un frío del carajo.

A través de un velo de nieve seca, Ingrid se vio a sí misma bajando hacia el *doris* en el embarcadero, apoyada como una res de matadero entre Hargel y Henriksen, sollozando y temblando, con una manta de lana sobre los hombros; la llevaron a través de aquel día de diciembre hasta la Factoría, donde avisaron a Jenny para embarcarla en el vapor la siguiente mañana, donde se hizo cargo de ella otra mujer; el calor húmedo de la cámara llena de humo, su primer encuentro con el médico Erik Falc Johannesen, que mantenía la cabeza en un extraño ángulo torcido y no le dedicó interés alguno hasta que ella no se despojó de tres capas de ropa y se negó a hablar.

¿Por qué no quería hablar?

Ingrid se preguntó si llevaba su propia ropa.

Entonces se dio cuenta de que la mujer que la había acompañado era Eva Sofie, que había bajado al sur a recoger a dos pacientes más: Eva Sofie la había cogido de la mano en la cámara del vapor, había dormido con ella en el camarote, la había alimentado con albóndigas de pescado en bechamel con curri y patatas de consistencia harinosa con piel roja, gruesas tostas, el olor a cebolla frita, el motor que vibraba en cada perno del casco de la embarcación... Eva Sofie había conocido a Ingrid cinco semanas, Ingrid la había conocido tres.

Quiso levantarse en la plataforma de carga, pero Barbro se lo impidió; e Ingrid recordó que Hargel y Henriksen discutían sobre si merecía la pena retenerla, ya que no hablaba, que al cabo de un rato Hargel se enfureció y golpeó a Henriksen en el pómulo con la porra negra; Hargel había sido el que la había salvado.

Ingrid preguntó a Jenny por qué no le había dado ropa en condiciones antes de embarcarla en el vapor antes de Navidad. Jenny sonrió.

—No había manera de quitarte la ropa que llevabas, ¿no te acuerdas?

Sí. Ingrid lo recordaba, pero...

—¿Era mía?

—Sí...

—¿Qué aspecto tenía?

—No muy allá, tenían que haberte dado una buena paliza...

Eva Sofie la acompañó por el puente de embarque cubierto de hielo en aquella ciudad extraña y dentro de un vehículo que la llevó al hospital, donde, junto a dos personas más que todavía no recordaba, la ingresaron bajo su verdadero nombre, que ella misma deletreó, y la condujeron a la ducha caliente y después entre sábanas blancas; eran Ada y Signy, las dos ancianas con el mismo pelo canoso; también ellas estaban afectadas por la guerra.

---

1 «¡Doscientos cuarenta kilos!». (*N. de las T.*)

2 «Sí, aproximadamente». (*N. de las T.*)

3 «Dosciento veintidós». (*N. de las T.*)

4 «Sí, sí, coja usted el bote con tranquilidad». (*N. de las T.*)

5 «Vaya, la isleña, ¿se encuentra usted mejor?». (*N. de las T.*)

6 «No, no, también rusos». (*N. de las T.*)

7 «A bordo, ¿dónde?». (*N. de las T.*)

8 «Sí, seguro, muchos». (*N. de las T.*)

9 «¿Cómo voy a saberlo? ¡Muchos! ¿No le basta con saber eso?». (*N. de las T.*)

10 «Ah, ¿está usted embarazada? Mis más sinceras felicidades». (*N. de las T.*)

11 «Hermosa, ¿por qué lleva siempre esos malditos harapos?». (*N. de las T.*)

12 «¡Cielos!». (*N. de las T.*)

Esperaron fuera de la tienda contemplando cómo Markus y dos tenderos trasladaban la balanza al interior. Las otras mujeres se despidieron y se fueron a sus respectivas casas. Ingrid se quedó mirando a su alrededor. Barbro la observó expectante. Ingrid dijo:

—Tengo que escribir una carta.

—¿Ah, sí...?

Subieron la cuesta hacia la casa del reverendo y se sacudieron mutuamente la nieve en el pasillo cuando la puerta de la cocina se abrió y Sara asomó la cabeza, reconoció a Ingrid y entró corriendo y dando voces.

La cocina estaba muy sucia; Ingrid exclamó «¡Dios mío!» y Barbro «diablos», y Anja se alegró de verlas y abrazó a Ingrid, escrutándola con la mirada, como para asegurarse de que estaba en sus cabales.

Ingrid se desprendió de ella y preguntó por Mikkel, que se había ocultado bajo la mesa negándose a salir, y Ante, a quien avistó a través de la puerta del salón, donde estaba sentado en el suelo con una taza de porcelana rota en la boca. Nelvy y Gunvor estaban sentadas en sus respectivas sillas, comiéndose las sobras de la cena con los dedos, Nelvy con el viejo gorro rojo encasquetado hasta las orejas y algunas greñas marrones sobresaliendo por dos agujeros.

Ingrid preguntó por qué no estaban en la escuela y le respondieron que el maestro estaba enfermo. Ingrid fulminó a Anja con la mirada, quien, a su vez, se encogió de hombros. Barbro se agachó para mirar a Mikkel y le preguntó qué hacía debajo de la mesa. El niño se tapó la cara con las manos. Entonces llegó Ellen corriendo y quiso subirse al regazo de Ingrid, que se había sentado sobre el cajón de la leña; le preguntó si tenía galletas.

—Tenéis comida —dijo Ingrid, señalando hacia los platos de la mesa; bajó a Ellen y dijo que la acompañara a escribir una carta, y entró al estudio, donde había dos camas preparadas en los sofás de cuero. Preguntó quién dormía allí. Sara apareció y dijo que eran ellas dos, que en el dormitorio hacía demasiado frío.

Ingrid les preguntó si sabían preparar café. Se cruzaron una mirada. Les dijo que fueran a pedirle a su madre que preparara café. Salieron corriendo. Ingrid se sentó tras el escritorio del reverendo, sacó papel, pluma y tinta y escribió «Querida Eva Sofie», que había llegado sana y salva a casa y que ahora se encontraba en situación de poder agradecerle todo lo que por fin recordaba; la comida en el vapor, las letras en la pared y la severa paciencia de Eva Sofie; ¿era cierto que habían viajado con Ada y Signy?

Tenía que saludarlas de su parte.

Y al médico Erik Falc.

Ingrid jamás se olvidaría de ninguno de ellos, ya no se olvidaba de las cosas, pero seguía preguntándose sobre la cuestión de la ropa, si era la suya, si estaba hecha trizas cuando Eva Sofie se hizo cargo de ella. Asimismo, aunque podía suponer que Hargel no era una persona violenta, los virulentos ojos de Henriksen se le aparecían constantemente.

Metió la carta en un sobre, buscó sellos, volvió a la cocina y se tomó el café de pie mientras conversaba con Barbro sobre el tiempo y sobre cuánto heno le habían dado a la oveja.

Decidieron quedarse en casa del reverendo aquella noche, e Ingrid bajó a la tienda de Margot con la carta.

Prepararon la cena y fregaron una habitación tras otra, con Anja, Johanna Matea y la otra madre lactante. Los dos hombres se habían marchado y dormían en la Factoría. Ingrid preguntó a Johanna Matea por qué no prendía la estufa en la alcoba de las niñas. Johanna Matea dijo que Henriksen le había dado órdenes de ahorrar leña. Ingrid dijo que el leñero estaba lleno y el depósito de coque no se había tocado en todo el invierno, que prendiera la estufa en todas las habitaciones.

Johanna Matea pareció insegura.

Ingrid dijo que si no hacía lo que le decía, le quitaría las llaves y la echaría de la casa. Johanna Matea dijo que de acuerdo, pero que las niñas llevaran el coque y prendieran la estufa ellas mismas, y que su hijo tenía un sarpullido; ¿quería Ingrid echarle un vistazo?

Ingrid vio un niño bien alimentado de mofletes sonrojados, de algo más de medio año de edad, le tomó el pulso, constató que no tenía fiebre y se lo pasó a Barbro. Barbro le pellizcó la mejilla, por lo que abrió los ojos y berreó, y dijo que si algo le pasaba era que estaba demasiado gordo.

Los niños rieron.

Johanna Matea no rio. A Ingrid se le ocurrió preguntar si Henriksen se pasaba a menudo por la casa. Johanna Matea no respondió nada de una manera que indicó que, efectivamente, venía a menudo. Ingrid le preguntó si la molestaba. Johanna Matea miró a su alrededor y siguió sin decir nada del modo más claro posible. Ingrid dijo que no debía aceptarlo. Johanna Matea dijo que para Ingrid era fácil decirlo. «No», respondió Ingrid, era un viejo verde al que ella no debía nada en absoluto; debía cerrar las dos puertas principales por las noches. Johanna Matea respondió que tenían prohibido cerrar con llave. Ingrid repitió su amenaza de echarla a patadas a la calle si no hacía lo que le decía. Johanna Matea parecía estar al borde de las lágrimas, pero cambió de idea. Tuvo que atender un asunto, y le dio la espalda a Ingrid.

Ingrid llevó a Nelvy al salón y preguntó si podía tocarle la cabeza. Pareció que Nelvy hubiera estado esperando que se lo pidiera y se quitó el gorro voluntariamente. Ingrid palpó los extraños bultos debajo del tupido cabello que le había crecido y que los hacía prácticamente invisibles y dijo que Nelvy tenía una cabeza bonita y que no era necesario que llevase gorro, al menos dentro de la casa. Nelvy le preguntó por qué no tenía una cabeza tan redonda como los demás niños. Ingrid dijo que no lo sabía, pero que una cabeza puede tener tanto bulto como quiera mientras uno deje que el pelo crezca y procure mantenerlo limpio para que no se le pudra y se le caiga debajo de un gorro sucio.

Nelvy reflexionó sobre sus palabras.

Ingrid le preguntó si le dolía.

Nelvy dijo que no.

Ingrid buscó un hilo de lana, ató un lazo alrededor de un mechón de pelo y dijo que Nelvy fuese a mirarse al espejo grande de la entrada. Nelvy fue, se miró al espejo y regresó. Ingrid le preguntó qué le parecía. Nelvy respondió que se veía guapa.

Volviéron juntas a la cocina e Ingrid le pidió a Barbro que cantara. Barbro se abochornó y dijo que nunca se lo pedía. Ingrid la miró con asombro. No, Barbro no quería cantar. Pero Sara exclamó «sí, sí» y los demás asintieron. Barbro les dio la espalda y cantó de tal forma que nadie supo qué hacer cuando terminó la canción. Johanna Matea miró a su alrededor con ojos exaltados y dijo que dieran palmas con las manos. Barbro cogió una toalla y dijo que no se molestaran. Aplaudieron de todas formas, Barbro se ruborizó y Nelvy no volvió a ponerse el gorro.

Recogieron las sábanas del estudio, fregaron también los dos cuartos donde habían dormido los hombres y pasaron la noche en la casa del reverendo.

A la mañana siguiente, Ingrid llevó a los niños a la escuela; le dijeron que era cierto que el maestro estaba enfermo y volvió entre risas para informar a Johanna Matea de que volvería cada semana a visitarlos, cuando inmediatamente se dio cuenta de que algo iba mal, algo que ella no podía ver, sino intuir, algo parecido a lo que había ocurrido en Barrøy aquel invierno, y le preguntó a Nelvy si quería irse con ella a la isla.

A Anja y a Johanna Matea les pareció una pregunta muy extraña; ¿el comité le había dado permiso a Ingrid?

Nelvy dijo que sí.

Surgió una pequeña discusión acerca de la distribución del contenido del talego que compartía con Gunvor, pero Ingrid dijo que en la isla había bastante ropa, incluso ropa de vestir; lo único que necesitaba era algo para mantener el calor durante el trayecto hasta la isla. Nelvy preguntó si no podía ir Gunvor también. Ingrid respondió que sí. Pero Gunvor dijo que quería quedarse con Sara y Nelvy no pareció tomárselo a mal.

Ingrid se preguntó si debía cogerla de la mano cuando bajaron para ir a comprar. Nelvy zanjó la cuestión cuando la cogió de la mano y tampoco la soltó cuando estuvieron frente al mostrador de Margot, que una vez concluida la transacción empezó a susurrar y hacer muecas, lo que hizo que Ingrid le pidiera que alzara la voz.

Margot puso más muecas y le pidió que la acompañara al almacén. Ingrid le dio la mano de Nelvy a Barbro y fue tras ella entre las estanterías. Margot le advirtió que debía gastar cuanto antes el dinero que ella, por algún motivo, sabía que el reverendo Malmberget le había devuelto, pues pronto sucedería algo; tenía la palabra de su hijo, que no solo entregaba mercancías en el Fuerte, sino que también disponía de una radio y, si todo se venía abajo, el dinero carecería de valor.

Ingrid vaciló.

Margot se abrazó los pechos presionándolos hacia arriba en un enorme arco y bufó que a lo largo de los años Ingrid siempre había ocasionado muchos líos, pero que tonta no era, ni mucho menos.

Ingrid pensó que, si no la estaba engañando, estaba recibiendo un buen consejo que no se merecía, sin conocer el motivo, y no tenía prisa por averiguarlo. Se dio media vuelta y salió de nuevo a la tienda con la voz de

Margot resonándole en los oídos:

—Se lo van a llevar todo, y recuerda, ¡yo no te he dicho nada!

Bajaron a la gabarra y remararon hacia la isla bajo una silenciosa nevada; recordó que una vez más se habían olvidado del gato y río, pues ahora tenían a Nelvy. Cuando llegaron, alimentaron a la oveja, instalaron a Nelvy en la habitación de Ingrid de cuando era niña y le mostraron su nueva ropa y sus cosas, empleando todo el día en ello, y al atardecer calaron redes, dos cadenas.

Marzo es el mes menos útil del año. El ser humano ve el sol ascender y se deja engañar por la luz, que solo hace más visible el invierno. Y abril es igual de capcioso y todavía más traicionero. Pero al menos llega el ostrero y arma su alboroto, surgen ruidos en el cielo y entre los escollos, se puede retirar una capa de pañuelos y calcetines, la enorme oveja se bambolea por los jardines marrones arrancando paja vieja mientras las neviscas siguen cayendo justo cuando la esperanza amenaza con sonsacar una sonrisa o dos al alma de los hombres; maldicen y tienen más frío ahora que en enero; sin embargo, se quitan otro pañuelo de la cabeza, «evocan» la primavera.

También ha aparecido pescado en el secadero, donde durante el invierno colgaban uniformes de prisionero. Los tres hermanos de Skarsvåg son los que lo han colgado allí, e Ingrid nota cómo el panorama habitual envuelve al antiguo sin suplantarlo, que eso también es un reloj, un transcurrir del tiempo que apunta hacia delante y puede ir en su favor.

Los hermanos llegan a principios de marzo y se hospedan en el alpendre de los suecos. Prenden su propia estufa, comen todas las comidas en la casa principal y reciben la ropa de los habitantes masculinos que ya no están. Pero, aunque se han criado junto a un mar todavía más bravo que el que gobiernan Ingrid y Barbro, son una mezcla de carpinteros y niños, y necesitan tiempo para ganar el dominio de las barcas y las artes y todo lo que distingue a Barrøy de lo que ellos conocen. Aguantan bien el mar, aprenden rápido y nunca tienen frío.

Ingrid los acompaña al principio y les indica dónde deben calar las redes y el palangre, que Barbro les enseña a remendar y cebar. Y el hermano mayor, Arne, el del ojo muerto, sabe cómo sacar lo que les queda de fuerzas a sus hermanos más pequeños; les dice que, si aguantan, un día los llevará de vuelta a Hammerfest.

Tanto Sverre como Helmer piensan que su casa está en Skarsvåg; Hammerfest no es más que la tumba de sus padres.

Sí, pero ¿recuerdan siquiera Skarsvåg?

Por supuesto.

¿Pero lo suficientemente bien?

Arne desempolva sus recuerdos, les habla de vecinos y familiares y de las montañas negras y escarpadas que en verano adquieren un pie verde. Sin embargo, constantemente le parece que encuentra poco apoyo, y entonces mira hacia donde está Ingrid, que dice que pueden quedarse en Barrøy todo el tiempo que quieran; ahora va a seguir el consejo de Margot y gastarse el resto del dinero en una pila de tablas de madera que lleva años al abrigo de la Factoría, esperando a convertirse en una prolongación hacia la fábrica de conservas, una prolongación que nunca llegará a producirse, si conoce bien al capataz. Le ha dado una respuesta negativa dos veces, pero Ingrid sabe que un día dirá que sí y que ese día se está acercando. Ella quiere reconstruir las casas de Karvika, transformar sus ruinas en hogares, ahuyentar la angustia y la superstición y, por fin, escribir aquella carta a su primo Lars en Lofoten y pedirle que vuelva, aquella carta que debió haber escrito hace tanto que ya ha olvidado de dónde venía su reticencia, la clase de olvido que incluso un hombre como Erik Falc sabe valorar; Ingrid empieza a atreverse, algo que también forma parte de rendirse.

Un día que hace buen tiempo ella y Arne reman hasta Malvika para ir a recoger la barca donde Adolf; en el camino de vuelta Arne le pregunta si él y sus hermanos recibirán un sueldo por el trabajo que realizan en Barrøy; en Molandsvika no les dieron un céntimo, a duras penas comida suficiente.

Ingrid toma nota de que ha tardado un mes en formular la pregunta. Se ríe y dice que, algún día, todos recibiremos la recompensa debida; este año van a vender el pescado cuanto antes, esperando acertar con el momento adecuado, pues ha estado en el almacén de Margot y ha observado que está repleto de mercancías, que probablemente tienen más valor que el dinero en los tiempos que corren.

Arne y sus hermanos obtendrán lo que merecen.

Luego irán a recoger huevos y también los venderán, y plumón, aunque este, como es habitual, no se venderá antes de que pasen un año o diez, preferiblemente en el momento en que le den por él tanto como vale. El padre de Ingrid sabía cuál era el precio de un edredón acabado, ahora Ingrid también lo sabe, y en esta tierra jamás ha habido menos correlación entre lo que cuesta una mercancía y lo que se le paga al que la produce.

Arne entiende esto.

Ingrid le pregunta qué piensa.

Arne rema con fuerza y no quiere entrar en detalles; lo envuelve una cierta ambigüedad, pero una cosa es segura: ellos regresarán a Finnmark.

Su ojo ya no es una luz roja de navegación, sino un trozo de cristal opaco que Ingrid ha aprendido a leer. Ella dice que en Finnmark no hay nada. Él dice que si es cierto lo que sostiene acerca del dinero, puede indicar que la guerra va a acabar pronto, y entonces se reconstruirá todo lo que ahora no es nada.

Ingrid declara que el fin de la guerra es más que nada una esperanza.

—Sí —dice Arne y sigue remando con brazos inmensos, e Ingrid se acuerda de preguntarle cuándo cumplen años sus hermanos. Él le pregunta para qué lo quiere saber.

—Por nada —responde Ingrid.

Antes de regresar a Barrøy también le da tiempo a preguntar si Arne quiere hacerse cargo de la reconstrucción de las casas de Karvika; al fin y al cabo, es carpintero; dice que también le pagará por ello.

Él pregunta:

—¿Con dinero que no vale nada?

Ingrid ríe.

Pero esta primavera no se reirá mucho, y nunca en voz alta, pues con Nelvy tienen a una criatura taciturna y enigmática en la casa. No solo se queda la primera semana. Es callada y ambigua aun cuando agarra a Ingrid de la mano y responde que no a las preguntas sobre si echa de menos a Gunvor. Ingrid no es capaz de enviarla de vuelta a casa del reverendo cuando la escuela comienza de nuevo, por el mismo motivo inexplicable que la hizo llevársela a Barrøy.

El cabello de Nelvy crece y se vuelve denso y hermoso. Deja que Ingrid se lo lave y peine, y que le haga pequeñas trenzas. Ya no lleva gorro, sino pañuelo. Sus labios son finos y los dientes, blancos y regulares de una manera hermosa, y tiene dos arcos azules alrededor de las aletas de la nariz que cada día se acentúan más, aunque Ingrid hace todo lo posible por ignorarlos.

Barbro dice que algo raro le pasa a la niña.

Ingrid dice que es como debe ser; en su fuero interno añade que «es exactamente como yo, ¿no lo ves, vieja estúpida?».

Ajustan, a su gusto, las agujas del reloj de pared reparado, lo ponen, por ejemplo, a las tres, y leen en los viejos libros escolares de Ingrid hasta las cuatro; escriben letras hasta las cinco y dibujan conchas, que según Ingrid es lo más bonito que hay en las islas; también las recogen, aunque, por extraño que parezca, no tienen valor alguno; de hecho, poco hay en la isla que tenga menos valor, algo que a Nelvy también le parece un misterio.

Come algo menos de lo que les hubiese gustado, pero dice que le gusta la comida de Barbro; repara las casetas nido de los patos de flojel y les echa una mano para atar las colas del pescado que los de Finnmark traen a tierra, lo evisceran y lo cuelgan. Lo hace mejor cuando alguien la ayuda. Y aunque hace progresos con los números, las letras y las palabras, a Ingrid le parece que responde a demasiadas preguntas —por ejemplo, si recuerda a sus padres o algo de la travesía desde Kirkenes a Hammerfest— con que quiere acostarse, aunque sea pleno día. E Ingrid nota que es una forma de pereza que no la enfurece, sino que la desalienta, en una época en la que no hay lugar para más desaliento, pues, aunque Ingrid soporta cada vez mejor los recuerdos que va recuperando, ha recibido una carta de Eva Sofie que cuenta que llevaba la ropa intacta cuando llegó, según recuerda ella, pero ¿quién recuerda esas cosas? No es una respuesta tan categórica como a Ingrid le hubiera gustado; y los arcos azules alrededor de las aletas de la nariz de Nelvy se van haciendo más pronunciados a lo largo de la primavera que no llega.

Ingrid se pregunta si debe traerla a dormir consigo a la Sala Norte, para poder vigilarla las veinticuatro horas del día, si debe llevarla a un médico, pero lo aplaza.

El pato de flojel anadea por la orilla, el gavión pone sus primeros huevos, que comprueban en cubos de agua antes de colocarlos en círculos sobre arena en barriles de madera, luego le siguen las gaviotas más pequeñas. A Nelvy le gusta esta labor, sentir el cálido huevo entre sus manos, e Ingrid le palpa cada vez más a menudo la cabeza para comprobar los bultos, para ver si van desapareciendo.

Nelvy dice un día que sus padres han muerto.

Ingrid no sabe qué contestar, le pregunta cómo puede saberlo y Nelvy sonrío débilmente. Preparan tres nuevas casetas nido para los patos de flojel con láminas de pizarra que juntan en la playa, al oeste, y cepillan para

limpiarlas; dos de ellas hacen de pared y una la colocan encima, a modo de tejado. Luego las cubren con turba y las llenan de hierba seca del año pasado; a la mañana siguiente encuentran a Nelvy sin vida en la cama.

Ingrid se tiende junto a ella, permanece tumbada hasta que está fría y no le presta ninguna atención a Barbro, que entra para sacarla de la cama y grita que apesta; la niña se ha abierto.

Ingrid ha experimentado esto antes, que no es posible vivir cuando alguien muere. Avanzada la noche se levanta, echa a todo el mundo, baja a Nelvy a la cocina y la lava, un cuerpo de niña sin bultos, y la viste con la ropa de domingo de su infancia. Arne y sus hermanos fabrican un ataúd durante la noche y colocan a Nelvy sobre dos caballetes en la caseta del embarcadero hasta que la entierran junto a los abuelos de Ingrid en el cementerio junto al mar, aunque no hay reverendo en el pueblo: lo oficia un viejo capitán de Finnmark.

Se llama Lukas Wara y pronuncia su sermón a través de la despiadada luz del sol que, por alguna razón, brilla aquel día, un sermón sobre la belleza de la misericordia y la maldición de la vida, y también tiene una especie de tos.

Consideran si en la cruz deben poner Nelvy Barrøy, pues resulta que Arvola no es su apellido, sino el de Gunvor; no aparece ningún apellido relacionado con Nelvy en los papeles de Henriksen. Tampoco consta ninguna fecha de nacimiento, por lo que también omiten el día de su muerte, de manera que solo pone «AQUÍ DESCANSA, EN TIERRA EXTRAÑA, NELVY» y el año.

También Nelvy murió por la guerra, de ello no cabe duda, y entre los que se han reunido en silencio alrededor del féretro predomina una gravedad abismal en lugar de lágrimas, a excepción de Helmer, que llora como un ser humano, él, que solía burlarse de Nelvy porque no sabía atar las colas de pescado. Pero también puede tener que ver con el hecho de que prácticamente tenían la misma edad y procedían de la misma tierra, una tierra que ya no existe, algo a lo que el capitán Wara también dedica algunas palabras; él es originario de la ciudad de Vadsø, junto al fiordo de Varanger, donde los finlandeses y los noruegos han convivido los unos junto a los otros durante un siglo; él mismo desciende de ambos pueblos, dice que únicamente conoce una palabra en griego y los demás se estremecen, pues se esperaban una en finés, pero, en cambio, tal vez sea la palabra más importante, *angelos*, que significa ‘ángel’, y concluye con que el oscuro recuerdo de una tierra perdida

acompañará ahora a Nelvy en el sepulcro y dentro del cielo. Los demás consuelan a Helmer, que se esconde tras sus hermanos y no quiere nada de eso. Arne dice que lo dejen en paz y reman de vuelta a Barrøy en dos botes.

La muerte de Nelvy es la clase de muerte que hace que los vivos no consigan ponerse en marcha de nuevo, aquellos que pensaban que ya se habían puesto en marcha, una muerte profunda y personal, distinta a todo lo que tienen con que comparar. Por lo tanto, se levantan tarde y deambulan sin realizar tarea alguna. También descuidan las comidas, pues Barbro también está afectada; comen migas y sobras como algo merecido y una vez más han perdido la esperanza, tanto en la primavera como en la paz.

Es en esta época cuando Ingrid descubre el dormir, un cuerpo que porta una nueva vida tendido entre las sábanas mientras sueña con algo que es soportable, mientras contempla imágenes relucientes y recuerdos, y tiene una curiosidad que incluso hace que sonría en sueños. Entonces se despierta y sigue igual de desesperada, y se sienta sobre el orinal y vuelve a acostarse, para continuar con los mismos sueños soportables, de aquella manera en que puede surgir el amor entre el sueño y la muerte.

Cuando Barbro vuelve en sí y pregunta si piensa dejar que todo se vaya a pique, Ingrid le vuelve la espalda en señal de desprecio y sigue durmiendo; no se deja mover hasta que un día Sverre entra a trochemoche en su habitación, con el rostro rojo y encendido, anunciando que la oveja ha tenido tres corderos, que todos están vivos y ninguno es carnero.

Ingrid, con los ojos cerrados, le dice que es un buen chico, pero que ahora debe salir, pues ella quiere levantarse y está desnuda. Él sigue igual de colorado y no sale. Ingrid se levanta, se viste con lentitud y baja con Sverre pisándole los talones; él no se parece a sus hermanos, sino que es parlanchín, despierto y alegre, como hecho para iluminar tanto al más joven como al más anciano y servirles de intérprete ante una visión mayor del mundo; tampoco se parece a ellos físicamente; es rubio y sus hermanos, morenos.

Ingrid inspecciona los corderos y habla con Barbro sobre las ubres de la oveja y su leche antes de dirigirse hacia el sur de la isla con un zumbido en los oídos y la luz del sol que no calienta, observa que hay nidos en las tres casetas de Nelvy, como también los hay en todas las demás; es una primavera

abundante.

Regresa y pregunta a Barbro si alguna vez han anidado en todas las casas. Barbro no se acuerda y tampoco se esfuerza por intentarlo, e Ingrid afirma que ella, por lo menos, no lo recuerda.

Come un poco más que la última vez que comió y dice que Sverre la va a llevar remando a Stangholmen, por lo que no acompañará a sus hermanos al mar. Arne dice que no han salido al mar en más de una semana. Ingrid insiste en que es hora de ponerse en marcha de nuevo. El rostro de Sverre se ilumina. Pero Ingrid no se sienta a su lado en el banco, sino detrás, en la popa, abrazándose la tripa con las manos, y sigue percibiendo el zumbido en sus oídos y no se percata ni de la luz del sol ni del refulgente mar, que llevan esperando tanto tiempo que ya los han olvidado.

También pregunta si Sverre quiere volver a Finnmark.

Tiene doce años y dice que sí.

En Stangholmen compra las dos ovejas que les quedan a Thomas e Inga y también los cuatro corderos que acaban de nacer, además de dos rollos de alambre para el tendedero de heno y su arado, que está casi nuevo. Les dice que deben gastar el dinero de inmediato. Thomas dice que ya lo sabe, él también ha visto el almacén de Margot; en breve llegará su hijo Atle a por ellos, para que puedan vivir lo que les queda de vida en algún lugar en tierra firme del que Ingrid jamás ha oído hablar, pero él se alegra de tener ocasión de estrecharle la mano antes de marcharse.

Ingrid también le estrecha la mano a Inga.

Sverre rema de vuelta a casa mientras Ingrid se pregunta, todavía con el zumbido en los oídos, si debería desnudarse en medio del mar en calma y ponerse de pie en la barca; es un pensamiento que la alcanza como un puño, pues justo en el momento de despedirse por última vez del matrimonio de ancianos sabe que su ruso también ha muerto; a Alexander, el joven ingeniero de Leningrado, lo han matado a palos y ella no volverá a verlo jamás.

Una de las ovejas se asusta con el grito que suelta y quiere saltar al mar, pero Ingrid la agarra del flequillo, le sostiene la cabeza sobre su regazo y no se abochorna al murmurar algunas palabras que la avergüenzan. Sverre no le presta atención y es bueno con los remos. Una vez en casa, Ingrid se pregunta por qué ha soportado también ese día.

Cuando regresan los hermanos del mar, Ingrid inspecciona la captura, escucha a Arne, que alega que necesitan cuatro redes nuevas, dice que le pidan a Barbro que se las prepare —ella tiene redes de sobra— y les pide que

remen hasta Stangholmen cuando acaben de destripar el pescado, para ir a buscar el arado que no les cupo a ella y a Sverre. A continuación sube a acostarse de nuevo, con el mismo zumbido en los oídos, y sueña algo soportable, sobre adversidades y fortuna, y una sonrisa confusa en un rostro que le resulta familiar, aunque no siempre es el mismo rostro, se desvanece y vuelve a aparecer, y el sueño ya no es un escondite.

Sin embargo, no se levanta.

Se queda despierta pudriéndose, hasta que una mañana hay una persona a la que no reconoce sentada sobre el borde de su cama; es Suzanne, y el sol descansa tan dorado en los travesaños de la ventana de la pared norte que debe estar anocheciendo, si es que no está amaneciendo y ella yace en el extremo equivocado de la casa, pero se incorpora y mira a su alrededor.

Suzanne es joven y notablemente hermosa, sin que pueda determinarse en qué consiste su belleza ni decir nada sensato sobre por qué llama tanto la atención; simplemente ha sido siempre así. Ahora parece cansada y preocupada, lleva el reluciente cabello rizado artificialmente y teñido del color del cáñamo, pintalabios en los labios y en uno de los dientes incisivos, que le sobresale un poco, y un vestido blanco con flores amarillas y ramas verdes de abeto bordadas. Ingrid le sonrío.

—¿Has vuelto?

Sí, Suzanne ha vuelto, y dice:

—Hitler está muerto.

Y hay otro ser insólito en la habitación, un niño de siete años, tal vez ocho, vestido de viaje y con calzado bajo y reluciente como el que llevan los confirmandos, tiene el cabello rubio y peinado y el mismo semblante preocupado que su madre.

—Este es Fredrik —dice Suzanne.

Ingrid sonrío a Fredrik y le dice:

—¿Cómo está el mozalbete?

Fredrik mira interrogante a su madre, pero Suzanne no se molesta en traducírselo. Ingrid oye golpes de martillo en la lejanía, mira por la ventana y pregunta qué es ese ruido.

—Los muchachos están construyendo una casa —responde Suzanne, y mira a su alrededor en el dormitorio en el que se crio durante los años en que Ingrid intentó ser una madre para ella y Suzanne, una hija.

—¿Han llegado los materiales? —pregunta Ingrid.

—Supongo que sí; por lo menos están carpinteando, en Karvika, de todos los sitios posibles.

Suzanne pone los ojos en blanco e Ingrid se levanta. Ahora no está desnuda como cuando Sverre la despertó y fue necesario. Se coloca un vestido sobre la enagua y tiene un aspecto bastante más apagado que Suzanne mientras bajan a la cocina, que Barbro domina nuevamente con plena energía. A esta se le ilumina la cara y cuenta que Suzanne no paraba de abrazarla y pellizcarle las mallas, ahora vuelve a hacerlo.

Ingrid no recibe ningún abrazo.

Suzanne ha estado trabajando en una centralita telefónica y sabe imitar dialectos, errores de dicción y voces, y dice que:

—Es comprensible que Ingrid haya estado encamada con la preocupante situación que hay por aquí.

Se sirve de palabras como «adorable», «vaya por Dios» y «pan integral», pero también puede —inspirada por el ambiente— cambiar al dialecto normal, y Barbro sirve café en tazas de porcelana polaca, que Suzanne reconoce con un sollozo y alza a la luz, mientras deja que otra arruga se retuerza en su hermosa frente y musita algo que no comprenden.

Ingrid dice que su madre, Zezenie, les regaló la vajilla cuando Suzanne llegó a la isla en su época, acompañada de su hermano Felix. La recién llegada no lo recuerda y deja la taza sobre la mesa, se levanta, dice que trae algunos regalos por su regreso a casa y abre una maleta que Ingrid no había visto. Cuatro kilos de café, algo que llama espátula y dos planchas aparecen sobre la mesa, una de ellas eléctrica, pues según recuerda no tienen plancha en Barrøy, y eso que solo hay mujeres, ja ja.

Ingrid dice que ni siquiera tienen electricidad en la isla principal, pero el cable es bonito; parece la driza de una vela de cuchillo. Suzanne dice que lo pueden cortar con unos alicates y colocar la plancha en la estufa, como las plancha antiguas, «así tendréis una cada una, Barbro e Ingrid». El mayor éxito resulta ser la espátula, una vez que Suzanne les ha mostrado cómo funciona.

Pero en medio del grato humor Suzanne se acerca una mano, con esmalte rojo en todas las uñas, al rostro y le dice a Ingrid que quiere ver la isla con el día tan bueno que hace; ha estado llena de añoranza y expectativas; ¿se podría quedar Fredrik con la tía Barbro mientras tanto?

Ingrid y Barbro cruzan miradas, el niño come galletas con mantequilla que

han traído los invitados de la ciudad, y no llegan ni hasta el patio antes de que Suzanne rompa a llorar a lágrima viva.

—¡Qué terrible es todo esto!

Ingrid la mira atónita.

—¡Qué horror! —dice de corazón—. No recordaba que fuese tan terrible...

Ingrid, sin embargo, jamás ha considerado la isla un reino mayor: resulta una conmoción ante sus ojos abiertos, no sabe si se debe a las sorprendentes palabras o si procede de su interior, como algo violento y repentino. Vuelve la espalda tanto a Suzanne como a su esmalte de uñas y camina sobre la colina hacia Karvika, donde ve a Arne, a Helmer y a Sverre colocando el último sillar en los cimientos de la casa principal. Todos llevan ropa de trabajo, monos remendados que pertenecieron a su padre y a su primo, y han usado los viejos agujeros en las piedras de los cimientos, que primero han desmontado por completo para luego montarlas de nuevo, de forma que todo quede a nivel y estable, pero con pernos nuevos; Arne mira interrogante a Ingrid cuando llega, también lo hacen sus hermanos. Ingrid ve que la hierba alrededor de las casas en ciernes está pisoteada y se ha convertido en sendas y veredas, que el terreno ha sido domado y estrenado por el hombre, que ya parece habitado, por lo que inclina la espalda, rodea el sillar con ambas manos y trata de levantarlo con todas sus fuerzas, pero no se mueve.

Y Barrøy no sigue siendo tan terrible por mucho tiempo; Suzanne despierta siendo ella misma solo tras dormir una noche en la Sala Sur, mientras que Fredrik duerme en la antigua habitación infantil de Ingrid, en la cama donde alguien murió hace poco, aunque eso no lo menciona nadie.

Resulta que, en su arcón de viaje, Suzanne lleva prendas más adecuadas para Barrøy y el mar y su gesto preocupado, del que de momento no ofrece ninguna explicación. Es una viva entre muertos, un ser dual, una refinada y elocuente dama de ciudad que dice «sencillamente» en un instante y, al siguiente, sabe inspeccionar las obras de Karvika empleando la terminología propia del lugar; sabe destripar pescado, remendar redes y esquilar ovejas, algo que deberían haber hecho hace tiempo: ahora meten la lana en sacos y hablan en voz baja, quitándole importancia a lo mucho o poco que pueden conseguir por ella, por no decir en qué divisa, o si lo mejor sería que la conservaran ellos mismos.

Suzanne opina que vale mucho mientras se huele los dedos, alza la mirada y llora un poquito, algo que los demás ignoran. También sonríen a escondidas cuando ella discute con el inútil de su hijo, Fredrik, un niño de ciudad que no sirve para nada y que necesita que le expliquen hasta qué es un pescado, una barca, un mar y un pato de flojel, temas que tampoco le interesan lo más mínimo. Pregunta sin cesar si no van a hacer algo que los demás no saben lo que es y muestra repugnancia sin reparo alguno, como en un teatro, cuando su madre lo obliga a sacar las vísceras a las capturas del día que acaban de traer a tierra los hermanos Skarsvåg, al mismo tiempo que los regaña por no haberlas eviscerado en el mar, algo que ignoran con amplias sonrisas socarronas.

Echan la captura en la cesta y la izan al muelle, no se trata de una captura pequeña; suben la escalerilla de desembarque y se quedan admirando el torpe manejo del cuchillo de Fredrik, ayudado por las instrucciones frustradas de su madre. Ingrid le dice a Suzanne que es igual de inútil que su hermano Felix cuando llegó allí, pero que eso ella no lo recuerda.

No, Suzanne no lo recuerda.

—¿Cómo ibas a recordarlo? —pregunta Ingrid entre risas—. Tenías tres años y ni siquiera sabías andar.

—De eso tampoco me acuerdo —dice Suzanne, e hinca el dedo en el esternón de Helmer y dice que, a partir de ese momento, será su tarea enseñar a su hijo.

Helmer mira a Arne. Arne asiente. Helmer coge el cuchillo y un bacalao de algo más de tres kilos, clava el dedo índice derecho en el ojo, presiona el pulgar debajo de la mandíbula y retuerce su blanco vientre, muestra a Fredrik que está degollado, aquí, para que pueda salir la sangre; es eso lo que hay que hacer en el mar, no el eviscerado en sí; clava la punta del cuchillo una pulgada al sur de la faringe y lo lleva directamente al orificio anal, de modo que las vísceras resbalan hacia fuera y quedan colgando de un fino hilo; corta el hueso a la altura de las branquias y parte el codo en el borde de la mesa de despiezado, realiza un par de cortes más, le arranca la cabeza, que echa a un lado, y alza la criatura al aire como un estandarte, introduce dos dedos en la parte superior del tajo y le arranca las vísceras de un tirón; pregunta a Ingrid si quiere el hígado, ella dice que no, que está rojo y es primavera, y Helmer explica a Fredrik que al pescado que se va a secar, como este, no se le debe abrir del todo la garganta; lo coloca junto a uno que tiene casi el mismo tamaño, ya eviscerado, sobre el banco, coge bramante y lo ata alrededor de las dos aletas caudales, girándolas rápidamente tres veces, y también alza el resultado al aire, e Ingrid dice que deberían haber dejado de secar hace tiempo; hace demasiado calor, pero no pueden despiezarlos.

—Te has olvidado de enjuagarlo —dice Suzanne.

Helmer se sonroja, echa las piezas atadas al balde de enjuague y las remueve algunas veces dentro del agua roja antes de volver a alzarlas ante las risas de todos. Fredrik también se ríe y mira interrogante a su madre, que dice:

—Ahora te toca a ti. Y enséñale también a cortar la lengua, hoy vamos a preparar lengua frita.

Pero nadie sabe hacerlo.

Por primera vez desde el invierno, Ingrid entra en el alpendre nuevo y contempla el cielo blanco a través del destruido techo de pizarra, observa que en el suelo de piedra no queda más rastro que el del agua limpia y húmeda, busca la caja que contiene la púa y la saca para que Suzanne pueda enseñar a los cuatro hombres jóvenes cómo se corta la lengua del bacalao.

Ingrid ríe impresionada.

—Ella es un fenómeno cortando.

Lo intentan uno tras otro, clavan las cabezas de bacalao en la púa, abren sus fauces e imitan el corte circular que Suzanne les ha mostrado, de manera que las lenguas quedan apiladas en el espetón. Cada uno lo consigue a su manera, incluso Fredrik, que recibe más instrucciones por parte de su madre porque vacila a la hora de introducir los dedos en los ojos del bacalao, lo que hace que las cabezas resbalen entre sus manos, pero también obtiene más elogios de los merecidos, pues procura hacerlo de forma meticulosa antes que con prisas y no se preocupa de conseguir ambas cosas, como hacen los chicos de Finnmark.

Ingrid los contempla hasta que acaban y se disponen a colgar. Ella ha rodeado el alpendre nuevo como si fuera una bomba sin estallar; ahora ha estado dentro, ha permanecido en el interior mirando a su alrededor sin percibir otro olor que no fuera el de pescado, mar y brea, y algas podridas, una podredumbre propia de aquel lugar, y su vista se ha mantenido en todo momento vacía, blanca e indiferente.

Pregunta a Arne si quiere reparar el tejado; tienen pizarra suficiente, también una escalera de tejado allí adelante, en la hierba, donde, por otro lado, no debería estar, pero el viento la habrá arrancado de los ganchos, y levanta la caja con las lenguas cuando Barbro grita hacia el secadero:

—¡Colgad en los salientes también!

Algo que Fredrik necesita que le traduzcan. Ingrid camina hacia la casa con la voz de su tía retumbándole en los oídos: «¡Hazlo con el bichero!».

Algo que no mejora la cosa, pero al menos se escuchan risas, e Ingrid se siente tan fuerte tras la exitosa visita al alpendre nuevo que puede meditar sobre los aspectos de Nelvy que no quieren abandonarla, que ningún ser humano ha vivido y muerto como Nelvy. Y mientras está en la cocina para empezar a preparar la cena al final de este día casi soportable —patatas y lenguas de bacalao fritas— se le ocurre que no llegó a conocer la vida de Nelvy, solo su muerte, y que es por este motivo por el que nunca desaparecerá, sino que volverá como una conmoción y un remordimiento despiadado y algo más importante que tiene que ver con la propia oscuridad que Ingrid alberga en su interior. Pero aquí, en la cocina, está sola y es invisible, incluso Barbro está fuera —puede oír la voz de su tía a través de la ventana que ha abierto para que salga el humo y entre la primavera—; reboza las lenguas en harina blanca y las fríe en margarina, colocándolas

parcialmente unas encima de las otras de manera que formen una espiral concéntrica perfecta, entonces las patatas también están cocidas.

Barrøy es una tierra silenciosa; los adultos no explican a los niños qué deben hacer, se lo muestran y los niños los imitan, y los habitantes de Finnmark son prácticamente como los de Barrøy, un pueblo de pocas palabras y con una gran sabiduría en las manos y en los pies, mientras que Fredrik pregunta por qué debe golpear con un martillo la broca de perforación, esa clase de preguntas que no tienen respuesta, hay que hacerlo sin más, así, de la misma manera que casi nada se consigue con letras.

Se rumorea que Fredrik ha tomado clases de piano, que es otro signo más de inadaptación, pero Barbro dice que el piano suena bien; ella ha escuchado un piano en el hospital y en la iglesia tienen un órgano, con teclas, y el hecho de que se trate de algo que se realiza con las manos contribuye a que Fredrik se libere más fácilmente de lo que merece. No obstante, al día siguiente entra corriendo empapado en la cocina y se arroja a los brazos de su madre.

—Cielos —dice Suzanne.

—Me ha pegado —berrea su hijo.

—¿Quién?

—¡Ese, ese!

Gesticula a ciegas hacia los chicos de Finnmark, que han llegado detrás de él y se han alineado en la cocina como hombres culpables; es Helmer quien le ha pegado, el hombre responsable de su formación, pero todos los hermanos participaron en tirarlo al mar, simplemente no quedaba otra salida, musita Arne.

Suzanne quiere abalanzarse sobre ellos, pero Ingrid interviene y pregunta por qué.

Ni siquiera Fredrik quiere decirlo; la hinchazón de su ojo no disminuye con el llanto y empieza a ponerse morado. Suzanne no se rinde y finalmente sale a la luz, a regañadientes, que Fredrik ha tirado sus herramientas al mar porque es un vago y no le da la gana de trabajar.

Fredrik grita que se le cayeron, tanto el martillo como los dos pernos, ¿o eran tres? Los muchachos de Finnmark se mantienen en silencio como si

fueran tres soldados ante un tribunal, hasta que Suzanne mira a su hijo, que por fin ha conseguido controlar los sollozos y la mira expectante, esperando su sentencia, y dice:

—Sabes nadar.

Barbro se ríe entre dientes sobre el barreño friegaplatos, los demás no mudan el gesto.

—¡Pero no sé bucear!

—Claro que sabes hacerlo.

—¡Hace frío!

—¡Qué va! Si has tirado las herramientas al mar, tendrás que ir a buscarlas, ven aquí.

Se lo lleva a rastras hacia fuera. Los demás los siguen por el cerro y mientras bajan hasta Karvika, Barbro también, la risa no la ha abandonado. Helmer señala una zona del agua junto a la roca pelada que sobresale, donde van a construir una de las escolleras para el nuevo embarcadero. Fredrik mira suplicante a su madre. Pero el sol brilla y no hay piedad. Se desliza hasta el cinturón de algas, pero no consigue meter más que los tobillos antes de empezar a chillar que está fría, fría...

Arne respira pesadamente y mira a Ingrid. Ingrid asiente. Él se quita las botas y se arranca la camisa, aparta a Fredrik, se tira al agua y desaparece, durante mucho rato.

Lo ven como a un pájaro blanco aleteando sobre el fondo verde hasta que desaparece del todo. Luego vuelve a salir, con el martillo, pero sin los pernos, se ase a la rugosa roca y no es capaz de hablar, con los labios azules; permanece temblando entre los racimos de algas y solo es fibra y músculos, como en un perfecto dibujo de anatomía de Leonardo da Vinci como los que cuelgan en todas las escuelas alrededor de la costa. Ingrid se ha traído una manta y lo cubre con ella, dice que se quite el pantalón también y que sus hermanos lo golpeen.

Se convierte en un juego y una pelea entre puños pequeños y grandes, hasta que Arne recupera la voz y les pide que se vayan al carajo. Se quedan contemplando cómo se seca; está desnudo debajo de la manta. Luego caminan de vuelta tras él, como en una procesión, por la senda que han marcado los de Finnmark en Karvika, un lugar que rara vez pisan los demás, les cuesta acostumbrarse a la idea, pero están en camino; comienzan a aceptar la idea de que hasta de una maldición puede salir algo bien alguna vez, y nadie se pierde cuando Suzanne llama a su hijo idiota.

Ingrid se detiene y la mira. Suzanne agacha la vista y dice:

—Bueno.

Sigue caminando llevando a rastras al niño. Todos oyen también lo que dice a continuación:

—Inepto.

Pero no saben qué significa.

Esa misma noche Arne acude a Ingrid, que ha ido a ver a los corderos en el jardín más al sur, y dice que hay una embarcación hundida en Karvika.

Ingrid lo mira. Luego le pregunta por qué se lo cuenta ahora y sin que lo escuchen los demás. Él se encoge de hombros.

—Tienes buena vista —dice ella.

Arne asiente; no le pasa nada al ojo que le queda, encontró el martillo, pero no los pernos. Ingrid dice que no importa y le pide que se siente sobre la hierba, mientras ella permanece de pie en caso de que alguien los esté observando desde las casas.

Él hace lo que le dice.

Ella le cuenta de qué tipo de embarcación se trata, de dónde venía y qué trajo consigo, y es capaz de hablar de ello sin que se le nublen los ojos, como en algunos momentos afortunados en el hospital o cuando se lo contó a Barbro, y de los datos importantes solo omite el amor, que en cualquier caso no es una palabra que suele usar ella, sino el médico, y al final le pide que no se lo cuente a nadie, que a nadie le incumbe.

Él asiente y parece entender que oculta algo, pero también acepta sin más el hecho de ser iniciado en un secreto a medias. Pero entonces a Ingrid le da la sensación de que su ojo cavila sobre si ha llegado el momento de preguntar si alguna vez ha estado casada o si tiene marido; su barriga ya ha alcanzado un tamaño considerable, como si eso tuviera algo que ver con la balsa al fondo de Karvika, por lo que Ingrid se gira y se encamina hacia las casas.

Algo ocurrió con la isla en el momento en que Arne ascendió del mar helado como un fauno, fue un tic en una maquinaria de reloj más grande que la que constantemente marcaba mal las horas en la pared de casa: la última nevada cae sobre la tierra, alcanza los brotes verdes y desaparece al cabo de pocos minutos; los botes embreados descansan con el pantoque al aire y se han de proteger del sol con lonas, la primavera ya no se asoma con disimulo, sino que se cierne repentinamente sobre ellos con despiadados pescozones en la nuca, como un verano.

Han levantado una pared, labran el patatal con el nuevo arado, arrastrado por Arne y Barbro, mientras los demás siembran brotes para la cosecha del otoño, espaldas inclinadas sobre tierra marrón y humeante, comen y beben al aire libre.

Fredrik lo hace lo mejor que puede, que todavía no es suficiente, Ingrid cuida de los patos de flojel y las ovejas, examina con gesto preocupado el bacalao seco por si tiene larvas y Armagedón, y Suzanne no duda en flirtear con Arne; le pregunta por qué solo tiene un ojo, si es para verla mejor en el vestido nuevo que lleva o si no le va a permitir que pronto le corte el largo cabello, pues parece una chica.

Ingrid, que es más comedida, tiene que alejarse, pero no lo suficiente como para no poder seguir la conversación desde su puesto de vigía en la loma sobre la bahía, Arne subido a la escalera junto a otra pared levantada, Suzanne desde el suelo, llamándolo bajo el sol, e Ingrid descubre por primera vez una sonrisa en el rostro del hermano mayor de los Skarsvåg, que, según sus propias palabras, cumple diecisiete la próxima semana; por fin ha respondido a su pregunta sobre cuándo cumplen años; Ingrid le da importancia a esas fechas, todo el mundo tiene derecho a tener un cumpleaños, ella ha anotado las fechas en su almanaque. Suzanne acaba de cumplir veintidós y Fredrik pronto tendrá siete, pero ya sabe leer, según su madre.

Pero, mientras cada uno realiza sus respectivas tareas maravillado por la

primavera, suena un inmenso estruendo en el cielo, una bocina de niebla del cuarto libro de Moisés; una montaña blanca y negra se desprende desde tierra firme y se desliza lentamente sobre el fiordo calmado; parece provenir de la Factoría, pero resulta ser el vapor, que tanto en tiempos normales como anormales mantiene su ruta marítima hacia el interior de la isla principal, un vapor sin rumbo fijo que lleva la bandera noruega izada, no solo en los mástiles, las chimeneas, la popa y la proa, sino también agitándose en todos los estayes como adornos navideños, y que continúa resonando hasta acallar tanto a las ovejas como a los pájaros, que se enfilan junto a los seres humanos sobre las rocas peladas para contemplar ese monstruoso buque que se va deslizando más cerca de Barrøy de lo que jamás ha osado una criatura semejante. A lo largo de las bordas se apiña la gente, que saluda con sombreros y gorros y brazos y rodillas como si estuviera burlándose de los lugareños; sobre el barco se alza un frenesí y un amanecer, es una distinguida borrachera flotante de gente que ha perdido el juicio; es el 10 de mayo.

Los habitantes de Barrøy permanecen rígidos y atónitos, y sienten que el espectáculo que han visto les deja una inmensa nostalgia cuando al fin se desvanece, aunque no saben lo que han visto, y no devuelven los saludos hasta que ha acabado y siguen saludando hasta sentirse estúpidos. Pero no cabe duda de que han presenciado una aparición, algo que levanta el humor a una isla entera y los torna febriles y parlanchines. Ingrid sale corriendo para ir a buscar el catalejo que a tantas miradas ha confundido y ve cómo el monstruoso buque se desliza hacia el horizonte y se convierte en un punto negro bajo una pálida luna.

En consecuencia, Barrøy ya no es taciturna e introvertida, todos hablan a la vez sobre algo que no han llegado a comprender, y Barbro grita que «van a matar un cordero y comer carne, diablos».

Todos gritan de alegría antes de que a Ingrid le dé tiempo a reaccionar, por lo que claudica; sacrifican al cordero, lo despiezan y siguen hablando todos a la vez mientras comen en el salón de visitas, como si tanto el invierno como la guerra hubiesen acabado y ahora viesan todo lo que ese hecho puede acarrear de posibilidades y cambios en el cielo y en la tierra.

Pero en el momento en que permanecen sentados y llenísimos esperando a que Suzanne sirva algo que llama postre, y que los demás llaman sopa, porque es sopa, una sopa roja con fécula de sagú y uvas pasas, la mirada de Ingrid se desliza sobre la pared, se detiene en un cuadro que representa un barco de vela que trajo su padre en una ocasión y rompe a llorar sin emitir ni

sollozos ni otro sonido, simplemente un torrente de agua silenciosa. Nadie entiende nada, ni ella misma, y Arne dice que Ingrid está pensando otra vez en Nelvy.

Suzanne coloca la sopera en la mesa y pregunta quién es Nelvy. Nadie responde.

Vuelve a preguntar, sirve la sopa y distribuye los platos alrededor de la mesa. Ingrid se levanta y coloca una mano sobre el hombro de Arne, como si fuera su hijo, y sale a una llovizna repentina y se sienta en el jardín de Pecho junto a la primera oveja, a la que ha llamado Lea, en honor a una mujer bíblica que siempre estuvo a la sombra de su hermana, pero que fue bendecida con bastantes más retoños que ella; entierra el rostro en lana húmeda hasta que vuelve a entrar, se seca y es capaz de sentarse con los demás, que siguen debatiendo el significado del buque de vapor; sus risas ni siquiera resultan forzadas.

Ingrid, sin embargo, sigue cavilando sobre lo que Arne dijo acerca de que estaba pensando en Nelvy, pues lo estaba haciendo, pero ante todo pensaba en el ingeniero de Leningrado, que ahora le parece que debería estar vivo; ese fue el hecho que la sacudió hasta los cimientos, junto a la vida que lleva dentro; ahora puede sentir sus pataditas y a partir de ahora no va a derramar ni una lágrima.

Ingrid deja que Arne la lleve remando hacia la Factoría, vacilante. Ella se sienta en el banco de popa con una manta sobre los hombros y abrazándose el vientre. Y es una travesía extraña, puesto que los habitantes de Barrøy no suelen remar a ninguna parte sin tener un determinado propósito con ello, pero ahora ni los que se quedan en casa ni los que reman saben cuál es el propósito del viaje. Los acompaña Fredrik, ya que Arne no quiere dejarlo solo con sus hermanos; no se marea, pero tampoco quiere remar.

En la Factoría les cuentan que la guerra ha acabado realmente y que es cierto que llegará una divisa nueva; el mundo está resurgiendo de sus cenizas, una vez más. El capataz también es nuevo, un hombre joven del interior con un cabello liso y alborotado y con unos ojos demasiado grandes, si no es que el rostro es demasiado pequeño; dice que traigan lo que tengan de huevos, pescado y plumón; es más importante que nunca mantener todo en marcha.

¿Y los precios?

Algunas cosas nunca cambian.

Los alemanes se han recogido y los ingleses liberadores han tirado los cañones y materiales pesados al mar para que los noruegos los compren nuevos en Inglaterra una vez que recobren el tino. Además, tampoco se ve a los ingleses por ninguna parte. Son los noruegos, las mujeres, los hombres y los niños los que salen a borbotones de sus casas y lucen blancos y recién lavados bajo la luz del sol. Hay una subasta en el viejo cuartel; se venden remanentes alemanes, objetos varios, malolientes armarios roperos y muebles de oficina destartados con los cajones llenos de bolitas de naftalina, puntas de plumas y sellos con el águila imperial, lámparas de pie, sillones y ropa que no sirve para nada. También se han encargado de las ruedas de goma de las cureñas de los cañones del Fuerte; se pueden cortar en trozos adecuados y convertirlas en suelas de zapato. Y por no hablar de todos los caballos, los mismos caballos que los alemanes requisaron a su llegada, ahora cinco años más viejos y consumidos por el espanto de la guerra, que permanecen mirando de soslayo desde detrás de sus cabestros. Pero sus antiguos dueños

los reconocen y resulta que incluso tienen nombres noruegos, nombres que los despiertan lentamente de su letargo a medida que los pronuncian y ofrecen un precio por ellos, tanto por necesidad como por cuestiones sentimentales.

Ingrid lleva un vestido que le ha regalado Suzanne y que le sienta bien de una manera que no la hace parecer extraña, ni a sus ojos ni a los ajenos, y también se pregunta si va a comprar un caballo, por un dinero que no tiene, pero la detiene el barullo civil: es un circo pacífico, todos rostros que reconoce, con semblantes cautos, nuevos y emocionados. Anja se ha mudado de la casa del reverendo, con los cuatro niños además de Gunvor, a la amplia casa de uno de los capitanes de pesquero del pueblo, un hombre que Ingrid reconoce de sus días de escuela, que no ha conseguido casarse, pero que, al parecer, podría conseguirlo ahora; lleva un sombrero de ala grande en la cabeza y a Ante cogido de la mano, y se ha puesto a repartir azúcar cande en bolsitas marrones a toda la pandilla. Anja susurra a Ingrid que su marido seguramente no se recupere, lo tiene por escrito, aquí.

Entrega una carta a Ingrid y esta reconoce la letra del médico Erik Falc, y recuerda algo que enseguida vuelve a olvidar, porque los niños ya no son tímidos, le estrechan la mano y parecen bien vestidos y alimentados, hijos de la paz, llenos de alboroto, y en cuanto se dispone a preguntar a Gunvor algo que tiene que ver con Nelvy, y Arne la mira directamente, como siempre, pues casi se ha convertido en su guardián, y Fredrik no consigue apartar la mirada de los caballos, Ingrid toma una decisión que la ha tenido inquieta desde que le sobrevinieran aquellas extrañas sensaciones sobre la vida y la muerte del ingeniero.

Abandona el jaleo y comienza a subir a zancadas la blanca carretera de la hondonada que hay encima de la casa del reverendo, con los dos chicos detrás, y entra en una casa pintada de rojo que pertenece al que solía ser el cacique del pueblo, un hombre grande y voluminoso.

Nadie contesta cuando llama a la puerta, pero un carraspeo en los confines de su memoria la impulsa a abrirla y entrar, para descubrir un hogar descompuesto, un hogar sin una mujer, y a un hombre tendido sobre la mesa de la cocina entre platos y tazas sucias, en lo que probablemente alguna vez fue algo digno de exhibir; el hombre parece querer quedar enterrado y murmura con la misma resignación que cuando ella arribó con el *Salthammer* ese invierno:

—Eres tú.

Su pésima condición la tranquiliza y la anima a sentarse, mientras que Arne y Fredrik permanecen de pie, buscando dónde fijar la mirada. Pregunta si Henriksen todavía conserva los papeles de su cargo como presidente del comité de suministros.

Él niega categóricamente y la sigue mirando hasta que se desvanece toda esperanza, realiza un indolente intento de levantarse y gesticula hacia una cómoda enterrada bajo jerséis y monos de trabajo. Ingrid se levanta y aparta la ropa, saca primero un cajón, oye un «no» irritado, abre el siguiente y descubre un especie de fichero con cinco columnas, el último orden que queda.

Él le dice que busque, que le importa un carajo.

Ella va revisando letra por letra y encuentra algo que parece una postal sin sello, con el nombre Jadviga de Mehamn escrito con mano temblorosa. Ningún dato sobre apellido, fecha o lugar de nacimiento, anterior lugar de residencia o edad; solo que se encuentra evacuada en casa de la familia Abelsen en Finnmark, junto a dos chicos jóvenes que Ingrid recuerda de la cocina del *Salthammer*, y también el capitán que enterró a Nelvy, Lukas Wara; todos figuran en la misma ficha; solo los chicos tienen fecha de nacimiento: están en mitad de la adolescencia y no son hermanos.

Ingrid sabe que los Abelsen viven en el extremo sur de la isla principal; no obstante, lo pregunta para escuchar por última vez esa voz que ya no pinta nada. Henriksen dice «qué diablos» e Ingrid, que lleva más de medio año deseándolo muerto y maltratado, decide que ya está muerto, o tan dolorido que casi inspira compasión, por lo que se mete la ficha debajo del vestido y sale apresuradamente.

Henriksen grita tras ellos cuando se marchan que ha salvado su vida; ella tiene que declarar a su favor...

Ingrid baja de nuevo al pueblo, pasa por delante de la subasta y entra en la tienda, donde Margot no está, pero uno de sus tenderos le cuenta que a Markus el del Coche —que se ha convertido en el apodo de su hijo este último año— se lo han llevado, y por el tono parece que para siempre, por lo que si Ingrid quiere que alguien la lleve, tendrá que ir en el vehículo de la central lechera, que es más bien un tractor; Ingrid sigue sin contarle a Arne lo que busca, él tampoco le pregunta y a Fredrik ni le importa, pero pregunta si no pueden comprar golosinas; hay tarros de cristal con caramelos y chocolate.

Ingrid dice que no.

Luego se detiene y pregunta si alguna vez ha comido chocolate.

Él responde que sí, muchas veces.

Ella le pregunta cuándo.

Fredrik parece quedarse buscando una respuesta que a ella le satisfaga e Ingrid deja pasar el asunto.

Jakob Abelsen de Finnvika es anciano, viudo y ha pescado tanto con el abuelo de Ingrid como con su padre, y los recuerda tan bien a ellos y a los bancos de peces que no puede evitar hablar de ellos en el momento de verla. En su bien administrada factoría —con hasta seis arrendatarios— vive una criada de mediana edad que parece tener intención de convertirse en la señora de la casa o que ya lo es. Los dos muchachos de Finnmark están sembrando patatas en un terreno recién labrado y han colocado a Jadviga en una mecedora a la luz del sol que entra por una amplia ventana en el salón de visitas, donde duerme plácidamente con la boca abierta y se despierta cuando la criada coloca una mano sobre su rodilla diciendo que tiene visita; les pregunta si quieren café.

Ingrid dice que sí.

Jadviga se toma su tiempo para despejarse y el café está servido antes de que a Ingrid le dé tiempo a sacar una hoja para colocarla en su regazo, la hoja del cuaderno de dibujo con tres versos idénticos en una estrofa. Jadviga la mantiene a una buena distancia de sus ojos, que entrecierra, y sonrío con una pila de arrugas blancas.

—Dice «te amo».

Una uña rugosa y roma desciende sobre los renglones y dice:

—Nueve veces.

—¿Lo mismo? —pregunta Ingrid—. ¿Nueve veces?

Jadviga cuenta y dice que, efectivamente, nueve veces; coge la taza y la contempla antes de llevársela despacio a los labios.

Ingrid pregunta:

—¿Nada más, ni un nombre, una dirección...?

—No.

Los cristales están recién limpiados y transparentes como el agua, puede ver a una gran distancia, una sábana blanca atraviesa su mirada, los prados están verdes y ondulan bajo la brisa veraniega, más allá se extiende hacia fuera el mismo mar y desaparece en el momento en que él escribe los

idénticos renglones nueve veces sin decirle lo que ella realmente quiere saber, encima con una cálida sonrisa.

Una nueva sábana atraviesa su mirada y sus dedos tiemblan en el momento de plegar la hoja y agitarla hacia la ventana, como si hubiera alguien allí fuera. Jadviga bebe café y la mira con calma.

Ingrid coloca una mano sobre su rodilla y le da las gracias, emerge al calor veraniego y tiene que darse una vuelta alrededor de la casa, pasa por delante de una piedra de afilar y una pila de leña y un chamizo de turba, una pala clavada en la tierra, con una marca en el mango, y en el patio no solo están Arne y Fredrik y los dos muchachos riéndose de alguna cosa, sino también el anciano Abelsen, con la pipa en la boca y escuchando al capitán Lukas Wara, que se encuentra en medio de un discurso sobre que quiere volver a casa.

Ingrid se apresura a acercarse a ellos y dice que las autoridades —también las nuevas— les han prohibido regresar; ella ha visto el aviso en la tienda. Wara refunfuña y dice que le importa un carajo, él regresará a casa, aunque sea a pie; la distancia no puede ser mayor que un par de cientos de kilómetros.

Los demás se ríen. Pero el capitán por fin ha recibido una carta fiable, y hasta un tercio de su ciudad ha sobrevivido; entre los supervivientes está su pequeño establo, puede dormir allí mientras reconstruye la casa principal; es verano, hay luz día y noche.

Jakob ríe entre dientes y se saca la pipa de la boca.

—Debería quedarse aquí, es usted demasiado viejo.

—Aquí estoy de prestado.

—¿Ah, sí? ¿No le gusta la comida?

—¿De qué están cotorreando? —pregunta a voces la criada, que se ha asomado al umbral.

—No le convence la comida —grita Jakob.

Ella grita algo que no oyen como respuesta y entra dando un portazo. Jakob deja de sonreír y le dice que Wara no tiene a nadie que lo espere en su hogar.

Wara parece estar a punto de desinflarse, pero repite que es una vergüenza andar por allí deambulando en tierras de un hombre extraño cuando uno tiene la suya propia.

—Ah, váyase al carajo —dice Jakob girándose hacia los jóvenes—. ¿No tenéis patatas que sembrar?

Ingrid dice que tienen que marcharse. Jakob los acompaña hasta la

carretera y sigue hablando del mar y de los años en Lofoten, unos recuerdos para los que ella no tiene sitio. Tampoco se permite preguntar sobre el naufragio, como si tampoco hubiera cabida para ello, y cuando ya están subidos en el remolque del tractor, a Fredrik también empieza a soltársele la lengua, como si la paz también le hubiera afectado a él; pregunta dónde está Finnmark, y Skarsvåg.

Arne responde y Fredrik le pregunta sobre los incendios y la guerra. No, solo quedan cenizas, y Fredrik muestra interés mientras las respuestas que suelta Arne se van volviendo cada vez más lentas. Cuando bajan hacia la Factoría, ni siquiera han hecho la compra, a Ingrid se le ha olvidado, por lo que vuelven a subir para hacerla y la dejan a fiar, y cuando bajan por segunda vez, Arne anuncia que pronto se acabarán los materiales para la construcción nueva.

Ingrid se había estado esperando otra cosa y dice que lo sabe.

—Tres paredes —dice Arne, una de ellas con revestimiento de madera y parhileras; ¿qué ha pensado hacer?

Ella dice que no lo sabe, depende de él.

Él le pregunta a qué se refiere.

—Queréis marcharos, ¿no?

Él dice que está claro lo que él quiere, pero suena todo el rato como que fuera ella quien decide. E Ingrid calla.

De camino a la isla Fredrik sigue hablando, ahora de su propio padre, al que nunca han mentado ni él ni Suzanne; aparentemente está vivo y trabaja en una tienda, vendiendo algo que Fredrik no es capaz de explicar, pero sale a la luz que rara vez o nunca lo ven.

Arne pregunta por qué.

Fredrik dice que su padre está ocupado. Arne dice:

—¿Eso qué es?

Fredrik dice que tiene algo importante que hacer. Arne no saca nada en claro de esa afirmación tampoco y Fredrik empieza a defender al padre ausente, que entiende que ha caído en desgracia, hasta que también apareció un padrastro, que es alemán, se llama Armin y al que tampoco ven mucho.

—¿Armin? —pregunta Arne.

Fredrik se retuerce en el banco y no encuentra ningún puerto en el que refugiarse, aunque Ingrid afirma que Armin seguramente es un buen hombre.

Fredrik contempla suplicante a Arne, que se inclina sobre los remos de manera que le cruje la espalda, y pregunta si no es hora de que el pianista

aprenda a remar.

Pues sí, Fredrik está dispuesto a remar.

Se sienta junto a él y reman de forma descompensada y sin decir palabra a través de la llovizna que de repente cae sobre el desgredado mar mientras Ingrid vigila lo que ocurre entre los dos, cuenta dinero y clasifica recuerdos, para evadir algo que está a punto de invadirla.

Cuando consiguen varar la barca, Arne le dice a Fredrik que sí, sí, ha sobrevivido otro día más, y coloca las mercancías en una caja de madera que se echa al hombro antes de empezar a subir.

Ingrid le agarra la mano a Fredrik y le dice que le irá bien en Barrøy, pero que no debe seguir pensando en esos padres suyos y tampoco hablar de ellos. Fredrik declara que, efectivamente, es una isla bonita. Ingrid dice en voz alta que la paz no es muy diferente a la guerra y va derecha a la Sala Norte, donde vuelve a sacar la hoja de las nueve frases repetidas porque la quiere quemar.

¿Pero qué hace entonces en la Sala Norte, donde no hay estufa?

Se encuentra en la Sala Norte porque necesita estar sola cuando lo vuelve a leer, y no baja en lo que queda de día, sino que permanece tendida bajo el edredón y de nuevo sabe que él ha muerto, lo percibe en su propio cuerpo, un gran entumecimiento junto a uno más pequeño, un alambre de acero que vibra a través de toda su existencia.

Pero más tarde vuelve a levantarse y se acerca a la ventana, donde contempla los prados y el mar hacia Oterholmen y, de repente, piensa que debe estar vivo a pesar de todo, vivo o muerto, que no puede morir, todo dependiendo de dónde se encuentre en aquel dormitorio por el que deambula hasta bien entrada la noche y del que ahora sabe que jamás se va a marchar, independientemente de lo fuertes que sean las heladas el próximo invierno. Suzanne se quedará en la Sala Sur.

La paz también trae de vuelta al reverendo Malmberget. Nadie sabe dónde ha estado, pero pertenece tanto a este lugar que nadie le pregunta, es tan vetusto que lo único que queda de él es la voz.

A cambio, esta retumba en la habitación una vez que sus dos hijos lo han subido al podio del altar y lo han sentado en un sillón delante de un micrófono y un altavoz alemán desechado. El vulgo opina que suena como un discurso de Londres en una radio prohibida y está a punto de aplaudir. Y él nuevamente centra su atención en una cuestión que le ha causado confusión desde siempre y que ha sido un ingrediente en cada sermón que ha redactado: ¿es grande o pequeño el hombre?

Por primera vez ellos entienden a qué se refiere, pues él ha llegado a una conclusión: el hombre es grande.

Durante unos instantes se preguntan si el reverendo se ha vuelto trivial por la guerra, pero justifica su respuesta con unas palabras conmovedoras sobre hallarse impedidos por el mal tiempo y ser perseverantes, un granito de arena y tenacidad, lo que jamás puede perderse; al final también incluye algunas palabras sobre la resurrección y la ascensión de Jesucristo, a pesar de que no es ni Pascua ni Pentecostés, sino el primer domingo después de San Juan, el día de San Juan, desgastadas parábolas sobre sal, arrecifes e islas que vuelven de repente, son sanadas y vuelven a lucir relucientes, como si estuviesen talladas en piedra.

Exclama como conclusión sublime que:

Muchos de ustedes seguramente estén al tanto del desarrollo de las diferentes unidades del frente que hay repartidas por el mundo; y desde esta perspectiva se puede decir que los que estamos aquí, en los confines grises del mundo, somos afortunados, por muy absurdo que suene; tal vez no sea una obviedad, pero, por favor, mediten sobre ello, y veremos si así se despiertan ante el sermón de un hombre sabio, no el mío, sino el del Señor.

Un murmullo solemne se alza en el interior de la iglesia, hay un importante número de asistentes, casi cada superviviente de la guerra ha

regresado. Ingrid vuelve a ver tanto a Nelly, que ha pasado el invierno en Havstein, como a su familia, conocidos de sus días de escuela; a Jenny y a Hanna, las de los gatos, y sobre todo a Anja, que ha abandonado junto a todos sus hijos al capitán y tiene un pasaje para irse al norte con el vapor de la costa, no va a regresar a casa, sino que viajará a un campo de reagrupación familiar para reunirse con su marido. Parece algo afligida, pero ya no se encuentra en aquella edad arrasada por la guerra, una edad indeterminada entre los veinte y los sesenta, sino que más bien luce los veintinueve años que figuran en los papeles de Henriksen, e Ingrid dice que jamás los olvidará, a ellos tampoco; tienen que escribirle.

Anja le pregunta cómo está ella.

Ingrid la mira, dice que todavía no lo sabe y reposa una mano sobre la cabeza de Sara.

Ingrid ha pedido tener unas palabras con el reverendo. Sus hijos lo llevan por la nave central de la iglesia, lo introducen en el sidecar de una moto alemana que han adquirido en la subasta y lo empujan a través del cementerio, para que el encuentro sea tan privado como Ingrid lo requiere.

Ella confiesa a Johannes Malmberget que está embarazada, como si él no lo hubiese podido notar, ahora que lleva ropa ligera de verano, y dice que sobre este niño no debe recaer ninguna culpa y el reverendo tiene que ser el principal garante de que así sea.

Él lo hace con un simple gesto de la mano y tampoco pregunta por el padre. Ingrid añade por si acaso que fue un hombre de la resistencia que se ocultó en las islas.

—¿Está vivo? —pregunta Johannes Malmberget.

Ingrid asiente. Y el reverendo vacila; hay tantos niños sin padre aquí, esto no es una tierra agrícola donde los hombres están a salvo encerrados a cal y canto con sus esposas e hijos todo el año; Ingrid debe alegrarse por ese regalo, esa nueva vida; ¿ha pensado en cómo se va a llamar su hijo?

—Alexander.

El reverendo declara que no es un nombre muy común por esos lares. Ingrid está de acuerdo.

—¿Y si es una niña?

—Kaja.

—Sí, sí, así se llamaba tu abuela.

Él promete mantenerse con vida para bautizar a su hijo.

Además, él también tiene un cometido; introduce una mano temblorosa en el interior del chaleco y saca una cartera que, acto seguido, le ofrece. Ingrid retrocede. Declara en voz alta que la coja. Pero ella ya no tiene diecinueve años y menciona la carta que mandó al hospital, con dinero, aquella carta odiosa cuyo significado ella recuerda, y dice que finalmente quiere una explicación sobre aquella extraña relación entre él y su padre, y la conversación se estanca.

Johannes Malmberget tampoco es que pueda pedir socorro a gritos, por lo que se quedan contemplando las tumbas, nombres conocidos y desconocidos sobre lápidas y cruces, las flores silvestres y los exuberantes prados que se unen con el mar, la hierba ya está crecida y las mejillas de Ingrid se han encendido, pero repite su pregunta.

Él dice sin mirarla a los ojos que en su anterior vida pidió prestado dinero al banco del pueblo, aquella diminuta y destartalada caja de ahorros, para ayudar a uno de sus numerosos hijos, que no tenía una buena reputación, admite; ahora está muerto, con la granja de Barrøy como aval, por la que le pagó a su padre unos céntimos, porque esta carecía de cargos.

—¿Aval para un préstamo?

—Sí, algo así.

—Un reverendo tiene sus propios bienes inmuebles, ¿no? —pregunta Ingrid.

Sí, sí que los tiene, pero... también estaban hipotecados; le entregó la mitad de lo que le debía en el hospital y ahora el resto; ¿entiende Ingrid lo que le está diciendo?

Ingrid responde que no, pero que puede aceptar el dinero como un préstamo.

—¿Un préstamo?

—Sí.

—El dinero es tuyo.

—¿Es viejo o nuevo?

Él ríe sin alegría y le pregunta si ella desea que se muera pronto.

Ingrid responde preguntando si «esa» fue su esperanza con respecto a su padre, y el reverendo parece tanto infeliz como furioso y murmura que el dinero al menos sirve para usarlo en la tienda de Margot, que su hijo ha vuelto, por cierto, aclamado como un buen patriota y hombre de la resistencia.

Ingrid se mete la cartera debajo de la chaqueta de punto y se dispone a decirle que, por lo menos, ha llegado en el momento adecuado, pero entonces recuerda que realmente no lo ha hecho, llega tarde, como siempre.

Johannes Malmberget contempla a la gente que se ha congregado en el exterior de la iglesia, en grupos vestidos de negro, las voces bajas junto al templo que se alzarán a medida que se alejen y se transformarán en risas frívolas en cuanto la distancia sea suficiente. Levanta un brazo para llamar a sus hijos, pero no lo ven. Ingrid los tiene que llamar a voces, y acuden corriendo mientras el viejo dice que ha sido hermoso escuchar a Barbro hoy, qué voz tiene.

—Pero ¿sigue sin saberse las letras?

—Sí.

—Bueno, pues.

Ingrid se apresura a acercarse a los demás, que se preguntan qué tenía que hablar con el reverendo. Ella todavía no lo tiene claro, les dice algo sobre el bautizo.

Pero de vuelta en Barrøy, esa misma noche, Ingrid se lleva a Barbro hacia el sur a través de los jardines y le habla del dinero, ya lo ha contado, la cantidad es exactamente la misma que la que le fue entregada en el hospital, aquella que se ha gastado en materiales para Karvika, en ovejas y en víveres y un arado, y muchas otras cosas más, pero no desvela la cantidad; en cambio, pregunta a su tía si piensa que es posible que Suzanne haya venido para ocultarse.

La pregunta coge a Barbro por sorpresa.

Ingrid pregunta si Fredrik le ha hablado de su padre, se pasa el día pegado a sus faldas, por no mencionar al padrastro, ¿o a un tío?

Barbro niega y murmura que Suzanne tampoco le ha dicho nada.

Ingrid dice que es alemán.

Barbro pregunta quién es alemán.

El padrastro.

Barbro sigue confusa.

—Tenía catorce cuando se marchó —dice, ambigua.

—Hay paz —proclama Ingrid en voz alta.

—Eso te lo creerás tú —dice Barbro irascible y pregunta si eso quiere decir que tendrán que volver a instalar la estúpida linterna, el faro.

Ingrid pone los ojos en blanco y dice, para tranquilizarla, que también ha llegado el momento de escribir la carta.

¿Qué carta?

La carta para Lars; en invierno nos quedaremos solas, tres mujeres y un niño que pronto comenzará la escuela.

Barbro dice que los de Finnmark están aquí, pero acto seguido adopta el gesto atontado que siempre pone a Ingrid en alerta.

Dice que quizá consigan retener a los de Finnmark hasta acabar la siega, si tienen suerte; ¿sobre qué está cavilando Barbro?

Barbro ha de confesar algo decisivo: la carta ya se ha escrito.

—¿Cómo?!

Sí, Suzanne la redactó bajo la supervisión de Barbro, incluso ella dictó algunas palabras; también se ha enviado, no a Lars, sino a Felix, pues llevan muchos años remando juntos, y si alguien puede convencer a Lars de que viaje hacia el sur, ese es Felix; Arne la envió hace varias semanas.

—¿Que Arne ha hecho qué?

Barbro se gira, gesticula con las manos y se lamenta a gritos, sobre tréboles húmedos y botones de oro, de que está cansadísima de las quejas de Ingrid, y balancea los puños junto a los muslos como mazos oscilantes cuando sube a zancadas por la hierba que le llega hasta las rodillas.

Ingrid espera a que haya entrado por la puerta del zaguán, toma aliento y camina con pasos lentos hacia los peñascos del oeste, sigue las rocas peladas hacia el norte, pasando por delante del perno y las redes que ya no están, y llega al alpendre de los suecos, donde los hermanos Skarsvåg han clavado un gancho de hierro en un poste para enseñar a Fredrik a preparar las boyas de los palangres.

Ingrid tiene la sensación de estar interrumpiendo algo, el rostro hinchado y aniñado de Fredrik y su ingenua mirada, que sigue sin pertenecer a este lugar; Helmer y Sverre, que se contienen, los tres sentados en sus respectivas cestas de palangre, descansando los codos sobre las rodillas y jugueteando con los dedos como si carecieran de una plegaria. Fredrik sostiene una piedra entre sus diminutas manos e intenta colocar el plomo del palangre; él también la mira interrogante.

Ingrid se lleva a Arne detrás del alpendre, introduce dos dedos en el bolsillo de la pechera de su camisa recién lavada y tira de él, como para acercárselo; luego lo aleja de ella de nuevo con un empujón y le pregunta si pueden quedarse en Barrøy hasta que termine la siega.

Él la mira con su ojo y también extiende la mano, desliza las yemas de los dedos sobre su antebrazo, hace fresco ahora que es de noche y el rocío reluce sobre la piel y el cabello; dice que no sabe lo que quieren sus hermanos, llevan mucho tiempo sin hablar de Finnmark, han empezado a olvidar, siguen siendo unos niños.

Ingrid le pregunta qué quiere él, necesita una respuesta clara ahora mismo.

Él retira la mano y dice que tampoco lo sabe.

Ingrid le dice que sí, lo sabe.

Él asiente.

Le da la espalda y camina algunos pasos, se vuelve y dice que puede subir con ella a la Sala Norte esta noche, pero no se para a comprobar si la ha entendido. Llama a Fredrik y sube con él hasta la casa, le dice a Barbro que ha sido una buena idea enviar aquella carta a Felix, ojalá consiga convencer a Lars, por Dios, y le pega una bofetada a Suzanne. Suzanne pregunta a qué viene eso, pero parece reflexionar aún más sobre si es merecido. Ingrid recoge agua y sube sin cenar, se asea y se acuesta con los temblores del invierno pasado, con el mismo frío, pero no el mismo calor.

Arne sube descalzo y de forma sigilosa por las escaleras y entra con ella cuando el cielo se halla en su momento más tenue y todos duermen. Ella le pide que tenga cuidado y que se ponga detrás para no lastimar al niño. Él es impaciente y feroz, y no dura mucho. Ella le dice que no puede dormir allí, en esta habitación no, pero que espera que se queden hasta después de la siega, hasta que también hayan acabado de segar los pantanos de las islas. Él dice algo, pero ella no lo oye, suena como un sollozo, y no lo mira. Él rodea su vientre con las manos, son cálidas y recias, como una cáscara rota alrededor de un huevo inmenso. Cuando desaparece con tanto sigilo como llegó, ella añora sus manos, pero enseguida se queda dormida y no sueña nada.

Aquel verano la siega no transcurre como todos los años; la tierra ha estado sin cuidar durante los dos años que han pasado desde que Barbro e Ingrid segaron por última vez, y en aquella ocasión lo hicieron de manera bastante superficial comparado con años anteriores, cuando también estaban solas e intentaban mantener las tradiciones de la época de los hombres contratando mano de obra en Havstein, que no poseía la misma devoción.

Ahora la segadora se halla fuera de uso, oxidándose entre las cercas de piedra, y la guadaña se atasca entre matas y hierba vieja, provocando más juramentos que segazón, y tienen que cortar la hierba a media altura. Ingrid no es capaz de presenciárselo y decide dar el paso de vender plumón en una época del año en la que no se debe vender plumón, es una ruptura de sus tradiciones, pero no quiere tocar el dinero del reverendo, pues no sabe qué significa.

No solo vende los dos kilos que proceden de las aves de ese mismo año, sino también dos de los sacos viejos que guardan en el henal. Entonces acude al eterno Adolf, que envía no solo uno, sino dos caballos a Barrøy. Él no viene en persona, sino que envía a su hijo Daniel, quien no desperdicia la ocasión de proclamar a los habitantes de Barrøy que su isla es una nave hundiéndose, semejante miseria... Daniel dice —al ver el heno guillotinado que sobresale del tendedero y se eriza como paja que se lleva cualquier mínima ráfaga de viento, y tienen que volver a rastrillarlo y colgarlo en el tendedero— que no pueden volver a arar todos los jardines, pero que puede traer una especie de grada, además de una apisonadora con dientes de hierro, que arranque la vieja suciedad que luego tendrán que retirar manualmente, junto a las piedras, y apilar la porquería en un montón más o menos en el hoyo que hay ahí, más adelante, y esperar que algún día brote un árbol de él, ja, ja, ja.

Una vez que han guardado el heno en el henal y retirado las estacas y los alambres, emprenden esta labor que jamás ha sido realizada en Barrøy antes. Y Daniel no solo ve lo que hay, sino también lo que podría haber; es un

hombre risueño, temerario y visionario de veinticinco años que trabaja día y noche a cambio de una considerable recompensa, que Ingrid le ha prometido en secreto. Pero cuando propone que avisen a tres jóvenes que conoce en Havstein, Ingrid dice que mejor intente traerse a los dos adolescentes evacuados de Finnmark que están con los Abelsen en Finnvika, que seguramente se alegrarán de deshacerse de ellos ahora que tienen la cosecha a buen recaudo; ella recuerda la descripción que ofrecía su padre de Jakob: un buen hombre pero tacaño.

Daniel iza las velas hacia tierra firme y regresa diciendo que ellos no quieren marcharse sin Jadviga. Ingrid responde que entonces pueden venir los tres. Daniel pregunta qué van a hacer con el viejo capitán, Lukas Wara. Ingrid ríe y dice que ya se habrá acomodado en casa de Jakob, pero que él también es bienvenido si quiere.

Daniel atraviesa de nuevo el fiordo y regresa con los dos adolescentes y Jadviga, a la que suben a casa sobre una camilla fabricada de varillas de madera sin secar e instalan en la mecedora de la cocina, donde mira a su alrededor y afirma que es un hermoso hogar: ¿tendrían café?

Como era de suponer, Lukas Wara se ha instalado plenamente en la casa de los Abelsen y ahora además se ha lesionado un pie, una circunstancia que no ha disminuido su irascibilidad.

Los dos muchachos se llaman Benjamin y Jørgen, tienen dieciséis y diecisiete y les informan de que no pueden quedarse mucho tiempo en Barrøy, pues les han comunicado que sus padres y sus hermanos han aparecido y que se encuentran en un campo de reagrupamiento a las afueras de Harstad, a la espera de que las autoridades les den permiso para regresar a casa; los hermanos quieren reunirse con su familia en el campo.

Daniel les pregunta si están dispuestos a posponer el viaje durante un mes si Ingrid les procura transporte hacia el norte y los recompensa por el trabajo realizado.

Se lo piensan. Arne dice:

—¿Y qué pasa con nosotros?

—Vosotros también —responde Ingrid, y añade algo que en realidad no sabe, que el palangrero *Barrøy II* llegará desde Lofoten dentro de algunas semanas y puede llevarlos al próximo puerto de escala.

Se miran mutuamente, también miran a Daniel, y asienten, pero ninguno dice sí en voz alta y clara.

Benjamin y Jørgen traen consigo algo de ropa y algunas herramientas

desechadas que les ha dado Jakob, y a Jadviga le queda bien la vieja ropa de Barbro y también cabe en la cama del viejo Martin en la alcoba que hay junto al salón, hasta donde puede andar por su propio pie. Se pasa los días en la mecedora de la cocina en compañía de Barbro, a la que sorprende, entre cabezadita y cabezadita, con efímeros recuerdos de un mundo del que nadie ha oído hablar jamás; también quiere saber cuántos hijos tiene Barbro.

—Uno.

Jadviga tiene cinco. Alza la mano y le muestra cinco dedos. Barbro pregunta dónde están.

Jadviga cierra los ojos.

A principios de septiembre, tres de los nueve jardines no solo presentan el aspecto de tierra recién arada, sino que están hechos con amor. Transportan las ovejas a Gjesøya y empiezan con otro jardín mientras Barbro hornea y cocina para toda la cuadrilla e Ingrid delega cada vez más responsabilidades en Daniel y Arne, mientras ella recoge bayas, elabora conservas, hace concentrados para zumo y calcula para qué número de ovejas se ajusta la cosecha en ciernes, cuenta las balas de heno, los animales que tienen y, sobre todo, la vaca que les falta, y llega a la conclusión de que quizá tengan suficiente, ese «quizá» que funciona como un mantra en la ardua vida espiritual de cualquier pescador y granjero.

Puesto que no aparece ninguna embarcación en el horizonte cuando acaban también el cuarto jardín, acepta la propuesta de Daniel de comenzar a labrar otro terreno más; él está a gusto en Barrøy, algo que, en opinión de Ingrid, tiene que ver con Suzanne, que también se pasa la jornada inclinada sobre los campos con los jóvenes, recoge matojos de hierba y piedras sin quejarse, y entonces llega el momento de sacar el estiércol que tienen detrás del establo, hay una gran cantidad, por aquí otra cosa no hay, dice Daniel entre risas.

Ingrid ha conseguido sonsacar a Suzanne cuál es la relación que mantiene con sus dos hombres: el primero era un nazi noruego, y el otro —Armin— era un oficial subordinado alemán al que sus compatriotas pegaron un tiro porque robaba cupones y comida para ella y Fredrik, entre otros, de un almacén que estaba bajo su responsabilidad; no está casada con ninguno de los dos.

Ingrid pregunta si esa es toda la verdad.

Suzanne hace muecas y parece que al menos es verdad suficiente para un lugar dejado de la mano de Dios como este, sin ley.

Ingrid le pregunta por qué no ha mencionado a Fredrik en sus cartas. Suzanne responde que no le parecía un asunto que mereciese la pena mencionar, su padre no quería saber nada de él. Entonces Ingrid no dice nada más. Bueno, sí, quiere saber qué apellido ha usado Suzanne durante todos estos años, ¿Tommesen o Barrøy?

—Tommesen —responde Suzanne.

Ingrid dice que tal vez debería dejar de usarlo y empezar a utilizar Barrøy, al menos ese es el apellido que ha usado para matricular a Fredrik en la escuela.

—Sí, la escuela...

Suzanne asiente lentamente.

Ingrid le dice que debe quedarse con Fredrik en Havstein la primera semana de colegio; puede hospedarse con Nelly, a la que seguramente recuerde; Ingrid también ha hecho los arreglos pertinentes al respecto.

—¿Es muda?

—Sí, es mudita.

Pero no era lo que Suzanne quería comentar, solo se le ocurrió como una interrupción; lo que realmente quería preguntar era por qué tenía que acompañar a Fredrik a Havstein.

Sin embargo, Ingrid no necesita responder a eso, pues aunque Fredrik ha servido casi como medio hombre en las tareas de labrado y hace mucho tiempo que ya no arroja herramientas al mar, el niño es como es.

Por lo tanto, madre e hijo salen a remo en la gabarra una mañana cristalina con sol y una bruma invisible que hace que los ojos tiemblen y vibren; solo llegan dos semanas tarde, algo que también es una tradición para los habitantes de Barrøy.

Mientras Suzanne y Fredrik están en Havstein, a Ingrid le toca arrodillarse; ha llegado el momento, no han faltado el recuento y los cálculos y es algo pronto, todo según se mire. Ella no quiere que nadie la vea, por lo que coloca con cuidado el cubo de bayas medio lleno en la hierba y baja tambaleante hasta la caseta del embarcadero, consigue echar la barca al agua, logra también embarcar a duras penas y agarra los remos para empezar a bogar,

pero no avanza más de diez, doce brazas antes de tener que arrodillarse en el espacio central de la barca; sus gritos alertan a los demás.

Todos acuden corriendo, ella vislumbra por encima de la borda recién pintada cómo se colocan en fila uno tras otro entre la caseta del embarcadero y la línea de la marea, mirándola a ella y a la barca; nunca ha habido en Barrøy tantos jóvenes que no pertenezcan a la isla, son siete. Ingrid ve sus cabezas, sus diferentes estaturas, colores y longitudes de pelo a través de una bruma verde mientras su respiración se alza y desciende como un pistón. En medio de todos ve a Barbro, boquiabierta y alzando un brazo a modo de torpe saludo; el cielo está gris ese día y el mar, blanco, como una meseta cubierta de nieve.

Es un parto descomunal, brutal, pero breve. Ingrid hace como le ha indicado Barbro y permanece arrodillada entre los bancos. De nuevo es Arne el que tiene que quitarse la ropa y echarse a nadar. También consigue subirse a la barca, pero no es capaz de contemplar sangre humana en el lugar donde ha sacrificado tantos miles de peces, y no es capaz de mirar el rostro encalado de Ingrid, por lo que cierra el ojo y lleva la embarcación a tierra antes de desembarcar y salir corriendo hacia el sur ante las miradas atónitas de sus hermanos. Acto seguido echan a correr tras él, luego también los siguen Benjamin y Jørgen.

Barbro y Daniel sacan a Ingrid y al bebé de la barca y los llevan a la casa. Barbro también consigue cortar el cordón umbilical y atarlo, para detener el sangrado. Ingrid permanece consciente todo el tiempo y el bebé está vivo; solo le queda mirarlo a los ojos.

Barbro entiende lo que está tratando de hacer y dice que los recién nacidos no tienen el color de ojos correcto, no es el color que tendrán después, ella sabe de lo que habla. Ingrid nota que ahora tampoco se encuentra al borde del llanto y que puede esperar, porque es una niña, se va a llamar Kaja, y vislumbra aquellos rasgos inconfundibles, los del ruso, y los ojos descoloridos de las miles de víctimas inocentes que perdieron la vida en el barco de esclavos *Rigel* que todos han olvidado, también su padre ha sido asesinado, Ingrid se da cuenta ahora; Kaja es hija del *Rigel*.

Dios no profesa un amor tan grande a la gente que habita las costas como el que profesa a los que habitan en tierra firme y en las ciudades; durante largos periodos se olvida de ellos por completo, y ellos lo olvidan a él; quizá citen algunos versos antes de comer y suelten un suspiro cuando toman café, pero cuando por una vez este se muestra generoso, ellos no tienen dudas sobre a quién han de dirigir sus agradecimientos. No es que Ingrid chasquee los dedos y alce sus gritos al cielo, aunque ahora por fin toma conciencia, como un alud que surge de una oscuridad ciega: aunque el terrible año que ha dejado atrás carece completamente de sentido, ahora ha surgido uno, un destello de esperanza en un cielo cristalino, y no pierde de vista a su hija, no se pierde ni un sonido ni un movimiento suyo, ya esté dormida o despierta; no existe ninguna diferencia entre los momentos del día, la luz ilumina con la misma intensidad cada rincón, por mucho que se acerque el otoño.

Barbro se pregunta qué hacía en la *færing* cuando llegó el momento. Ingrid también se lo pregunta. Barbro le muestra cómo ha de amamantar y atar bien el pañal para colocarlo mejor de lo que Ingrid lo hace. Ingrid la deja ocuparse y Javiga asiente como muestra de aprobación. Barbro está inmensa. Ha empezado a cantar también los días de diario, a petición de Jadviga, lo hace para que crezcan tanto la niña como la hierba de los cinco jardines negros durante los años venideros, por su hijo, que pronto regresará a casa, pero también tiene que ver con el hecho de que Ingrid ya no sea solo la mitad de sí misma, y no importa que la niña lllore, especialmente de noche, pues es el bramido del día de mañana el que resuena en sus oídos.

Daniel recibe su paga, divide la cantidad entre sí mismo y los otros empleando una fracción que le confiere una parte sustancialmente mayor que a ellos, y se marcha con sus caballos y sus pertrechos en el nuevo carguero, en el que Ingrid ha gastado su último dinero de plumón para que acudiese. Tanto el que se marcha como los que se quedan agitan las manos para despedirse y la melancolía no impide que se cierna una paz temporal sobre la

isla, que ahora solo se ve turbada por la constante añoranza por el hogar de los de Finnmark, sobre todo la de Arne, algunos chaparrones pasajeros y un águila que aterriza sobre una piedra junto a las ovejas.

Ha llegado el momento de cumplir con lo prometido.

Buscan la llave, Ingrid con la niña sujeta al pecho con un enorme mantón floreado que ha heredado de su madre, Barbro con su vestido de iglesia, aquel que usa en los días más insignificantes. Abren la caseta de Lofoten y sacan los tres baúles a la luz del día para contemplarlos con miradas críticas; están tan viejos y destartados que la pintura que alguna vez los cubrió se ha esparcido como polvo por toda la costa.

Uno perteneció al padre de Ingrid, el otro a su abuelo paterno y el tercero es el de su bisabuelo, en el que figuran las mismas iniciales que en el del padre: mismas, de Hans Barrøy, y el año 1831. Es el más grande y sólido de los tres, porque el hombre desapareció en el mar a una edad tan temprana que su hijo todavía no había aprendido a manejar un par de remos.

Piden a Arne y a sus hermanos que lo suban a la casa y lo coloquen en el salón de las visitas. Benjamin y Jørgen llevan aquel en el que pone «Martin Barrøy, 1864». Arne pregunta cuál es el propósito de colocar dos baúles de Lofoten en medio del salón, en el sitio que normalmente ocupa la mesa de comedor, que han recibido órdenes de empujar hasta la pared de la alcoba, colocando las sillas alrededor como una corona de espectadores mudos; están a finales de septiembre.

Pero entonces llega el arenque y todo vuelve a paralizarse.

Ingrid decide que ellos mismos van a salarlo en vez de ir a limpiar arenques a la Factoría como esclavos asalariados. Arne y Benjamin están de acuerdo.

Reman al pueblo en dos barcas y compran barriles y sal; el nuevo capataz de aspecto extraño al que Ingrid vendió plumón se los deja a fiar después de que ella regatee el precio al máximo; necesitan medios barriles, la grúa de Barrøy no puede izar más peso. Y esa misma tarde bloquean, según las instrucciones de Ingrid, el estrecho entre Moltholmen y uno de los escollos de Lundeskjæret, también calan redes hacia el oeste del otro escollo, formando una especie de embudo, o una red semicircular de costa, tal y como siempre se ha hecho por allí.

Pero aunque ven pájaros surcando el cielo como bombas celestes sobre el mar tanto al oeste como al norte, y también cerca de los escollos, no capturan nada hasta que ha transcurrido algo más de una semana. Y entonces las redes

prácticamente se colapsan bajo la luna nueva, tienen que llevarlas a rastras tras las barcas a tierra firme y pierden la mitad de la captura. Sin embargo, salvan trece medios barriles. Y se trata de arenques grandes, a los que Ingrid decide que corten la cabeza en lugar de arrancarles las vísceras y las agallas.

Fredrik Barrøy ha vuelto de la escuela y lo ponen a llevar agua y a preparar la salmuera con la que van a rellenar los barriles una vez que los hayan tumbado de costado y Arne haya hecho un agujero en una de las duelas de la barriga. Ingrid piensa que deberían haber tenido una bomba de agua en el muelle; ahora tienen que llevar o izar cubos de agua de mar hasta los baldes de enjuague, es como ha sido siempre, Barrøy tiene de todo y, aun así, carece de algo esencial.

Sigue llevando a Kaja amarrada junto al vientre mientras trabaja, pronto tendrá que llevarla a la espalda, ahora solo llora cuando la tumba en algún lugar; a Kaja le gustan los movimientos.

Compran varios barriles más y más sal y vuelven a calar las redes, y una tarde, mientras Suzanne e Ingrid están en el muelle, cada una con su mandil, cortando y apilando los arenques y la sal de forma cuidadosa en los barriles, oyen unos ruidos inconfundibles al norte y ven la cofa blanca de un ballenero con su característico cinturón negro deslizándose junto a Oterholmen, el islote de la Nutria, antes de que aparezca ante sus ojos todo el palangrero; no es el *Barrøy II*, al que llevan esperando desde que se envió la carta decisiva, sino el *Salthammer*.

Solo Ingrid lo ve.

Se lavan y permanecen juntos sobre el muelle, Ingrid con las manos por debajo de la saya, para calentárselas, con la niña, que gorgotea y la contempla con ojos de *Rigel*.

Suzanne descubre a una figura conocida que está preparada con el cabo de amarra en la proa y empieza a dar brincos y a gritar, tapándose la boca con las manos, mientras que Ingrid no mueve ni un dedo en el momento en que Lars lanza el cabo de amarra al muelle, Helmer coloca la gaza sobre el noray y Jørgen recibe el amarre de popa.

—Sois vosotros —dice a los del palangrero.

Lars desciende a la cubierta sin responder; es un hombre en sus mejores años, pero con el cabello jaspeado de gris y un cuerpo todavía más lignario y romo de lo que Ingrid recordaba, aunque ágil y rápido. Se coloca delante de

la caseta de navegación, donde se baja una ventanilla por la que Magnus Mannvik asoma la cabeza y echa un breve vistazo a Ingrid, que le devuelve el saludo con un gesto de la cabeza, y escucha algo que Lars le dice antes de volver a desaparecer. El motor se detiene.

Lars levanta la lona de la proa y grita hacia el camarote. De un brinco emergen dos niñas pequeñas que llevan vestidos idénticos y leotardos, tienen el mismo pelo, altura y movimientos cuando se giran según las indicaciones de Lars y miran a Ingrid y a Suzanne, que las saluda desde el muelle. Las sigue una mujer vestida de negro riguroso, algo más alta que Lars, también con el cabello negro, pero con un pañuelo amarillo y blanco que parece de seda a la luz otoñal. Desde la caseta de cebos llegan dos niños caminando lentamente, Ingrid reconoce a uno de ellos como Ole, y los acompaña un niño de unos ocho, nueve años, que ella supone que es Hans, el hijo de Lars. Ingrid saca la mano y saluda de nuevo, pero él no le devuelve el saludo, y Suzanne grita:

—¿Dónde está Felix?

—En el mar —responde Lars—. Con el palangre.

Levanta una de las escotillas y Magnus —que también ha bajado a cubierta— le ayuda a levantar la otra. Ingrid los oye discutir sobre qué grúa deberían usar y una breve risa. Magnus vuelve a arrancar el motor y salen una mujer y un niño más del camarote; lleva una falda roja y un cuello de lana aún más rojo remetido bajo una gruesa chaqueta de estameña; también lleva pañuelo. Las dos mujeres permanecen mirando a su alrededor. La que viste de negro se inmiscuye en algo que Magnus está haciendo con el cabrestante, asegurándose de que el buró que suben por la escotilla de la bodega esté a buen recaudo y que luego queda colgado de las correas que Lars iza hasta las poleas del botalón antes de girarlo hacia el muelle, y Suzanne grita:

—¡¿Qué mar?!

Lars dice que en el caladero de Tor Iversen, sin apartar la vista del escritorio, que desciende lentamente ante los pies de Ingrid y puede medirse en esplendor con aquel que compró su padre una vez que perdió el juicio; entiende que han venido para quedarse.

Ingrid desata las correas y las coloca debajo del mueble de forma que puedan arrastrarse con el gancho que Lars vuelve a soltar dentro de la bodega, desde donde baúles, sacos, camas, colchones, sillas y mesas en una impresionante variedad se izan con solemnidad y, en un orden cauto, se distribuyen como el mobiliario de dos salones de visitas, seis dormitorios y

dos cocinas sobre el muelle empedrado en el momento en que comienza a levantarse un vendaval; y la mujer vestida de negro, que ya ha subido al muelle, coloca un traje impermeable sobre el buró y se presenta como Hanna, hace una reverencia y dice que está casada con Felix.

Ingrid descubre que, al igual que las mujeres de Finnmark, lleva un bebé invisible bajo la saya, un niño de tan solo un mes; su tercer hijo con Felix, Oskar. Suzanne le introduce un dedo en la boquita y se da cuenta de que las dos niñas gemelas también son de Felix, sus sobrinas. Se arrodilla y las ayuda a subir al muelle, y alaba la ropa tan bonita que llevan y sus rizos usando el dialecto de la capital, las coge de la mano y les pregunta cuáles son sus nombres, dice el suyo y llama a Fredrik, que se encamina tan campante hacia la orilla para llenar dos cubos de agua de mar; les falta salmuera al menos en dos barriles.

Hanna se parece a una tía de Ingrid que vivió en su casa en una ocasión que se produjo una crisis, una persona grave y profundamente religiosa, lo lleva escrito en el rostro, pero con una fuerza que, no obstante, no es mayor que el compromiso de acompañar a los hombres de su vida hasta en la peor de las ruinas; Ingrid lo nota y es algo que la tranquiliza.

Les comunican que Felix llegará con el *Barrøy II* antes de Navidad; justo después de Año Nuevo volverán a Lofoten para faenar.

Ingrid se gira hacia Magnus, que también ha subido al muelle, y deja que vea a la niña, para que se dé cuenta de que no hay nada más que decir sobre el asunto.

Es cortés y, con una voz agradable, pronuncia algunas palabras que le provocan un molesto sonrojo en las mejillas. Ingrid se acerca a la otra mujer, que dice llamarse Selma y está casada con Lars; es igual de menuda que él, pero de complexión delicada, risueña y rubia, con una melena desbordante y alborotada del color de la mantequilla. Selma extiende la mano y ordena a los dos niños que hagan los mismo. Hans tiene nueve y Martin, cinco, e Ingrid puede decir, «vaya, vaya, por fin volvemos a tener a un Hans y a un Martin en Barrøy», y está a un pelo de romper su intención de no derramar ni una lágrima.

Barbro, por su parte, no ha parado de llorar; interrumpió el día que pensaba dedicar a hacer pan en el momento en que los sonidos del *Salthammer* alcanzaron su agudo oído en la cocina y ha permanecido inmóvil con harina en el cabello, en el rostro y por sus brazos en forma de botijo desde que se descargase el buró, contemplando a su hijo, que está manejando

el cabrestante y no tiene ojos para ella; tiene que gritar su nombre a través de las lágrimas. Él le responde en el momento en que aparece un monstruoso sillón de color rojo óxido sobre la cabeza de Barbro y aterriza suavemente al lado de una de las mesas de comedor.

—¿No te da vergüenza, madre?

Barbro no ha visto a su hijo en nueve años, ahora espera pacientemente a que vacíen el palangrero, también de una serie de mercancías interesantes; harina, azúcar y tres sacos de zanahorias, además de dos cubetas de salchichas, que Ingrid no ha visto desde antes de la guerra y, sobre todo, un cerdo despiezado, salado en barril.

Lars sube por fin al muelle, por lo que Barbro se coloca a su lado y le oye dirigirse a Ingrid con irritación, diciéndole algo que realmente no tenía pensado mencionar, según él; pero en la carta ponía que tendrían preparada una vivienda para ellos y, por lo que podía ver, lo único que hay en Karvika es el almacén de un edificio con tejado y ¿media caseta de embarcadero?

Ingrid experimenta de nuevo la ambigua relación que tiene con su primo, la amenaza y la seguridad, pero se ríe y dice que no fue ella quien escribió la carta.

—Ah, ¿no?

—Fue Suzanne. Y tu madre.

—De eso no me dijo nada Felix.

—Supongo que echaba de menos su casa.

Lars se deja caer en el sillón y desaparece dentro de su abrazo, descubre lo menudo que es y da un brinco para volver a levantarse. Magnus ocupa su lugar, resulta mucho más adecuado para él, y declara que lo único que pueden hacer es llevar el mobiliario al alpendre y dejarlo allí mientras levantan las casas; lo dice a modo de broma, pero Hanna y Selma se cruzan una mirada y una de las gemelas pregunta a su madre dónde van a vivir.

—En casa, con nosotros —responde Ingrid, y se gira hacia Arne y le dice que reúna a los niños y que vayan con ella.

Una vez de vuelta en la casa saca tres panes quemados del horno, les raspa el hollín y los coloca del revés en la mesa, abre la ventana y le pide a Jørgen que vaya a por el carrito. Sacan los dos baúles y los bajan al muelle en dos viajes. En el baúl de los hermanos Skarsvåg hay ropa, cubiertos y utensilios domésticos, además de lo que Ingrid puede prescindir de pertrechos y herramientas, y el de Benjamin y Jørgen solo contiene ropa. También se llevan cada uno una alfombrilla, las ocho pieles de oveja que le quedaban en

el henal, algunas mantas, sábanas y la ropa que llevan puesta, además de sus nuevas botas, con suelas enteras de los neumáticos de las cureñas de cañón de los alemanes.

Grita a Ole que vuelva a subir el cabrestante. Magnus le pregunta desde el sillón donde sigue sentado que qué está haciendo; en una de las mesas de comedor hay aguardiente, rodeado de un círculo de copas diminutas; los demás se han sentado, como si estuviesen esperando a que les sirviesen. Ingrid dice que llevará a seis pasajeros de vuelta hacia el norte.

—¿Quiénes? —pregunta Magnus y se levanta.

—Ya los conoces —responde ella.

Él desliza la mirada con un escepticismo indiferente sobre el joven grupo de viajeros, sonrío cuando ve a Jørgen y le estrecha la mano, a Benjamin le dedica un gesto con la cabeza, y los tres hermanos tienen que repartirse un saludo entre todos.

—Me dirijo al sur.

—Pues entonces los dejas en el pueblo —dice Ingrid—. Van hacia el norte.

Magnus se coloca las manos en jarras y se muerde el labio inferior, echa un vistazo a Ole, que lo mira interrogante, y al cabo de un rato asiente. Ole se coloca detrás de la palanca de mando e iza nuevamente el cabrestante sobre el muelle.

—La última vez que estuvimos juntos me llamaste bruja gorda —dice Ingrid mientras contemplan cómo alzan por los aires el baúl del bisabuelo Barrøy para introducirlo en la bodega.

—Sí, y lo dije en serio.

Ambos sonrían.

Lars y sus hijos han encendido una hoguera en el muelle, entre las rocas donde suele colocarse la cubeta de enjuague —hace buen tiempo—, agarra el mazo que ha usado Arne con los barriles de arenque, abre el fondo de una de las cubetas de salchichas y la coloca directamente sobre el fuego, e Ingrid recuerda cómo él solía encender una hoguera en este preciso lugar cuando era adolescente y le parecía que hacía demasiado frío para trabajar fuera, pero, no obstante, no podía dejar de hacerlo. Ahora empuja a sus hijos frente a Barbro y les dice que saluden a su abuela, se gira enseguida hacia la botella, le quita el tapón y sirve una copa que entrega a Ingrid.

Ingrid la acepta y bebe, a punto de decir que sí a su pregunta no formulada: si ahora él es el dueño de Barrøy. Sirve otra copa y se la entrega a

su madre, a la que le tiemblan las manos, lo que hace que el líquido se le derrame y tenga que poner la copa sobre la mesa para, en cambio, colocar una mano sobre la cabeza de cada nieto y preguntar a su hijo a quién pertenece ese espantoso sillón.

—Es para ti, madre —dice Lars dándole la espalda, y sigue sirviendo aguardiente.

Ingrid acompaña a las mujeres recién llegadas a la casa y les muestra dónde van a dormir, Hanna y el bebé y las niñas pequeñas en la Sala Sur, Selma en la alcoba del abuelo, sus hijos y Lars tendrán que dormir en el alpendre de los suecos, que acaba de quedar desocupado, y Suzanne es desterrada a la habitación de Fredrik, en el dormitorio infantil de Ingrid.

Cortan los seis panes que Barbro ha horneado y los colocan en una caja de madera junto a la mantequilla recién llegada, mermelada y queso fresco, y Selma pregunta quién es la anciana que duerme en la mecedora.

—Es Jadviga —dice Ingrid.

Se ha hecho de noche y la lluvia cae en vertical. Han abierto la puertas del alpendre nuevo, la hoguera ilumina con flamantes llamas al grupo, que ha introducido los muebles y está sentado alrededor de dos mesas con mantel, como en un restaurante, comiendo, bebiendo y charlando; parece un local de fiesta con cuatro dormitorios, dos salones para las visitas unidos y dos cocinas: Barbro preside una de las cabeceras de la mesa, con un nieto bajo cada brazo; no sabe qué decirles, pero pone salchichas en sus platos, que estos se comen con las manos, y unta mantequilla en rebanadas de pan, y considera preguntarles si les gusta el queso fresco.

Magnus y Lars están sentados con Ole y su amigo alrededor del otro extremo de la mesa y hablan sobre la caza de ballenas; Lars cavila sobre si podría ser algo para él también, cazar rorcuales aliblanco bajo el sol de medianoche en Vestfjorden y en el mar de Barents, y así evitar quedarse varado en tierra y sin faenar en verano. Magnus dice que tiene tierras de las que ocuparse, Lars dice que de ella se ocupan las mujeres, como han hecho siempre.

En uno de los laterales de la mesa están sentados los de Finnmark, que acaban de instalarse en sus respectivas literas a bordo del *Salhammer* y consideran hacer causa común cuando lleguen al norte; no es la primera vez que lo hablan, entre Mehamn y Skarsåg no hay una gran distancia, pero

resulta que Jørgen y Benjamin tienen una familia que los espera, y también tratarán de localizar a la prole perdida de Jadviga, por lo que su conversación se extingue en un silencio que no es fácil de ahuyentar.

Frente a ellos se sienta Suzanne, entre sus sobrinos, y parlotea y sirve comida y les pregunta sobre su padre. A cada lado de ellos están sentadas Selma y Hanna, que comen con cuchillo y tenedor, beben leche y, en el caso de Selma, aguardiente, mientras que Fredrik no está sentado en ninguna parte, aunque deambula sin descanso alrededor de la mesa y se aferra a los diferentes reposabrazos, escuchando lo que se dice, antes de continuar su camino y seguir escuchando, y se estremece cuando Lars exclama:

—¿Qué es esto?

Algunas gotas caen dentro de su copa.

—¿Tenemos una gotera?

Todos alzan la mirada. Arne se inclina sobre la mesa y dice que ha reparado el tejado, pero que se ha quedado corto de pizarra, le faltó una teja.

Contemplan una suela negra de zapato en la bóveda del techo y las gotas que caen de ella. Lars se incorpora y gesticula con las manos, todos se levantan y trasladan las mesas un metro hacia el norte antes de volverse a sentar, Lars coloca la cubeta de salchichas vacía en el suelo, de manera que pueden oír el repiqueteo de las gotas contra la hojalata, y luego contra el agua que se va acumulando, hasta que finalmente caen en silencio y Fredrik pregunta en su nuevo dialecto:

—¿Dónde está Ingrid?

Ingrid es la única que no está allí. Está amamantando en la Sala Norte. Cuando Kaja se queda dormida, la mueve al otro lado de la cama, de manera que la tenue luz nocturna que se filtra por las húmedas ventanas pueda iluminar su rostro y el tiempo se pueda detener y todo fragüe, e Ingrid pueda intentar olvidar a Nelvy.

Barbro y Hanna también habían horneado para el día en que se iban a marchar los de Finnmark. Para entonces, el *Salthammer* había hecho dos viajes a la Factoría, llevando los barriles de arenque y recogiendo materiales que Lars pagó al contado con el dinero que le habían dado por las casas en Reine. Y una carga de coque, puesto que a Ingrid no le había dado tiempo a cortar turba aquel verano. Magnus Mannvik se había familiarizado con Barrøy, sobre todo con las construcciones que estaban llevando a cabo en Karvika, y que elogiaba efusivamente, pero no con Ingrid; ella había tomado su propio derrotero.

En el momento de zarpar ella le estrechó la mano y le agradeció esto y aquello. Él pareció considerar volver a llamarla bruja gorda y acompañarlo con una sonrisa pertinente, pero no encontró la correcta.

Ingrid también estrechó la mano a Arne, abrazó a Sverre y le dijo a Helmer, que no quería que lo abrazaran, que lo iba a echar de menos. A Jadviga la izaron a bordo con la grúa, sentada en el enorme sillón que Barbro no había querido, y la situaron sobre la escotilla de la bodega. Magnus bajó la ventanilla de babor de la caseta de navegación, asomó la cabeza y dijo:

—Bueno, bueno, pues se ha quedado buen tiempo.

Arrancó el motor y el *Salthammer* se deslizó hacia fuera.

Ninguno de los que iban a bordo agitaron las manos para despedirse, pero Jadviga alzó una mano. De los que se quedaron sobre el muelle, todos saludaron, excepto Fredrik, que lloraba, por lo que el nuevo Hans Barrøy comenzó a burlarse de él y recibió una regañina tanto por parte de Selma como de Suzanne, que buscaron apoyo en el padre. Lars le dijo que hiciera las paces con Fredrik de inmediato; iban a ir juntos a la escuela y, además, construirían una casa.

Su hijo rio con desprecio y dijo algo que los demás hubieran preferido no haber escuchado, recibió una ardiente bofetada y empezó a llorar él también. Fredrik sonrió a través de las lágrimas.

Luego subieron a la casa.

Lars junto a Ingrid. Dijo que esto no iba a salir bien.

Ingrid opinó que acabarían haciéndose amigos.

Lars apuntó que no se refería a Fredrik, sino a los de Finnmark.

Ingrid reflexionó sobre sus palabras, pues tenía la antigua sensación de haber obviado algo que a Lars, por su parte, no se le había pasado por alto. Le preguntó qué opinaba del trabajo que habían realizado en los jardines; todavía no lo había mencionado. Dijo que era impresionante y que el próximo año deberían adquirir una vaca. Ella preguntó si no deberían adquirir dos. Él repuso que ya verían.

Con Lars de vuelta en Barrøy comenzó a arribar a la isla el barco de la leche, aunque no tenían leche. Traía mercancías y materiales, llevaba barriles llenos de arenques a tierra firme y barriles vacíos de vuelta a la isla, ya eran barriles enteros, y tuvieron buena faena durante todo el mes. El barco también traía telegramas de Felix y un día, a finales de noviembre, llegó con tres cartas para Ingrid.

Aquel día hacía un tiempo horroroso, y tanto ella como Kaja y las cartas estaban empapadas antes de llegar a la casa y buscar refugio en el salón de las visitas.

Eva Sofie escribía que se había comprometido con uno de los conductores del hospital, que Ingrid tal vez recordase; era el que la había llevado. Eva Sofie se hallaba en estado de buena esperanza, según sus palabras; saldría de cuentas —como también lo denominaba— en algún momento de la primavera y el conductor estaba acondicionando su casa. Sin embargo, no confiaba del todo en aquella paz, pensaba a menudo en Ingrid, y eso no le brindaba ninguna tranquilidad...

Ingrid intentó sonreír y colgó la carta encima de la estufa, para secarla.

También Erik Falc Johannesen pensaba en Ingrid, aunque su carta contenía sobre todo informes acerca de la gestión del hospital ahora, en los nuevos tiempos que corrían. Pero la llamaba «mi hija de la naturaleza» dos veces y escribía que lamentaba no haber sido capaz de domarla, una forma de expresión invasora y ambigua que incomodó a Ingrid aun estando a solas; volvió a leer la carta, sintió el mismo malestar y echó la carta en la estufa.

Sin embargo, se quedó con la fotografía que había adjuntado, un retrato de Ingrid y Erik Falc posando cada uno a un lado de una silla rococó en un jardín de manzanos en flor, mirando fijamente a un punto invisible sobre las

raíces de su cabello. No era difícil reconocerlos, pero ninguno de los dos se parecía a sí mismo.

Se la llevó a la cocina para mostrársela a los demás. Suzanne la secó con el dorso de la mano y la examinó, diciendo que era un hombre apuesto, ¿quién es? Selma dijo que Ingrid parecía joven. Hanna opinaba que parecía asustada y Barbro preguntó quién era la señorita de la foto; tampoco reconocía al hombre.

Ingrid colgó también la fotografía para secarla y pensó que algún día llevaría a Kaja a la ciudad para fotografiarla, un retrato de madre e hija, y posiblemente enviaría una copia a alguien, pero no corría prisa, dado que la niña estaba más hermosa cada día que pasaba. Preguntó a Hanna cuánto pensaba que costaría algo así.

—Es caro —repuso Hanna.

La tercera carta era de Arne.

Ingrid está de pie fuera, en el umbral, en una noche singular. Lo extraño es que no es de noche, sino pleno día. Ve arribar el barco de la leche y Fredrik y Hans desembarcan; vienen de la escuela, es sábado. Pero no baja a recibirlos como suele hacer, es suficiente con ver cómo compiten para llegar el primero a la casa. También vislumbra una figura junto a la caseta del embarcadero, es Lars.

Pregunta qué tal se lo han pasado los niños en la escuela, pero no escucha la respuesta; en cambio, baja al embarcadero y descubre que Lars ha encerrado a las ovejas en la caseta. Le pregunta por qué.

Él la mira, mira a la niña y acaricia la mejilla de Kaja, como si tuviera algo que ver con ella.

Ingrid introduce la mano detrás de la niña y saca la carta de Arne, se la entrega. Lars la lee y dice:

—¿Les diste dinero?

Ingrid dice que sí, puso la cartera de piel del reverendo Malmberget en un compartimento del baúl que se llevaron, el baúl de Hans Barrøy del año 1831, algo que Arne le agradece reiteradamente y más de lo necesario. Lars dice:

—¿Qué fue lo que dije?

Ingrid se encoge de hombros y no dice nada.

La carta cuenta que los hermanos regresaron a casa y lo encontraron todo en ruinas y en una completa oscuridad, como era de esperar, y que desde

entonces han vivido en una barraca en Honningsvåg, luego en otra barraca en Hammerfest, y que ahora se encuentran en Tromsø, en un hospicio gestionado por monjas, que gracias sean dadas a la hospitalidad de las monjas y al dinero de Ingrid, y que no saben qué hacer mientras esperan a que lleguen la primavera y la luz.

Lars agita la carta y dice:

—¿Qué insinúas?

—Pues que necesitas cebadores este invierno.

Lars la mira detenidamente.

—Tenemos cebadores.

—Puedes sustituirlos.

—¿Por ese joven tuerto?

Ingrid entiende nuevamente que no debe contestar. Lars dice:

—¿Saben cebar?

Ingrid responde:

—Saben estar en el mar.

—Remamos en mar abierto.

—Arne sabe estar en el mar, los pequeños pueden cebar.

Lars se lo piensa y dice sin inmutarse que puede escribir a los hermanos y decirles que viajen a Lofoten y se presenten en la factoría de Conrad Hartvigsen en Reine, y que pueden alojarse en la cabaña de pescador de Lars Barrøy durante las Navidades, hasta que Felix y él lleguen al norte a principios de enero.

Ingrid mira a Kaja, que parpadea con sus largas pestañas negras, y no le sale darle las gracias; su mirada deambula por la caseta del embarcadero y repite la pregunta sobre por qué ha metido a las ovejas dentro.

Lars dice:

—¿Te has vuelto ciega?

Le da la espalda y sale a zancadas al día oscuro, enfilando hacia el sur por el nuevo sendero que lleva a Karvika; ya casi se ha convertido en un camino y tiene prisa.

Ingrid sale corriendo tras él, pero la detiene una mano invisible y se queda mirando a su alrededor, engulle la isla entera de un bocado, la puerta que se abre de par en par en la casa y los niños que vuelven a salir, ahora los tres juntos, cada uno con una rebanada de pan en la mano. Ven a Lars y atraviesan el cerro corriendo para alcanzarlo, el humo de la chimenea que se eleva en nubecillas sordas, Barbro que sale y lanza miradas escépticas hacia

el norte y el sur y se dirige al tendedero de la ropa para comenzar a recoger las prendas que cuelgan negras en el amplio silencio, la ventana de la cocina que se abre de par en par, el rostro de Hanna y su boca abierta, que grita algo a Barbro, Barbro que se vuelve y le responde, parece una pregunta, dos preguntas, Ingrid lo contempla todo, medio aletargada, ve que se aproxima la primera tempestad del invierno.

Título original: *Huitt Hav*

*La traducción de este libro ha recibido una ayuda de NORLA*



Edición digital: 2019

Copyright © CAPPELEN DAMM, 2015

© de la traducción: Bente Teigen Gundersen  
y Mónica Sainz Serrano, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-656-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)